

15 DE MARZO

1904

Revista

Contemporánea

DIRECTOR Y PROPIETARIO

D. JOSÉ DE CARDENAS

Senador del Reino y Consejero de Instrucción pública.

REDACTOR JEFE

D. JUAN ORTEGA RUBIO

Catedrático de la Universidad Central.

SUMARIO

	<u>Páginas.</u>
El descanso dominical en Suiza, por J. Uña Sarthou .	257
Arte triste, por José Deleito y Piñuela	265
Las herejías en lucha con el cristianismo, por Juan Ortega Rubio	271
A Polión, por Enrique Prúgent	275
Literatura china: La vida sólo es un sueño, por El General Tcheng-Ki-Tong	279
La enseñanza de la geografía (conclusión), por R. Alvarez Sereix y por Leopoldo Pedreira Taibo .	285
Cosas de antaño, por José Rincón y Lazcano	301
La superstición anarquista (conclusión), por Edmundo González-Blanco	319
Aragón, por Julián Jimeno y Sevilla	327
La niña guapa (conclusión), por Leandro Mariscal ..	333
Revista de revistas, por Pedro González-Blanco ..	347
Política interior y exterior, por Luis Manuel de Ferrer	369
Boletín bibliográfico, por Pedro Ansúrez , por Miguel A. Ródenas , por E. y por P. González-Blanco	375

Toda la correspondencia á la Administración: Pizarro, núm. 17, pral.

M A D R I D

PIANOS 200 PIANOS

Siempre existentes en los Salones
para elegir de diferentes modelos y sistemas tanto
NACIONALES como EXTRANJEROS

— VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS —

PIANOS DE ALQUILER

Pianos á louer

Pianos for hire

Pianos zu vermieten

Pianorfoli da affittare

R. MARISTANY—Barcelona, Plaza de Cataluña, 18.—Teléfono 1.390.

PÍLDORAS Y UNGÜENTO DE **HOLLOWAY.**

JUSTAMENTE RENOMBRADOS.

**LAS
PÍLDORAS**

purifican la sangre, corrigen todos los desórdenes del hígado, del estómago, de los riñones e intestinos y son de un valor inapreciable en todos los desórdenes que afligen al sexo femenino y á los niños.



**EL
UNGÜENTO**

es el solo remedio seguro para males de piernas, llagas, úlceras y heridas inveteradas. Para la curación de bronquitis, males de garganta, toses, resfriados, gota, rheumatismo, hinchazones glandulares y todas las enfermedades de la piel no tiene igual.

Elaborados solamente en el 78, New Oxford Street, London.
Y vendidos por todas boticarios del mundo entero.

EL DESCANSO DOMINICAL EN SUIZA

INDUSTRIA

I.—ANTECEDENTES.

El estudio de esta cuestión en Suiza ofrece especial interés, porque su legislación, iniciadora del descanso dominical obligatorio en Europa, viene sometida á una larga experiencia y ha tenido que referirse á las industrias más variadas.

En Suiza, como en todas partes, la idea del descanso dominical, como precepto religioso, venía siendo, no sólo aceptada tradicionalmente por la costumbre, sino regulada por la ley, como lo demuestra el hecho de que en casi todos los cantones había múltiples reglamentos sobre la materia. (Argovia, 7 de Noviembre de 1861.—Berna, 7 de Noviembre de 1849.—Friburgo, 28 de Noviembre de 1859, etc.)

No obstante, la costumbre del descanso, antes vigorosa, venía relajándose con motivo del gran desarrollo de la industria moderna, y sus infracciones, así como las de los reglamentos citados, eran generales y constantes, existiendo muchas industrias en las que el trabajo del domingo era la regla, con ó sin causa técnica justificada. En las demás el trabajo era excepción y en general era raro que trabajaran las mujeres y los niños.

II.—LEGISLACIÓN VIGENTE.

a) Fuentes legales:

Ley federal sobre el trabajo en las fábricas, de 23 de Marzo de 1877 (en vigor desde 1.º de Enero de 1878) en sus artículos 13, 14, 15 y 16.

—Decreto del Consejo Federal sobre el trabajo de noche

y del domingo en los molinos de harina y en las cervecerías.—2 Septiembre 1886.

—Decreto del Consejo Federal sobre los trabajos accesorios en las fábricas.—3 de Junio de 1891.

—Decreto del Consejo Federal sobre el trabajo nocturno y dominical en las fábricas.—14 de Enero de 1893.

—Decreto del Departamento federal de la Industria y la Agricultura sobre los trabajos accesorios y los trabajos de absoluta necesidad en las fábricas.—7 de Abril de 1894.

—Decreto del Consejo federal sobre la ejecución del artículo 1.º de la ley federal sobre el trabajo en las fabricas.—3 de Junio de 1891.

—Decreto del Consejo de Estado del cantón de Friburgo, regulando la aplicación de las diferentes leyes sobre la santificación de los domingos y fiestas.—22 de Octubre de 1880.

—Ley del cantón de Valais, modificando varias disposiciones de la de policía de 30 de Noviembre de 1882, con objeto de obtener una observancia más rigurosa del descanso dominical y fiestas religiosas.—22 de Mayo de 1901.

—Ley del cantón de Vaud regulando el trabajo del domingo en la industria, la agricultura y el comercio.—28 de Noviembre de 1901.

—Ley de 13 de Noviembre de 1902 abrogando la anterior.

—Ley federal de 1872 sobre las Compañías de ferrocarriles (artículo 9.º).

—Ley de 27 de Junio de 1890 sobre los ferrocarriles, barcos de vapor y correos.

b) Principios generales:

La legislación suiza prohíbe *en absoluto* el trabajo en domingo á las mujeres de toda edad, sin admitir ninguna excepción. Lo prohíbe á los obreros jóvenes menores de diez y ocho años, salvo en ciertas industrias, y lo prohíbe á los obreros adultos (mayores de diez y ocho años) con excepciones: 1.º, en ciertas industrias, y 2.º, en casos determinados, cualquiera que sea la industria.

En la práctica se entiende que el descanso dominical es de veinticuatro horas seguidas, pudiendo empezar el sábado á las seis de la tarde ó el domingo á las seis de la mañana.

Como las disposiciones regulando el descanso dominical son artículos de la ley de 1877 sobre el trabajo de las fábricas y ésta se refiere: 1, á los establecimientos de más de 25 obreros (más de 10 según la modificación del decreto de 3 de Junio de 1891); 2, á los que son verdaderas fábricas; 3, á los peligrosos para la vida y salud de los obreros; 4, á los que emplean motores mecánicos ú ocupan menores de diez y ocho años ú ofrecen peligros especiales para la vida y salud de los obreros, á condición de que tengan más de cinco, resulta que quedan fuera de la acción de la ley los talleres de la industria media y pequeña.

El incumplimiento de los preceptos de esta ley se castiga con las multas de 5 á 500 francos, y en caso de reincidencia pueden imponerse hasta tres meses de prisión.

Son complementos de estos principios la legislación cantonal, que puede fijar hasta ocho días festivos al año, aunque sin poderlos declarar obligatorios más que para los individuos de la confesión que respeten tales fiestas, y la tendencia á la reducción de la jornada de trabajo en sábado y vísperas de fiestas.

c) *Excepciones:*

Ya hemos dicho que para la *mujer* no se admite ninguna. Para los *muchachos* menores de diez y ocho años se admite el trabajo en domingo, pero con las siguientes condiciones:

1.^a Que se demuestre que su asistencia es indispensable por el carácter continuo del trabajo y útil para su mejor aprendizaje.

2.^a Que se le deje un domingo libre de cada dos.

3.^a Que la duración de ese trabajo en domingo no exceda de once horas en las veinticuatro.

4.^a Que el muchacho y su padre ó tutor consientan de buena voluntad.

En cuanto á los *adultos* se permite el trabajo dominical en los casos siguientes:

1.^o Regularmente en las industrias que por su naturaleza exigen un trabajo continuo (art. 14).

2.^o Accidentalmente en cualquier industria cuando se pre



sentan casos en los que el trabajo del domingo se impone con absoluta necesidad (art. 14).

Admite, pues, la ley excepciones, pero no las determina, siendo necesario ver las decisiones tomadas después para conocer la aplicación práctica de la ley.

La primera excepción se refiere á la naturaleza técnica de las industrias y se concedía, previa petición del fabricante que se creía con derecho á pedirla, por el Consejo federal y bajo ciertas condiciones (que el obrero tenga un domingo libre de cada dos, que no pasen de once sus horas de trabajo, etc.)

Por un decreto de 1880 se concedió la excepción de tres horas de trabajo en domingo para las operaciones necesarias *en cualquier industria* para evitar el deterioro de instrumentos. Pero se ha visto con el tiempo la imposibilidad práctica de este sistema de otorgar una autorización especial para cada fabricante. Y en 14 de Enero de 1893 se dió un decreto concediendo: 1, autorización general para trabajar en domingo, *sin especificar la clase de trabajo ni su duración*, á las fábricas de gas y salinas; 2, autorizaciones condicionales para *ciertos* trabajos á las instalaciones eléctricas, fábricas de cemento y cal, tejares, cerámica, pastas de madera, celulosa, papel y cartón y fábricas de cervezas, y 3, autorizaciones condicionales para *ciertos* trabajos y con *cierta* duración á las fábricas de curtidos, pastas alimenticias, molinos de harina y arroz é industrias lecheras.

La segunda excepción, que es la concedida accidentalmente en los casos de *absoluta necesidad*, no está definida por la ley, que no precisa en qué consiste tal necesidad, concediendo ese beneficio á los trabajos técnicos de tal naturaleza que se hayan de ejecutar el domingo so pena de perturbar profundamente la marcha del establecimiento y que deben de toda necesidad ser ejecutados para hacer posible la explotación normal desde el lunes siguiente. Pero, de todas suertes, la dificultad de determinar los trabajos comprendidos en esos términos es difícil.

Todas estas excepciones se determinan por el Gobierno cantonal (Departamento del Interior), pero no en general, sino

particularmente en cada caso. Los trabajos previstos en el decreto de 7 de Abril de 1874 (reparación, limpieza y sostenimiento), no necesitan autorización especial.

III.—EJECUCIÓN DE LA LEY.

Queda, por el artículo 17 de la ley, encargada (excepción de ciertas materias que se reservan al Poder federal) á las autoridades cantonales, que cada dos años tienen que presentar un informe sobre ello. El Poder federal ejerce su acción mediante el Consejo Federal, que lleva á cabo una inspección detenida, estando encargado de la ejecución de la ley el Departamento federal de la Industria y Agricultura.

La ejecución de la ley en cuanto se refiere á las mujeres no ha requerido reglamentación dado lo absoluto de sus términos y realmente se cumple con todo rigor, presentándose sólo algunas infracciones en los talleres de modas y confección.

En cuanto á los muchachos, la ley estima como tales á los mayores de catorce años y menores de diez y ocho. En la práctica el trabajo de éstos resulta tan rigurosamente prohibido como el de las obreras, tendiendo el Consejo Federal á evitarlo en absoluto no concediendo excepciones.

*
* *

Adultos.—Del total de los establecimientos sometidos á la ley, sólo disfruta de las autorizaciones necesarias para trabajar en domingo una décima parte, que ocupa menos del 1 por 100 de 200.000 obreros, proporción que se reduce á 1|2 por 100 si se descuentan los ocupados tan sólo por breves horas.

La experiencia ha demostrado que las prescripciones legales eran insuficientes é incompletas: 1.º En cuanto que la ley sólo había autorizado como trabajo de todos los domingos las fabricaciones que no pueden sufrir interrupción, y luego se ha reconocido la necesidad de permitir ciertos trabajos de reparación ó entretenimiento y algunas operaciones auxiliares que no ocupan más que un pequeño número de obreros, durante algunas horas, sobre todo para impedir el deterioro de productos en fabricación. 2.º La ley se había li-

mitado á dar dos criterios generales de trabajos tolerados en domingo, pero exigía, en cambio, una autorización especial para cada establecimiento. La práctica ha conducido precisamente á un régimen contrario: especificación exacta de los trabajos autorizados y tolerancias generales para todos los establecimientos en que esos trabajos se practican.

En cuanto á los *efectos positivos* producidos por la legislación suiza, puede asegurarse que ha sustraído al trabajo del domingo de un modo absoluto el escaso número de mujeres y muchachos que estaban sometidos á él; que ha suprimido todo trabajo en algunos establecimientos en los que se trabajaba regularmente todos los domingos; que ha reducido al *mínimum* en gran número de establecimientos el trabajo que se hacía de un modo continuo los domingos; que ha aumentado en una medida notable la duración del descanso semanal para los obreros que trabajaban en las industrias toleradas en domingos; que ha suprimido todo trabajo de producción en un pequeño número de establecimientos, en los que se practicaba algunos domingos, sin más disculpa que el aumentar la producción; que ha reducido en un gran número de establecimientos á ciertas operaciones determinadas los trabajos de reparación, limpieza ó entretenimiento que se hacían en domingo sin motivo suficiente, y que ha hecho que se pare el trabajo el sábado y vísperas de fiestas una hora antes.

Realmente la ley no da á las autoridades medios eficaces de inspección más que para las explotaciones continuas, siendo para todos los demás casos la acción directa de las autoridades casi nula.

Queda, pues, el cumplimiento de la ley en manos de la autoridad local, sometida á las influencias de la localidad, ó sometida á la vigilancia de los obreros, que no ha sido activa más que en los grandes centros industriales, y, en general, á la vigilancia del mismo público, que ha sido el factor esencial para el cumplimiento de la ley, pues es resueltamente opuesto al trabajo dominical.

Una vez en vigor la ley de 1877, el movimiento de opinión en favor del descanso dominical se ha extendido por una incesante propaganda y se ha concretado en nuevas aspiracio-

nes: la reglamentación del descanso en la pequeña industria, y la ampliación del descanso á medio día del sábado y vísperas de fiesta. Estas aspiraciones han dado por resultado: 1.º, la acentuación de ciertas legislaciones cantonales sobre la policía del domingo en general (Friburgo, decreto de 22 de Octubre de 1880; Zurich, ley de 21 de Mayo de 1882; Bâle-Ville, ley de 13 de Abril de 1893, etc.); 2.º, la elaboración de legislaciones cantonales protegiendo á los obreros de la pequeña industria y conteniendo prescripciones que reglamenten el trabajo del domingo (Bâle-Ville, ley de 23 de Abril de 1888; Glaris, ley de 8 de Mayo de 1882, etc.), y 3.º, la extensión del descanso dominical y del sábado por la sola acción de la iniciativa privada de los patronos y los obreros.

COMERCIO Y EMPRESAS DE TRANSPORTES

Las antiguas ordenanzas fijaban horas para abrir y cerrar las tiendas en domingo, pero no atendiendo á la protección de los obreros y dependientes sino por razones meramente de policía urbana. Hoy en algunos cantones se reglamenta el reposo parcial en domingo de ciertos trabajadores como los criados de las posadas (Berna-Zurich) y los dependientes de ciertos comercios (Saint Gall); pero la prohibición del trabajo que existe para la industria no se extiende por ninguna ley al comercio, y aunque la opinión se muestra propicia al descanso dominical en el comercio, el estímulo de la competencia impide que se lleve á cabo, y ese estímulo sólo puede ser vencido por la ley. Parece que para el comercio también la descentralización de la legislación protectora de los obreros y de los empleados llegará en breve á una reglamentación general del trabajo del domingo, conforme á la vez con los intereses morales y económicos y con las tradiciones de autonomía local del pueblo suizo.

*
* *

Industrias de transportes.—Las Compañías de ferrocarriles suizos estaban sometidas á la ley de 1872, cuyo art. 9.º decía: «Los funcionarios y empleados de los ferrocarriles tendrán

por lo menos un domingo libre de cada tres. Esta disposición se aplicará también á otras empresas de transportes (barcos, correos, etc.)».

Las Compañías rehuyeron el cumplimiento de esta disposición y lograron que se añadiera al art. 9.º una aclaración, que realmente quebrantaba el principio.

La ley de 27 de Junio de 1890 significa la vuelta al régimen de 1872, aún con más rigor. Sus artículos 4.º y 5.º dicen lo siguiente: «Art. 4.º Los funcionarios, empleados y obreros tendrán cincuenta y dos días libres al año, convenientemente distribuidos, de los cuales diez y siete han de caer forzosamente en domingo. No podrá hacerse ninguna retención en el salario por razón de los descansos garantidos por la presente ley.—Art. 5.º El servicio de mercancías queda prohibido en domingo. Queda, no obstante, reservado el transporte de mercancías y ganado en gran velocidad».

Un reglamento precisa la aplicación del art. 4.º y prescribe que los días libres podrán pasarse en el lugar en que se habita y que comprenderán veinticuatro horas enteras.

J. UÑA Y SARTHOU.

ARTE TRISTE

Es preocupación de muchos ingenios la tristeza del arte contemporáneo, y no dejan de plantearla ó aludirla, con sentencias ó burlas, desde la grave disertación de revista ó Ateneo, hasta la crónica ligera y zumbona de periódico humorístico.

Síntoma general es para muchos; achaque de la ibérica tiesura y de nuestra oriental languidez júzganla otros, y no hace mucho un poeta joven, Martínez Sierra, insiste sobre la misma en un brillante artículo publicado por la revista *Helios*:

«Todas nuestras manifestaciones artísticas — dice — son graves y pomposas. La inspiración es para nosotros siempre maestra, jamás amiga; baja solemnemente á visitarnos, severamente armada cual Minerva, regiamente vestida como Juno, soberanamente hermosa como Venus; siempre diosa, nunca mujer.»

Y más adelante añade:

«Nuestro arte gallardo, señoril, digno de héroes, ha sido y es hermoso; pero le falta para ser alegre un elemento humano. Posee la majestad y anda necesitado de ligereza; sabe el amor, ignora la galantería.»

Verdad es todo esto, pero no toda la verdad. Ciertamente que nuestras condiciones de raza y aun nuestro idioma pomposo y rotundo son opuestos á la risa libre é ingenuamente alegre, y al mariposeo del espíritu en busca de jovialidades frívolas.

Pero la causa es más honda. Dado el cosmopolitismo actual, no puede aislarse á un pueblo para explicar su arte de hoy; y menos aún si el pueblo tiene tan menguada originalidad artística como la España de los últimos siglos, con-

denada á seguir su marcha por los surcos que países de más mentalidad abrieron al pensamiento humano.

El arte moderno es triste; pero no sólo el arte español, sino el arte universal, porque triste es la vida que le engendra.

En el trajín diario de nuestra sociedad vertiginosa, en la fiebre creciente de la lucha por vivir, la multitud trabaja y goza, sufre y ríe, todo al vapor, con la regularidad mecánica y la ciega inconsciencia que requiere su condición de máquina de carne. Pero no es ya esta masa popular, como fué en la infancia de los pueblos modernos, la cantera de que brota la producción artística, anónima y espontánea. Están muy lejos los romanceros llenos de virilidad por estar llenos de fe. Ahora el arte es patrimonio de una minoría, y, al hacerse aristocrático, se ha hecho pensador. De aquí su nostalgia, su malestar, su enervamiento.

Cuando la vida estaba regida por principios de unidad emanados del dogma inalterable; cuando no se vislumbraba más filosofía que el escolasticismo, más moral que la cristiana, más código social que el Evangelio, ni más arte que el encerrado en grandiosa síntesis por las catedrales góticas, el espíritu poseía un sólido punto de apoyo, y descansaba en él sin dudas ni flaquezas.

Hoy la vida intelectual, por un proceso lógico de evolución, ha adquirido una complejidad enorme, y el pensamiento moderno es como océano tumultuoso donde olas encontradas se combaten.

Roto el equilibrio entre la teoría y la práctica de la vida; ondulante, movedizo y remoto el ideal que sirve á ésta de norma, el espíritu siente, de manera alternativa, los furoros y los desmayos, la desesperación y el abatimiento de quien cree tener en su inteligencia la palanca de Arquímedes para remover el mundo, y, al ir á emprender la ciclópea labor, no halla ni sostén firme para aquélla, ni vigor en su voluntad, ni calma en sus nervios.

Y este desequilibrio de la vida no puede menos de repercutir en el arte, puesto hoy al servicio de las aspiraciones más diversas que asaltan á aquélla.

El artista de antes veía, sí, el dolor sobre la faz de la tierra; pero el dolor le parecía justo castigo á los pecados del hombre, y templado por la misericordia de Dios que en otra vida le esperaba. Además, elevado á la concepción de lo eterno, miraba con desdén lo terrenal, y podía hacer materia de burla lo que es actualmente asunto de duelos.

Así, le era lícito reir con Quevedo ante las ruindades del dómine Cabra, ante la demacración y la bambolla de una sociedad famélica, y aun ante el lúgubre espectáculo del verdugo y la horca.

No ignoraba el artista que el sufrimiento y el placer no se reparten con equidad en nuestro planeta; pero, respetuoso con el hecho de las castas sociales, juzgaba legítimo que el trabajo del siervo permitiera holgar al señor, y que los de arriba monopolizaran el bienestar á costa del hambre y la miseria en los de abajo.

Aun el artista revolucionario limitaba siglos ha su aspiración demoledora á muy pocas materias, y, con fe en las demás, podía lanzar la carcajada homérica de Rabelais ó de Cervantes contra un ideal decadente, como el ideal caballescresco satirizado en *Gargantúa y Don Quijote*.

Pero desde que el arte, á la par que el pensamiento, se emancipa de la férula clásica, corre sin brida por todos los campos; y, oyendo con atención generosa las quejas de los oprimidos, el malestar de los descontentos, los escrúpulos, sutilezas ó rebeldías de los espíritus analizadores contra la organización de la sociedad en sus órdenes más varios, forzosamente ha de hacerse pesimista al sondear con mirada profunda el fondo atormentado de nuestra sociedad, convulsionada por dolores nuevos, por aspiraciones difíciles y por la mayor consciencia de sus antiguos males.

Por eso el arte moderno carece de fuerza para reir; pues la risa es indicio de una salud física y moral que la sociedad presente no posee.

Por eso también los pueblos como Italia y España, en que el sol ríe, y las flores y los pájaros alegran el alma con notas de color, perfumes y gorjeos, abandonan el cetro de

las artes á los países del Norte, cuyas brumas atmosféricas armonizan bien con las brumas espirituales que agitan el pensamiento contemporáneo.

Negación y protesta: he aquí el sentido de este arte, en sus más varias direcciones.

Negación y protesta en el fondo contra la sociedad, y en la forma contra los antiguos cánones estéticos, palpitan en el romanticismo, que, exaltando el ideal hasta el vértigo, creó una generación tétrica y soñadora; en el naturalismo, que, convirtiendo al elemento fisiológico en suprema ley de humanidad, cegó las fuentes del goce ideal, basado en la ilusión; en la escuela de Tolstoi, que, con su místico ensueño de altruísmo absoluto, exige al hombre rigideces de eremita; en las abstracciones dramáticas del simbolismo *ibseniano*, que mina en sus cimientos todos los organismos sociales de hoy.

Negación y protesta, no ya contra la sociedad, sino contra la naturaleza misma, refleja el *decadentismo* al encastillarse en su *torre de marfil*, ajeno á todo influjo externo, para depurar exquisitamente sus más refinadas impresiones artísticas.

¿Qué se hizo de aquel arte plácido y risueño que atemperaba los dolores de la realidad?—suelen preguntarse muchos.—¿Qué de la juventud bulliciosa, despreocupada, como quien confía en su fuerza; irreflexiva y gozadora, que afirmaba con sus actos en toda ocasión *la alegría de vivir?*

Huyeron ambos, es dolorosa verdad; pero huyeron porque el medio social les creó un ambiente malsano; porque al zambullirse la juventud de lleno en la vida, con más cultura intelectual y mayor espíritu crítico que en otro tiempo, pero con menos fe, la halló árida, injusta, y á veces despreciable.

En esa cerrazón sombría, de que el arte es reflejo, hasta el amor, perfume de las almas, poesía de la existencia, perdió la frescura ingenuamente picaresca que supo revestir en los sabrosos *dezires* del Arcipreste de Hita, y la nota tiernamente apasionada del idilio entre Calixto y Melibea, para degenerar en espasmo patológico de raza histérica, como aparece en las

novelas de Zola y de su numerosa falange, más ó menos afiliada á su credo literario.

Táchese cuanto se quiera de fúnebre á la juventud intelectual que ha de fijar la orientación del arte futuro; mas para equilibrar su humor seria preciso antes equilibrar la vida.

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.

INTERNA DE

... ..
... ..
... ..
... ..
... ..

LAS HEREJÍAS EN LUCHA CON EL CRISTIANISMO ⁽¹⁾

Apenas nace el Cristianismo, fuente de tan grandes ideas y doctrinas, aparecen contra él protestas, que cada día adquieren más fuerza, prestigio y desarrollo. Presentemos en prueba de nuestra afirmación el desenvolvimiento de las herejías, juntamente con la historia de la Iglesia.

En el siglo I se presentan los *ebionitas*, que negaban la divinidad de Jesús, y en el siglo II los *gnósticos* que no creían en la humanidad de Cristo.

Tomó en el siglo III grandes proporciones el movimiento heterodoxo representado por los *montanistas*, *maniqueos* y *alejandrinos*. Tertuliano y Orígenes, aunque grandes defensores de la verdad, no fueron por completo ortodoxos. Tertuliano era el más elocuente de los Padres latinos; pero fundándose en *inspiraciones*, sostuvo el materialismo y el sexo de las almas, en cuyos errores perseveró hasta su muerte. Trasladémonos á la hermosa Alejandría para contemplar la pobre casa de apartada calle, donde vivía oscuro maestro de retórica, padre de numerosa familia. Una noche el maestro se levantó de pronto, y besó el pecho de su hijo mayor, que dormía tranquilo; su esposa le preguntó la explicación de aquel hecho, y él dijo que adivinaba que en el pecho del niño se había de formar un templo donde habitase el Espíritu Santo. Este niño fué el gran Orígenes, hombre ilustre, entusiasta del Cristianismo; pero que revelaba ideas erróneas en sus grandes tesis, pues creía que los ángeles rodeaban las flores, se mecían en las aguas, palpitaban en las ondas del mar, brillaban en las estrellas, y llenaban en infinito número

(1) Publicóse este artículo en *La Libertad*, de Valladolid, correspondiente al 19 de Julio de 1886.

el vacío y toda la creación. Tampoco admitía la doctrina del mal eterno y absoluto, así que aseguraba que por la sangre del Crucificado quedó limpia la humanidad de la más pequeña mancha, y que el árbol de la cruz cubría con sus ramas á todos los hombres; que, siendo Dios infinitamente bueno, sólo quería el bien del género humano, y que llegaría un día—tan grande era su misericordia y tanto su amor por las criaturas—que bajando á los infiernos perdonaría á los pecadores y condenados.

En el siglo IV nació una extraordinaria herejía: la de *Arrio*. Este sacerdote afirmaba que Jesucristo no era *consustancial* al Padre; y sus discípulos, directa ó indirectamente, negaban la divinidad de la segunda persona de la Trinidad Santísima. Atanasio fué su impugnador. Atanasio, sabio educado en la filosofía antigua, hombre que profesaba con fe ardiente la religión del Crucificado, parecía como eterno peregrino, recorriendo todas las ciudades é iluminando el espíritu humano con la predicación de la religión verdadera. Cuando se reunió el Concilio de Nicea, donde ilustrísimos varones iban á condenar la herejía arriana, allende el Rhin se oía el rugido de los bárbaros que se preparaban á caer sobre Europa.

El siglo V se inauguró con una nueva herejía: el *pelagianismo*. La historia dice que Pelagio era tartamudo, pero que á veces tenía admirable elocuencia, debida á su inspiración. Así como Manés llenaba con Dios el mundo, así Pelagio lo llenaba con el hombre, y negaba el pecado original y la necesidad de la gracia. San Agustín genio verdaderamente extraordinario, negó estos errores.

Vinieron los bárbaros y transformaron el mundo europeo. Procedían de diferentes lugares, y al paso que unos eran blancos y hermosos, otros eran casi negros y horribles. Llevaban por todas partes la matanza y la destrucción.—¿Quién podría en estos calamitosos tiempos conservar la unidad del mundo?—La Iglesia y sólo la Iglesia: ella que poseía los hombres más insignes, las doctrinas más puras y la moral más sublime. En el siglo V aparecieron las herejías de *Nestorio* y *Eutiques*; en el VI el *pelagianismo*, el *nestorianismo* y el *euti-*

quismo se extendieron considerablemente; en el VII nació el *monotelismo*; en el VIII los *iconoclastas* destruían las imágenes, y el *adopcianismo* se propagó en España y en la Galia meridional; en el IX *Goltschalk* renovaba los antiguos errores sobre la predestinación y la negación de la libertad; pero sobre todo comenzó á mediados de este siglo el *cisma de Hocio*, y siguió agitando las conciencias en el X, consumándose en el XI el cisma de Oriente.

El XII, aunque verdaderamente católico, como preparado por Gregorio VII, fué el siglo en que las Universidades se levantaban junto á los monasterios; las Universidades, que eran una protesta contra la enseñanza de los frailes y contra el feudalismo de la Edad Media, También en este siglo florecieron *Abelardo* y *Arnaldo de Brescia*. En Abelardo se descubre cierto espíritu revolucionario, cierto panteísmo y cierta afición á la libertad de pensar. Tenía el don de la elocuencia y conmovía á las muchedumbres, pues su palabra nacía del corazón y estaba iluminada por el fuego del sentimiento. Abelardo amaba con locura á Eloísa. Las cartas de Abelardo muestran el cálculo frío y material del hombre, y las de Eloísa el amor sublime y generoso de la mujer. Nada más tierno cuando Eloísa tiene en poco llamarse hermana, esposa y sierva de Abelardo, y nada más egoísta cuando éste piensa que no debe casarse, porque el matrimonio distraería sus aficiones y la realización de sus ideas. San Bernardo, aquel hombre de barba y cabellos blancos, de vida ascética y de virtud acrisolada; aquel hombre aborrecido de las mujeres, porque se llevaba á sus esposos, hermanos é hijos á hacer penitencia, fué el impugnador de Abelardo.

En los comienzos del siglo XIII brillaron las grandes figuras de Inocencio III, San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzmán; siglo que al principio tuvo á Luis IX el *Santo*, á San Fernando y á Jaime I el *Conquistador* y al fin á Felipe IV el *Hermoso*, á Sancho IV el *Bravo* y á Pedro III, siglo que al lado de San Buenaventura y de Santo Tomás admiró á Bacon, á Vicente de Beauvais y á Dante, á Dante que en su *Divina Comedia* protestó del Pontificado y de Roma.

El siglo XIV tuvo principio con Petrarca, Bocaccio y nuestro Arcipreste de Hita, y acabó con *Wiclef*, enemigo de Roma, fatalista y uno de los herejes más grandes que ha tenido la Iglesia.

En el siglo XV la humanidad renació con los descubrimientos de la brújula, de la pólvora y de la imprenta, y se manifestó poderosamente la libertad de pensar con *Juan Hus* y *Jerónimo de Praga*; todos estos descubrimientos y todos estos hombres prepararon la reforma religiosa de Lutero.

Cuando parecía que el catolicismo iba á unir á todos los pueblos bajo su ideal, apareció en el XVI *Martín Lutero*, y en nombre de su conciencia protestó de la doctrina de la Iglesia. Zuinglio, Calvino, Teodoro de Beza, Carlstad y Knox extendieron por el mundo las doctrinas heréticas del fraile de Witemberg.

En el siglo XVII *Fansenio* y los *regalistas* franceses turbaron la paz de la Iglesia é intentaron socavar el poder del Pontificado.

En el XVIII, que según afirma Augusto Nicolás en su libro *El protestantismo en su relación con el socialismo* fué el grande enemigo del catolicismo, los *febronianos* alemanes aumentaron los males de la Iglesia, y los *enciclopedistas* franceses *Voltaire*, *Montesquieu*, *Rousseau*, *D'Alembert* y *Diderot*, talentos de primer orden, inteligencias privilegiadas y caracteres enérgicos, pusieron todos los medios para hacer zozobrar la barca de San Pedro.

En el siglo XIX, las herejías lo minaron todo: el libro, el folleto y el periódico contenían doctrinas heterodoxas; las ideas racionalistas lograron completa victoria.

¿Será el siglo XX el de la incredulidad y del escepticismo?

JUAN ORTEGA RUBIO.

À POLIÓN⁽¹⁾

TRADUCCIÓN DE VIRGILIO

Musas campestres, nuestra voz alcemos:
no siempre place el tamariz y arbusto;
sean las selvas, en quien selvas cante,
dignas del Cónsul.

Llega la edad postrer de la Sibila,
surgen del siglo maravillas nuevas,
vuelve Astrea del cielo, trae Saturno
nueva progenie.

Casta Lucina, favorece al niño
hoy cuando nace, por quien muere el hierro,
áureo linaje habitará en el mundo;
reina ya Apolo.

Siendo tú Cónsul, Polión, comienzan
gloria y secundos meses deslizándose;
libre del miedo borrará la tierra
huellas del crimen.

Vida de dioses obtendrá el mancebo,
visto será como divino y héroe,
rigen patrias virtudes y ya el templo
cierra el bifronte.

Niño dilecto, para ti la tierra,

(1) Esta égloga inmortal, que Fray Luis de León intitula *Sicelides*, tiene, además de su mérito literario, una importancia histórica que conviene consignar. La venida de Jesucristo sucedió poco después de escribirse dicha composición, y el Emperador Constantino, en el Concilio de Cesárea, leyó la traducción griega de esta poesía como una prueba de que hasta los paganos habían tenido revelaciones acerca del Mesías.

frutos, primicias, brotará sin culto
hiedras doquier, que trepan entre acantos,
nardos y lirios.

Llenas las ubres, volverán las cabras
sin miedo al lobo ni al león: la cuna
misma, cual velo, posará en tu frente
rosas fragantes.

Sierpes no habrá, ni matará el veneno
de yerbas, cual cicuta ponzoñosas,
lirios amomos verterán doquiera
suave perfume.

Glorias heroicas mostraráte Clío,
almas virtudes en tu padre insigne
has de aprender, mientras la luz te envía
Venus Urania.

Campos fecundos con la feble espiga
lentos comenzarán á ser dorados,
zarzas incultas do verás pendiendo
uva bermeja.

Robles añosos, cual rocío blanco
dulces mieles manarán opímos;
mas destrozadas quedarán algunas
del mal añejo.

Tetis se lanzará de nuevo al ponto,
muros doquier pondránse incontrastables,
surcos la esteva hará, tornando á Telus
dócil, fecunda.

Tifis habrá que á esotra Colcos lleve
héroes eximios, más sangrientas luchas:
por vez segunda el prepotente Aquiles
á Troya asalta.

Desde el momento aquel en que se afirmen
los varoniles días del mancebo,
mar y trirremes dejará el piloto
quietas y ociosas.

Toda la tierra rendirá mil frutos
sin arados sufrir; ni podadera
la vid fecunda; desuncidas siendo

yuntas de bueyes.

Múrice rojo, azafrán ó púrpura
mude en el prado su color las pieles,
orne espontánea la escarlata fina
mansos corderos.

Con el estable numen de los hados
digan concordés Átropa y Laquesis
á los veloces husos: *corred, tales*
siglos saturnios.

Cara progenie de los dioses obra,
rico ornamento del excelso Jove,
magnas empresas proteger hoy puedes;
ya llega el tiempo.

Mira cuál goza la redonda mole,
estremecido el mundo, cuál las tierras,
el ancho mar, el espacioso cielo;
¡tal siglo esperan!

Hado benigno, concédeme plázcate
luengo vivir y detener á Cloto
para que alientos tenga mientras cante
estas hazañas.

Ni aquel infausto, de Euridice esposo,
ni su alumno venciéranme con números,
por más que Apolo y Caliope heroica
fueran presentes.

De Orfeo y Lino el padre y madre augustos,
ni Pan ni Arcadia á contender viniendo,
siendo la Arcadia juez declarararía
á ellos vencidos.

Con la risa en los labios á tu madre
párvulo tierno, á conocer empieza,
ya que por meses diez le produjiste
luengos dolores;

niño, conócela; que á quien sus padres
no sonríen, ni el Genio á su triclinio
le convida, ni el tálamo le ofrece
la diosa Juno.

ENRIQUE PRÚGENT.

LITERATURA CHINA

LA VIDA SÓLO ES UN SUEÑO

CUENTO

El licenciado Lien de Fou Krin, vivía en el siglo XV. Acababa de sufrir sus exámenes, que resultaron muy lucidos, y en la embriaguez de su reciente victoria, se paseaba arrogantemente con sus *co-escogidos*, para hacer ostentación de sus triunfos. Supo que el convento de Pi-lou había recibido la visita de un frenólogo distinguido. Fué á él para preguntarle sobre su fisonomía, que él creía predestinada á las grandes dignidades del Estado. Se presentó ante el sabio en una actitud de suficiencia incomparable: su rostro respiraba vanidad y agitaba su abanico como algo precioso, lo que contribuía á aumentar su aspecto infatuado. El frenólogo miróle, le dijo muchas cosas aduladoras y acabó por prometerle veinte años de pacífico ministerio. Encantado con sus predicciones, el fatuo joven sintió aumentar su orgullo ya desmesurado.

Llovía. Todo el mundo se refugió en una gran sala del convento. Un viejo bonzo estaba allí sentado en un taburete de paja: absorto en profunda meditación, no se dio cuenta de la entrada de la multitud y quedó inmóvil, con los ojos cerrados. Lien recibió entonces las felicitaciones de los camaradas que le llamaban ya *el Señor Ministro*. Aceptó estos homenajes con benevolencia, y tomó la predicción tan en serio, que comenzó á distribuir empleos á todos los que le rodeaban y hasta á los criados del convento. La lluvia persistente impedía á los jóvenes salir. Lien se hallaba fatigado y se sentó en un sillón. Después, repentinamente vió dos empleados del Empe-

rador con un decreto en la mano que se presentaban ante él, invitándole á ir al palacio de Su Majestad, que deseaba encomendarle una misión política de alta importancia. Siguió con apresuramiento á los mensajeros, que no dejaban de darle el título de *Presidente del Consejo*. En la corte el Soberano llegóse á él y escuchó sus consejos en una actitud de sumisión admirativa. Decretó bien pronto que todos los funcionarios de un orden superior al tercer grado se pusiesen bajo las órdenes de Lien: para que el ministro volviese á su casa, ordenó que se le revistiese con el traje de gala de su cargo y que se le hiciese montar en un caballo de buena raza, ricamente enjaezado. Después de haber dado las gracias al Emperador, Lien se dirigió á su morada que se había convertido en un espléndido palacio. Apenas atusaba sus bigotes para llamar á alguno, cuando cien voces unidas le respondían. Todos los funcionarios de paso en la capital le ofrecían un recuerdo de su viaje, consistente en productos raros de diversos países. ¿Salía? Todo el mundo se inclinaba á su paso. Él se dignaba responder con un ligero saludo á los que estaban congraciados con el subsecretario de Estado; en cuanto á los otros, un signo de cabeza era considerado como una felicidad sin igual. Uno de sus protegidos le envió diez doncellas, y las dos más lindas de éstas fueron sus preferidas. En fin, estaba todos los días colmado de honores y embriagado de placeres.

En medio de estas múltiples ocupaciones y de estas felicidades sin número, halló bastante espacio de tiempo y bastante corazón para acordarse de un antiguo amigo á quien debía muchos favores de época no lejana, allá en sus buenos tiempos de estudiante. Resolvió socorrer á este pobre hombre y lo propuso en el Consejo de Su Majestad que, al día siguiente, elevó á su protegido á un puesto importante. Pero, aunque se acordaba de sus amigos, no olvidó tampoco á sus enemigos. Hizo degradar por los censores partidarios suyos á un funcionario que detestaba. Los bandidos que habían formado un complot contra su vida intentaron asesinarlo al salir de su palacio. Escapó felizmente de las tramas de estos criminales y los hizo ejecutar inmediatamente. Á la muerte de uno de los principales músicos, quiso reemplazarle por una

encantadora joven vecina de su palacio. En una palabra, todos los deseos de su corazón se realizaban á pedir de boca y toda su existencia se deslizaba en una perpetua felicidad, sin que ninguna desgracia viniese á interrumpir su curso. Muchos cortesanos le criticaban por lo bajo, pero su posición era tal que nadie osó injuriarle públicamente. El presidente de la censura imperial, Pao, indignado de ver tantas injusticias consumadas con impunidad perfecta por este ministro, decidióse al fin á presentar al Emperador una queja que decía así:

«El ministro de Estado, Lien, es un mortal vulgarísimo. Por una respuesta dada á tiempo, supo agradar á Vuestra Majestad que le colma de favores no sólo á el, sino hasta sus ascendientes y descendientes. En lugar de hacer los mayores esfuerzos para mostrar á Vuestra Majestad su reconocimiento, haciendo al Gobierno algunos ligeros servicicios se aprovechó de su categoría para dar satisfacción á sus deseos personales, para dar colocaciones, no según el mérito de cada uno, sino según su afecto. ¡Él es el que distribuye todas las plazas lucrativas! ¡Él á quien todos los dignatarios de la corte obedecen más que á su Soberano! Además Lien oprime á los pueblos: es el dueño de sus bienes, de que dispone á su agrado, así como de sus mujeres y sus hijos, que para él son instrumentos de placer. Sus mismos criados son adulados. Cuando llegan sus cartas de recomendación se olvida la justicia. Sin contar los malos tratamientos dados á los transeuntes por el camino por donde pasaba su excelencia. ¡En fin, atraviesa un camino; hasta se tala la hierba! En cuanto á él, recibe de Vuestra Majestad favores cada vez más grandes, sin merecerlos. Se entrega totalmente á la lujuria y á los placeres: los intereses del Estado y de la nación no entran en el dominio de sus preocupaciones. Nunca la historia nos ofrece un ejemplo semejante de hombre de Estado. Si Vuestra Majestad no toma una medida eficaz para alejar á este hombre, la revolución estallará pronto. Después de haber reflexionado no he podido disimular más un hecho que conoce todo el mundo. Más quiero desagradar á Vuestra Majestad que engañarla. Pido, pues, la cabeza del culpable y la confiscación de todos sus bienes, á fin de dar satisfacción al pueblo irritado. Si la requisitoria

que ordene Vuestra Majestad demuestra la falsedad de mi acusación, le ruego me aplique la misma pena.»

Cuando Lien tuvo conocimiento de la denuncia sintió como una ducha de agua fría vertida sobre su cabeza: tanto se turbó. Pero el Emperador, por miramientos, no dió oídos á la denuncia de Pao. Poco tiempo despues se elevó de todas partes la misma queja. Provenía hasta de los partidarios del ministro y de sus protegidos. Entonces el Emperador fué impotente para sostener por más tiempo á su favorito y ordenó su destierro y la confiscación de sus bienes. Lien vió entrar después de la comunicación de este decreto una brigada de soldados que, armas en mano, venían á prenderle para desterrarle á él y á su familia. En camino para el destierro suplicó á los guardias que le dejasen reposar un instante. Una partida de asesinos le interrumpió: dijeron que venían, en calidad de antiguos oprimidos, á llevarse la cabeza de Lien, su enemigo. El ex ministro, desprovisto de todo medio de defensa, fué cogido y asesinado. Inmediatamente sintió que su alma, con las manos atadas detrás de la espalda, era conducida por dos desconocidos á una ciudad lejana é introducida en un palacio ante un magistrado de fealdad y ceño espantoso. Era el juez de los infiernos que ojeaba un gran libro de defunciones. «¡Es un criminal político, exclamó viendo á Lien; infiel al soberano, opresor del pueblo; merece la aplicación de la hirviente caldera de aceite!» Los empleados del infierno respondieron con rugidos que parecían truenos: cogieron el alma y la echaron en una caldera de siete pies de altura rodeada de llamas. El juez consultó el registro. «Ahora, dijo, se os llevará á la *montaña de cuchillos*, para pagar los crímenes que habéis cometido, entregándoos a vuestras injusticias.» Se condujo á la pobre alma al pie de una montaña, muy alta y sembrada de cuchillos. Había ya en ella muchas almas, llorando y gimiendo en vano. Lien, en vista del atroz espectáculo, dudaba si subiría. Entonces, el desconocido le cogió, le echó al aire y le hizo caer en medio de un montón de puntas aceradas que erizaban la montaña. Después de haber sufrido dolores indescriptibles, el infeliz vió que sus calamidades aumentaban: dejóse caer en tierra víctima de horrible desesperación. Se le condujo de nuevo

ante el Juez que le dijo, esta vez con más benevolencia, que sólo le faltaba sufrir un pequeño castigo todavía: el de entregar el dinero que había adquirido deshonrosamente, esto es, tres millones doscientos veintiún mil taëls... solamente. Se vió entonces una montaña de monedas; á medida que el empleado infernal fundía las piezas en una caldera, otro le hacía beber al alma culpable el metal en fusión por medio de una enorme cuchara de hierro. Lien ya no tenía piel en la boca ni en la garganta, ni en el estómago. Sintió en este momento haber tenido demasiado dinero, él, que nunca en vida creyó tener bastante. Cuando se terminó este suplicio, el juez ordenó poner al alma en *la sala de la metampsicosis* para transformarla en muchacha. Apenas fué arrojado en un cilindro, cuando se encontró siendo muchacha, al lado de su padre y de su madre, en una choza destartalada. Se desarrolló cerca de ellos en una vida de mendicidad y miseria. A los catorce años se casó con un obrero, el cual bien pronto le dió malos tratamientos. Un pícaro vecino quiso seducirla, pero ella se acordó de los crímenes cometidos en su primera vida y no quiso cometer otro en su existencia nueva. Se resistió y lo contó todo á su marido. El vecino, estando un día el matrimonio en el tálamo nupcial, entró y asesinó al obrero; la mujer debió su salvación á una precipitada fuga. Cuando se supo el asesinato se acusó á la mujer de haber asesinado á su marido por causa de un amante. Se pronunció la condena. No pudiendo probar su inocencia, la infeliz se puso á llorar y sollozar.....

.....

—¡Lien!... ¡Lien!... ¡Qué pesadilla tienes!—dijeron los compañeros de licenciatura, sacudiéndole en el sillón en el que hacía un cuarto de hora estaba durmiendo. Vamos despierta; nosotros tenemos hambre...

El joven abrió los ojos y vió ante él al bonzo, siempre en la misma postura, que le dijo con sonrisa irónica:

—¡Hola, señor presidente del Consejo!

Muy admirado de estas palabras y seriamente conmovido por su sueño, Lien preguntó con toda formalidad al sacerdote el camino que debía seguir.

—Sed virtuoso y humano—dijo el bonzo:—veréis entonces cómo el loto florece aún entre las llamas...

Lien, muy descorazonado, entró en sí y abjuró perfecta y totalmente de toda vanidad y ambición. Desapareció poco después, sin que hasta ahora sepamos lo que ha sido de él.

EL GENERAL TCHENG-KI-TONG.

(Traducción de A. G.-B.)

LA ENSEÑANZA DE LA GEOGRAFÍA ⁽¹⁾

No es un axioma, pero sí un postulado la observación de Benot, ya citada, de que la Geografía necesita muchos años para su aprendizaje: es evidente, evidentísimo.

La Geografía supone un estudio de trece años para todo hombre que aspire á tener general cultura: la Geografía ha de ocupar, por lo menos, siete años en la escuela y seis en el Instituto.

La enseñanza de la Geografía ha de empezar á los tres años.

Para nuestro país, cuyas reminiscencias arábicas le hacen aparecer como indiferente á la suerte de los niños, esto se creará exagerado, y, sin embargo, nada más exacto: el niño de tres años aprende con más facilidad extensas nociones de Geografía (extensas, dada la edad y el desarrollo de las facultades) que no el alfabeto, que requiere una labor de abstracción y una asimilación de convencionalismos—á veces contradictorios—que pugnan con la psicología infantil.

Visitando los Jardines de la Infancia, establecidos en la calle de Daoiz bajo la dirección del insigne pedagogo D. Eugenio Bartolomé Mingo, se puede observar con cuánta facilidad asimilan los niños la Geografía desde los primeros primeros años en que comienzan su vida escolar. ¿Cómo no? La Geografía no pasa de ser una de tantas lecciones de cosas, lecciones las más asimilables á las inteligencias infantiles; por eso recuerdan y entienden (sin salir nunca de lo fenomenal é intuitivo) las lecciones que se les explican.

Colocamos al parvulillo en medio de la clase: le hacemos notar cuál es el sitio por donde sale el Sol y cuál el sitio por donde se pone. Se le hace extender la mano derecha en di-

(1) Véase la página 199 de este tomo.

rección al Oriente y se le enseña que en esta posición la izquierda corresponde al Poniente, la frente al Norte y la espalda al Sur.

No hay criaturita de treinta y seis meses que no tome este ejercicio como una distracción y un juego y no lo aprenda como aprende los otros juegos en torno

«Del gran caballo de bronce
que hay en la plaza de Oriente.»

Después de conocidos los puntos cardinales, el niño señalará los límites del aula, medirá su extensión (1) y contará el número de sus discípulos.

Orientada el aula, se obliga al parvulillo á fijarse en la orientación y límites de la escuela; se le explica después lo que en la descripción urbana significa la palabra *manzana*, y cuando está enterado de que es una continuación de casas no interrumpida por calle alguna, se hace que el alumno oriente la manzana donde está la escuela.

Después se presenta al discípulo un plano del barrio donde se da la enseñanza y se le hace distinguir manzanas, calles, plazas, edificios públicos, orientándolos todos, ya aisladamente, ya en relación unos con otros.

Como complemento se enseñará al párvulo el plano de la ciudad en que se da la enseñanza y se le harán repetir ejercicios análogos á los que practicó con relación á un barrio determinado.

Se le hará igualmente orientar la ciudad, villa ó pueblo en que reside, presentando siempre el plano de modo que sus puntos cardinales coincidan con los del horizonte del lugar de la enseñanza, y cuando el alumno se haya dado

(1) La operación es factible para niños de cinco años; encierra muchas ventajas: es, en primer lugar, una multiplicación (ejercicio aritmético); después una cubicación (enseñanza geométrica); un elemento de descripción topográfica (ejercicio geográfico), y un medio de enseñanza de la higiene si el maestro hace contar los alumnos que hay en clase y los metros cúbicos que corresponden por hora y alumno. Es notorio que estas operaciones han de ser graduadas cíclicamente y que al parvulillo le basta con la medición lineal de la clase.

cuenta de la orientación, se colgará el plano haciendo ver al educando cómo en las representaciones murales el Norte corresponde á la parte superior, el Sur á la inferior, el Este á la derecha y el Oeste á la izquierda.

En los paseos escolares el niño puede aprender multitud de nociones acerca de los nombres genéricos que la Geografía emplea: montes, valles, ríos, llanos, costas, penínsulas, cabos, etc., etc., pueden ser explicados por un profesor inteligente á la vista de los accidentes que el campo ofrece en paseo sabiamente elegido; un arroyo, por ejemplo, tiene mucho de semejante con un río: se pueden señalar en él nacimiento, desembocadura, orilla derecha, orilla izquierda, curso, cauce, velocidad de la corriente y multitud de particularidades que un buen maestro sabe aprovechar siempre para el adelantamiento de sus alumnos.

No obstante, es necesario completar los ejercicios hechos durante los paseos escolares con mapas físicos, extensos, intuitivos, en relieve, que den ideas de aquellos accidentes del globo que son desconocidos en la localidad donde se estudia. Un alumno de Ávila ó de Jaén se forma trabajosamente idea de lo que es el mar, golfos, senos, bahías, puertos, cabos, penínsulas, mareas, olas y corrientes, y un alumno de Canarias ó de Baleares no sabe lo que es un río. Hay que apelar á reproducciones, que el comercio da hábilmente hechas, y en las cuales se muestran tangibles y palpables estos accidentes (1).

El párvulo puede además jugar—como descanso de otras asignaturas más áridas—con rompecabezas geográficos; estos juguetes halagan los dos sentimientos instintivos de dibujo y de imitación que mueven á la infancia y pueden servir para extender el conocimiento de la Geografía aun antes de que el niño conozca la lectura (2).

(1) En la escuela «Minerva», de Santa Cruz de Tenerife, hemos visto una de estas reproducciones sumamente exacta é instructiva.

(2) Este sistema se emplea en los Jardines de la Infancia. La casa editorial Paluzié, de Barcelona, ofrece tres modelos sumamente baratos de estos rompecabezas. El de precio más subido vale tres pesetas.

No hay que olvidar que un niño de tres años en presencia de un *mapa mundi* y de un *abecedario* SEÑALA (Y ES PROBADO) CON MÁS FACILIDAD EUROPA, ASIA, AFRICA, AMÉRICA Y OCEANÍA QUE LA A, LA E, LA I, LA O Y LA U.

Pasa el niño desde la escuela de párvulos al primer grado elemental, y allí puede aprender los ríos y los montes de su provincia, las poblaciones más importantes, los productos, las industrias y el comercio de la misma provincia, atendiendo muy particularmente á las comunicaciones, cuyo conocimiento es tan indispensable para el comercio, el servicio postal, la guerra, la administración y los usos generales de la vida.

Puede el alumno aprender también los accidentes más notables del territorio nacional: ríos, montes, cabos, senos, aspecto de las costas, puertos, cordilleras, sierras, etc.

En un segundo grado puede el discípulo aprender la división en regiones y en provincias; la clasificación de los ríos, según las vertientes; las lagunas de España; los sitios por donde pasan los principales ríos de la Península; los Estados de América y las regiones de Asia.

En el grado tercero podrían repasar todo lo anterior y adquirir noticias de las principales regiones del Africa y las más importantes islas de la Oceanía.

Francia, que es el país de todas las exageraciones, discute todavía cuál es el mejor método de enseñanza geográfica en las escuelas. Drapeyron exagera el método topográfico, y desea que cada alumno de nueve á once años se convierta en geómetra ó agrimensor, manejando la escuadra y el compás; en cambio, Paquier quiere que se comience la Geografía por la descripción del Universo, lo cual no sólo contradice la tendencia moderna de la enseñanza de la Geografía, sino todo el movimiento pedagógico desde Pestalozzi hasta nuestros días (1).

Lo sensato es apartarse de Drapeyron en sus exageraciones topográficas y abominar de Paquier en su retroceso

(1) J. B. PAQUIER, *Etude et enseignement de la Géographie en France*.—DRAPEYRON, *Nouvelle méthode*.

Citados por Rafael Ballester.

pedagógico: el régimen que proponemos, adoptado por nuestras escuelas fröebelianas y preconizado por Antillón, es el más racional de todos: «estudio topográfico sin matemáticas, sin razonamientos, partiendo únicamente de lo fenomenal, para extender el conocimiento á las restantes regiones del planeta y dominar la ciencia geográfica, cuyo último fin no es físico, sino social y económico».

En todo caso, en la escuela ha de prescindirse del libro para la enseñanza de la Geografía y usar únicamente los mapas: D. Eduardo Vincenti ha dicho con muchísima razón que los niños no deben llevar más libros que el catecismo y la Gramática.

En los Institutos los estudios geográficos deben continuar durante todo el período de segunda enseñanza, comprendiendo, por tanto, seis años de estudios y elevando este número de cursos siempre que se amplíe el tiempo de la instrucción secundaria, siguiendo el ejemplo de Francia, donde —como hemos visto—se cursa la Geografía en los siete años de la segunda enseñanza.

Los cursos que á nuestro juicio debieran establecerse son:

- 1.º Geografía especial de España.
- 2.º Geografía general de Europa.
- 3.º Geografía general de Asia y África.
- 4.º Geografía general de América y Oceanía.
- 5.º Geografía comercial.
- 6.º Cosmografía y Física del Globo.

El plan vigente en la actualidad no sólo no concede á la Geografía la merecida importancia, y éste es el primer error, sino que la involucra con la Cosmografía, y éste es un error segundo y más grave; encomienda la Cosmografía á un catedrático de Letras, error tercero; hace preceder las nociones astronómicas á las geográficas, error cuarto, y coloca la Geografía de Europa antes de la de España, lo cual es un quinto error, tan grave como los otros.

Contra estos errores han protestado los catedráticos de Instituto y el Observatorio Astronómico (1), con tanta más

(1) Véase el periódico *La Segunda Enseñanza*, órgano de la Aso-

razón, cuanto que no se comprende el salto atrás dado en la enseñanza de la Geografía, cuando ya el Sr. Conde de Romanones dispuso que la Cosmografía se estudiase en 4.º año y concedió á la asignatura casi la misma extensión que nosotros solicitamos. En efecto, en el plan de aquel ex Ministro los bachilleres, al final de sus estudios, consagraban ONCE HORAS semanales á la Geografía y nuestro plan sólo exige DOCE HORAS semanales.

En las disposiciones que acaban de derogarse los alumnos estudiaban semanalmente:

En 1.º año.	3	horas	semanales	de	Geografía	(General y de Europa).
En 2.º año.	3	»	»	»	»	(Especial de España).
En 3.º año.	2	»	»	»	»	(Comercial y Estadística)
En 4.º año.	3	»	»	»	»	(Cosmografía).

Total . . . 11 horas semanales al final del Bachillerato.

Con doce horas solamente pueden darse los seis cursos que proponemos en esta forma:

1.º año.	Geografía de España	2	horas	semanales.
2.º año.	Geografía general de Europa	2	»	»
3.º año.	Geografía general de Asia y Africa	2	»	»
4.º año.	Geografía general de América y Oceanía	2	»	»
5.º año.	Geografía comercial	2	»	»
6.º año.	Cosmografía	2	»	»

Total 12 horas semanales durante el grado.

Queda, pues, probado que no pedimos una extensión exagerada para el estudio de la asignatura, sino próximamente la misma decretada ya por el Sr. Conde de Romanones. Equivale en total á dos cursos de lección diaria, es decir, el mismo tiempo que se gastaba estudiando latín en el pasado siglo. ¿Puede esto considerarse excesivo?

Á primera vista parece insólito, ante la rutinaria opinión que en España existe, pedir seis cursos de Geografía, y, sin embargo, nada más fundado:

Primero: por el carácter de los conocimientos geográficos que, como observa Benot, se presentan aislados, dificultan-

ciación de Catedráticos numerarios, número de 25 de Octubre de 1903.

do la asociación de las ideas y, por consiguiente, la labor de la atención y de la memoria.

Segundo: por la extensión que necesariamente ha de darse al estudio de la Geografía en una época de universales comunicaciones, activo movimiento comercial y profundos problemas sociales.

Tercero: el elevado carácter de la investigación geográfica en nuestros días, que convierte al hecho geográfico en dato más precioso que el hecho histórico, según ya llevamos apuntado y luego demostraremos.

Cuarto: el imperio del procedimiento cíclico, concéntrico ó sectorial, que se extiende á todas las enseñanzas y que es insustituible, sobre todo en ciencias como la Historia natural, la Geografía y la Historia universal, cuya complejidad es tal—sobre todo en lo que se refiere á la Historia universal y á la Geografía—que hasta en los diccionarios enciclopédicos los artículos de Geografía é Historia constituyen una sección aparte para no obstruir con su extensión y particularismo el léxico general en que se intercalan voces de todas las demás ciencias.

Quinto: el ejemplo de las naciones más adelantadas, que consagran hasta quince horas semanales á las enseñanzas geográficas.

Hacemos estas observaciones y queremos llevar hasta la saciedad el convencimiento de nuestro auditorio, no por amor á las propias ideas, no por pasión personal, sino por patriotismo, porque estamos persuadidos de la transcendencia inmensa que la Geografía tiene para la prosperidad de los pueblos.

Pasando á justificar el orden á que deben someterse los estudios geográficos en segunda enseñanza, no debemos esforzarnos mucho, después de las teorías aquí expuestas: ha de empezarse por la Geografía de España, porque el método topográfico así lo exige; se ha de seguir describiendo á Europa, porque el mismo método lo impone, y se ha de continuar por Asia y Africa, no sólo para no saltar del Antiguo al Nuevo Continente, sino para facilitar al alumno de tercer año conocimientos de esta parte del mundo, donde se

han desarrollado los principales acontecimientos de la Historia universal, acontecimientos que sólo comprenderá, en el aula de la Historia, cuando haya dominado la Geografía.

Después la descripción de América y Oceanía completará el conocimiento total del planeta, la Geografía comercial servirá de síntesis y repaso, y la Cosmografía, en sexto año, dará al alumno la clave de los fenómenos que en los anteriores cursos se le explicaron; el discípulo, entonces, conocedor de las matemáticas y de la Física, de la Historia, de la Ética y del Derecho, podrá abarcar en su inmenso, pintoresco é instructivo conjunto el total de la Geografía.

Habrá, sin embargo, quien suponga que las dos horas semanales, durante seis cursos, que señalamos para el estudio de la Geografía son tiempo demasiado reducido para poseer el conocimiento de la asignatura: á quien tal objete hamos de replicar que se trata sólo de adquirir la cultura geográfica indispensable á toda persona ilustrada que no haya de especializar en estos estudios, y que en las dos horas semanales pueden aprovechar mucho los alumnos mediante los procedimientos modernos de enseñanza.

En primer lugar el método cíclico, *ipso facto*, obliga al alumno á tener delante de sí durante siete años en la escuela (de tres á diez) y durante seis años en el Instituto (de diez á dieciséis) los mapas necesarios á las diferentes partes de la Geografía que va cursando, y esto constituye una educación superior en orden á esta clase de conocimientos.

En segundo lugar deben auxiliar al profesor los métodos modernos: exposición narrativa, paseos escolares, Geografía comparada y dibujo de mapas.

Nada más fácil que describir narrando y nada más difícil que describir sin narrar.

Es verdaderamente enojosa la enumeración en forma de diccionario de los accidentes del terreno: *mares*, tales y cuales; *golfos*, éstos y los otros; *penínsulas*, aquélla y la de más allá, etc., etc.; pero resulta ameno el estudio cuando la descripción *se narra* como si se tratase de un viaje y el alumno sigue los trazos del mapa guiado por una narración; sirva

de ejemplo la descripción narrativa de los contornos de Europa, hecha por López de Vicuña.

«La forma irregular de las costas europeas da origen á
»muchos mares, golfos y penínsulas. Baña la región septen-
»trional el Océano Glacial Ártico, que introduciéndose en el
»continente por el estrecho de Waigats forma el golfo de
»Tsches, el mar Blanco y el golfo de Varenger.»

«El Océano Atlántico penetra en Europa formando el
»mar del Norte que por el golfo de Skager-Rack, el canal
»de Categat y los estrechos pasos del Sund, Gran Belt
»y Pequeño Belt une sus aguas con las del mar Báltico,
»extenso mediterráneo comprendido entre Escandinavia,
»Prusia y Rusia, y cuyos golfos importantes son los de
»Botnia, Finlandia, Riga y Dantzig. El mar del Norte se
»une por el paso de Calais y el canal de la Mancha con el
»Atlántico, cuyas aguas forman el canal del Norte, mar de
»Irlanda y canal de San Jorge entre las Islas Británicas, el
»gran golfo de Gascuña ó mar Cantábrico entre España y
»Francia y el estrecho de Gibraltar que da paso al Medi-
»terráneo.»

«Este vasto mar, que se extiende de E. á O. entre Espa-
»ña y Asia, y de N. á S. entre las riberas meridionales de
»Europa y las septentrionales del Africa, forma el golfo de
»Valencia en las costas orientales de España, los golfos de
»Lyon y Génova en Francia y en Italia, el estrecho de Bo-
»nifacio entre las islas de Córcega y Cerdeña, el mar Tirre-
»no... etc., etc.»

He aquí el modo de narrar la Geografía, forma de exposi-
ción la más adecuada para ilustrar el mapa, auxiliar á la
memoria *óptica* (predominante en la inmensa mayoría de los
alumnos) y concertar la exposición oral con los procedi-
mientos gráficos (1).

Los paseos escolares en la segunda enseñanza deben em-

(1) En los ejercicios gráficos no debe agobiarse nunca al alumno con ejercicios matemáticos y de dibujo. El sistema de entregar mapas dibujados mudos para que los alumnos los escriban es el mejor de los procedimientos. Es el empleado en el Instituto de San Isidro por don Manuel Zabala.

plearse, y así lo ha comprendido algún profesor español, D. Manuel Zabala, que extendió sus excursiones desde Madrid á Toledo, ejemplo digno de imitación.

En efecto, el alumno del Instituto, dueño ya de multitud de nociones de ciencias físicas y de historia, tanto más combinables cuanto más cíclico sea el sistema de enseñanza, puede sacar multitud de enseñanzas en excursiones prácticamente guiadas.

No hemos de entrar en detalles acerca de este asunto, á pesar de su palpitante interés, porque no debemos escribir un libro, rebasando los límites de una conferencia. No hay español que no sea excursionista por naturaleza, y no hay excursionista que no aprenda más en las excursiones que en los libros.

La Geografía comparada es otro de los medios más eficaces para la enseñanza de este estudio.

Acerca de este punto dice el ilustre publicista y pedagogo Picatoste (1):

«Con el nombre de Geografía comparada, síntesis geográfica ó simplemente resumen, se va introduciendo en la enseñanza de casi todos los países de Europa la costumbre de resumir en breves palabras las ideas culminantes de la Geografía. Esta costumbre, comenzada como un ensayo por algunos profesores que estudian el método más conveniente para el aprovechamiento de sus discípulos, ha llegado á adquirir tal importancia que Mr. Viteau asegura en un informe sobre la enseñanza geográfica en Bélgica que en su larguísima experiencia le ha producido resultados verdaderamente maravillosos.»

La Geografía comparada no sólo se ha de emplear en el sentido superior de la palabra (como síntesis del conocimiento geográfico y preliminar de las leyes sociales que de la Geografía se derivan), sino que ha de emplearse como medio mnemotécnico y educativo desde las primeras lecciones.

(1) D. FELIPE PICATOSTE, *Elementos de Geografía y Nociones de Cosmografía*.—Edición de 1901, pág. 307.

¿Qué inconveniente hay en que á un niño se le pregunte en la escuela de párvulos cuál es la mayor de las partes del mundo? Y después que responda: Asia, ¿por qué no seguir preguntando cuál es la que sigue en extensión, y así sucesivamente?

Para enseñar, por ejemplo, á un alumno la extensión de las provincias de España (y nos volvemos á fijar en la extensión, porque es -- como dato numérico—difícil de recordar), haremos notar al alumno que la extensión media de cada provincia es de 10.000 kilómetros cuadrados próximamente; eu en las provincias más despobladas (Extremadura y las Mancha) esta extensión llega al duplo, y que hay provincias donde la extensión es un quinto de lo que correspondería si el territorio se dividiese exactamente en 49 partes. Haremos luego que el discípulo observe directamente en el mapa cuáles son las provincias mayores y cuáles las menores, y fácilmente retendrá que Badajoz es la de máxima extensión, siguiéndole Cáceres, Ciudad Real y Cuenca; mientras que la menor es Guipúzcoa, y en este orden de las menores le siguen Vizcaya, Álava y Pontevedra.

De esta manera queda en el alumno constantemente un conocimiento que podríamos llamar de proporción geográfica, conocimiento que los años no destruyen con facilidad, pues así como es dado á pocos recordar que el África tiene 29.893.253 kilómetros cuadrados, á pocos se olvida la noticia de que África es unas sesenta veces mayor que España.

Aparte de la humilde función mnemotécnica que desempeña la Geografía comparada, hay otra científica en alto grado que explica la Historia y las sociedades actuales por la Geografía, siguiendo la máxima de Cousin: «Dadme el mapa de un país y os daré su historia».

El alumno que ha terminado sus estudios de Geografía puede comparativamente formarse una amplia idea de la Historia y explicarse muchos fenómenos sociales. Verá que aun cuando el hombre cumple la ley providencial del progreso en todas las latitudes, las más adecuadas regiones para la civilización y la cultura son las zonas templadas, en especial la del Norte, y, dentro de ésta, la faja comprendida en-

tre los 30° y 60°, donde se hallan los grandes centros de la civilización oriental, las ciudades que iluminaron la Historia, como Atenas, Roma y Alejandría, todas las capitales de los Estados de Europa, y Washington, New York y Chicago en el Nuevo Continente.

Verá cómo los extensos contornos son garantía de cultura, prosperidad y riqueza. Europa debe principalmente á sus múltiples accidentes hidrográficos (los mares interiores, el Danubio, el Rhin y el Volga) el ser la más culta de las partes del mundo.

Y, por el contrario, observará el alumno cómo se prestan á los imperios despóticos los grandes territorios de monótono suelo, sobre todo si están en continentes de costas poco quebradas. China y Rusia en la actualidad y los grandes imperios antiguos son ejemplos de esta influencia geográfica.

No hay libro de Historia que explique á satisfacción el actual estado político de Europa, y la Geografía lo demuestra palpablemente.

Turquía es un anacronismo y un borrón; pero vive porque el Bósforo y los Dardanelos no conviene que estén en manos de un Estado poderoso.

Por la misma razón Bismarck no pudo absorber á Dinamarca: el Sund, el Gran Belt y el Pequeño Belt en poder de Alemania serían una puerta de hierro colocada en la entrada del Báltico.

Tampoco hay ley histórica que nos muestre por qué Gibraltar, Malta y Aden han de ser posesiones inglesas. Su posición en los estrechos y el inmenso poderío naval británico explican (contra toda historia y toda política) la ocupación de estos puntos por Inglaterra.

¿Cómo la Historia, ni la Filología, ni la Religión, ni la Política pueden explicar la existencia del imperio austro-húngaro? De ninguna manera: sólo la Geografía nos dice que multitud de pueblos distintos en origen, en creencias y en idiomas se agrupan en torno del Danubio como vía comercial la más importante del centro de Europa.

Otro tanto acontece con las ciudades libres alemanas:

Hamburgo, Brema y Lubeck son independientes por la necesidad de neutralizar las bocas del Elba, del Wesser y del Trave, y no hay otra razón que esta razón geográfica para que se conserven como Estados soberanos, pues los recuerdos de la famosa liga anseática hace siglos que han desaparecido.

Hay tres fenómenos en el mapa político de Europa ante los cuales la Historia aparece no sólo impotente, sino ridícula: cómo Holanda no es un Estado alemán, cómo Bélgica no es una provincia francesa, cómo Portugal no es una región española. Sin embargo, la explicación es clara: las potencias no quieren que las bocas del Rhin, del Mosa, del Escalda, del Tajo y del Duero estén en poder de naciones poderosas.

La neutralización de Suiza no tiene otra explicación que la importancia de este país como centro de líneas de invasión que amenazan á Francia por el Ródano, á Italia por el Tesino, á Austria por el Inn y por el Rhin á Prusia.

.....

Así seguiríamos mostrando de una manera práctica las excelencias de la síntesis comparativa, si la extensión de nuestro trabajo nos lo permitiese; pero urge que hablemos del método gráfico y de las concordancias de la toponimia como métodos inexcusables para la enseñanza de la Geografía.

Indudablemente Drapeyron exagera la importancia de los trabajos cartográficos de los alumnos, pretendiendo que los jóvenes sean todos matemáticos, cosmógrafos y dibujantes. El verdadero pedagogo debe fijarse más en el *potest* que en el *debet* y como no es posible exigir á la inmensa mayoría de los alumnos los complejos conocimientos que el dibujo de un mapa exige, fuerza es darles hecho el trazado de la carta geográfica con sus meridianos, paralelos, contornos, cordilleras, ríos, etc.; procedimiento que se sigue en el Instituto de San Isidro de Madrid y en los Institutos más adelantados de España. Al alumno debe tocar únicamente colocar la toponimia en el dibujo.

Y ya que de toponimia hablamos, recomendaremos el mé-

todo de enseñanza que consiste en dar al alumno noticias de los nombres genéricos más comunes en la composición de los nombres propios extranjeros: un alumno que sepa, por ejemplo, que la palabra *land* significa *tierra* tiene mucho adelantado para recordar multitud de palabras: *Aland*, tierra de aguas; *Cumberland*, tierra celta; *Finlandia*, tierra extrema; *Higland*, tierra alta; *Holanda*, tierra baja, etc., etc.

En la mayor parte de los casos ayudan doblemente las etimologías, por su concordancia con otras y porque contienen algún rasgo descriptivo del país, como la palabra *Holanda*.

Finalmente, que en los Institutos debe preponderar el método cíclico, la exposición narrativa, los paseos escolares, la Geografía comparada, el dibujo de mapas y el estudio racional de la toponimia.

El profesor de segunda enseñanza debe evitar el arcaico sistema de los discursos (más inútiles en Geografía que en ninguna otra asignatura) y debe emplear el primer cuarto de hora de la clase en examinar los mapas escritos de sus alumnos (1), consagrar los treinta minutos restantes á las preguntas ante el mapa y los otros quince á la preparación de la lección siguiente: *trabajar prácticamente, ser inspeccionados por el profesor, ser dirigidos por él*: he aquí el problema.

En la segunda enseñanza la Geografía está abandonadísima, es casi nula; y en la enseñanza superior nula por completo.

La última palabra en Instrucción Geográfica Superior la ha pronunciado Bélgica con la creación del Instituto Geográfico de Bruselas.

(1) Para esto es necesario emplear el sistema mutuo constituyendo secciones.

Los cuarenta alumnos de Geografía de España del Instituto de Cuenca presentan en cada conferencia sus ejercicios escritos, porque la clase se divide en cinco secciones, cada una de las cuales consta de siete alumnos y un instructor. Esto da á la clase, en los primeros quince minutos, el aspecto de una escuela; pero produce resultados positivos.

Hablando de él, dice Beltrán y Rózpide (1):

«Se fundó el 18 de Marzo, y es el primer ensayo de Escuela dedicada exclusivamente á la educación de geógrafos. Su programa, según la revista mensual de la Real Sociedad Geográfica de Londres, *The Geographical Journal*, es formidable. Exageran, sin duda, los ilustrados redactores de esa revista, pues no han debido tener en cuenta la distribución de las materias y el enlace que entre ellas hay; en todo caso, no es programa definitivo. Se ha consultado á los más doctos maestros de todo el mundo y ha de modificarse el plan seguramente si se aceptan con carácter oficial los títulos ó diplomas de «geógrafo» que expida el nuevo Instituto. Véase el actual programa, y nótese que se trata de una sola ciencia y de los conocimientos teóricos y prácticos que la auxilian, y que los alumnos llegan al Instituto con la suficiente preparación para aprovechar los tres cursos que en aquél se estudian.

.....
 »Primer año.—Geografía matemática y teoría de las proyecciones: clase alterna. Geografía física (morfología, oceanografía, aguas corrientes); Idiomas; dibujo y construcción de mapas: dos clases por semana. Cosmografía, Meteorología, Geología, Biología y Antropología, Fotografía de mapas; Relieves: clases semanales. Excursiones durante el período de vacaciones.

»Segundo año.—Dibujo, construcción de mapas y relieves: cuatro clases semanales. Cosmografía y Geografía matemática: clase alterna. Geografía física (Meteorología é Hidrología); Geología y Paleontología; Idiomas: dos clases semanales. Geografía botánica; Antropología: clases semanales. Excursiones.

»Tercer año.—Historia de la Geografía: clase alterna. Geografía comparada; Geografía comercial y Estadística; Construcción de mapas y relieves y manejo de aparatos é instrumentos: dos clases por semana. Geodesia; Estructura geológica del Globo; Geografía zoológica; Antropolo-

(1) *La Geografía en 1898*, pág. 16

»gía, Geografía médica y Nosografía; Etnografía y Coloni-
»zación; Toponimia: clases semanales. Excursiones y ejerci-
»cios: Ciencia y práctica de exploración y viajes.»

Además de la Escuela Superior de Geografía debiera existir en España una Academia de la misma ciencia y un diccionario que saliera á luz cada decenio.

Para terminar:

Hoy no se enseña Geografía en España.

La enseñanza de esta asignatura debe empezar en las escuelas á los tres años.

Debe continuar mientras el alumno asista á la escuela.

Debe seguir durante toda la segunda enseñanza.

Debe fomentarse con estudios superiores é instituciones que garanticen la profundidad y extensión de estos estudios.

Estas enseñanzas han sido una gloria del pueblo español, que descubrió dos de las cinco partes del mundo, y estas enseñanzas no sólo son la gloria de nuestros padres, sino la prosperidad de nuestra generación y el porvenir de nuestros hijos.

La Geografía, ciencia de la Tierra, es la ciencia del hombre; Dios hizo á la Tierra de la nada, pero al hombre lo hizo de la Tierra.

La Tierra es nuestra madre: lo atestigua la ciencia y lo declaran los libros santos.

R. ÁLVAREZ SEREIX.

LEOPOLDO PEDREIRA TAIBO.

COSAS DE ANTAÑO

• Entrada pública en Madrid, el mes de Enero de 1809, del Señor Rey D. Josef Napoleon Bonaparte.—II. Funcion Real dada en su honor en el teatro de los Caños.

I

El Rey D. José Napoleón Bonaparte había dispuesto trasladarse á Madrid desde el Real sitio de «El Pardo».

Señalaba para ello el domingo 22 de Enero de 1809, á las once de la mañana.

Era, pues, de necesidad preparar digna y solemnemente tan fausto acontecimiento.

Madrid, según las órdenes que se le comunicaban del señor D. Pablo Arribas, Ministro de Policía, debería publicar inmediatamente un *bando* para que la carrera por donde pasara S. M. estuviese colgada y adornada con la mayor magnificencia posible, desde una hora antes de la llegada; y que, al anochecer, sin quitar los adornos y colgaduras, se iluminasen las casas con exquisito gusto y primor, estando así hasta la hora de las ocho. Las calles se asearían haciendo desaparecer de ellas los escombros y objetos que embarazaran el paso; y, por último, comprendería el *bando* la prohibición de pasar coches por la carrera desde las diez de la mañana hasta después de haberse restituído S. M. á su palacio.

Se exceptuó, sin embargo de esta orden, los coches de aquellas personas que, por su oficio, tuvieran que asistir con el Rey á la Real Iglesia de San Isidro y acompañarle después á su morada.

Tres noches se iluminarían las casas que, aun no estando en la carrera, fuesen vivienda de magistrados, emplea-

dos, etc., comunicando orden al vicario eclesiástico para que las campanas de todas las iglesias de la villa repicaran de continuo durante el tránsito de S. M.

Estas disposiciones era preciso cumplirlas, pues... «se hará entender á todos los vecinos de la carrera que si faltasen á un obsequio tan justo, no sólo se les compelerá á ello por la fuerza, sino que además serán castigados con severidad.»

Conminatorias en extremo eran estas palabras.

Nunca mejor aplicada que en este caso la sentencia del aforismo castellano de «Á buen entendedor breve hablador», que breves, pero expresivas y cuasi contundentes, eran las palabras con que se hacía entender á los vecinos de la carrera *que no faltasen á un obsequio tan justo*, para librarse de las severidades del castigo.

¡Poco halagadoras eran al pueblo de Madrid las disposiciones preparatorias para el recibimiento del nuevo Rey! del que, por la gracia de Dios y por la Constitución, lo era de estas Españas que han quedado y de aquellas Indias que se fueron...

Un pueblo como el nuestro, enemigo siempre de todo género de imposiciones, máxime si han emanado de las alturas del Poder, no estaba muy del lado de lo que significaban los deseos y mandatos de la superioridad, y bien puede afirmarse que los actos que realizara, serían poco entusiastas, ya que por lo menos una molesta cuando no enojosa indiferencia era su lema para cuanto hiciese alusión á la persona del nuevo y dignísimo monarca.

*
* *

La carrera que había de seguir la Real persona y su comitiva era desde la puerta de Atocha, por el Prado, calle de Alcalá, Puerta del Sol, calle de Carretas, calle de Atocha, bajada de la Cárcel y calle Imperial y de Toledo hasta la Real iglesia de San Isidro; la misma carrera ó itinerario que, según veremos, se dispuso más tarde en el ceremonial; y, á la vuelta de esta Real iglesia, la misma calle de Toledo, Plaza Ma-

yor, calle Nueva y Platerías, para seguir hasta el Arco y plazuela de Palacio.

En los teatros de la Cruz, del Príncipe y de los Caños del Peral se darían funciones en el día de la entrada y en los dos siguientes, con iluminación en aquéllos, el primero de dichos días.

Las disposiciones que hubieron de tenerse en cuenta á la llegada del Rey de España son curiosas y están contenidas en el

Ceremonial que se ha de observar en la entrada pública de S. M.

Al amanecer del día 22 del corriente—decía—se dispararán en Madrid cien cañonazos para anunciar la entrada del Rey nuestro Señor.

En el momento dispondrá el Capitán general de la guardia que esté de servicio, que haya puestos de guardia en las inmediaciones de la iglesia de San Isidro y una partida de *Gendarmas d'Elittes* á disposición del maestro de ceremonias para mantener el orden en la iglesia.

Á las ocho de la mañana se pondrá sobre las armas la guarnición de Madrid, colocándose parte de ella en fila desde la Puerta de Atocha hasta la puerta de la iglesia de San Isidro, y desde ésta hasta Palacio, y parte en piquetes gruesos en las diferentes plazas.

La guardia se colocará en la parte más inmediata á dicha iglesia: á las nueve saldrá la Caballería para ir á recibir á S. M. y llegará hasta la plazuela de las Delicias: Quando haya encontrado al Rey y se haya vuelto á poner en camino S. M., se adelantará, dexando solamente un esquadron detrás de la guardia del Rey.

En dicha plazuela de las Delicias montará el Rey á caballo y la comitiva marchará en el orden siguiente:

Marcha.

Desde la Plaza de las Delicias hasta la Puerta de Atocha:
La Caballería de la guarnición.

Un esquadron de la Guardia Real.

El servicio de honor de S. M., á saber:

Los Edecanes.

Los Secretarios de Gabinete.

Los Mayordomos.

Los Gentilshombres.

Los Caballerizos.

El Superintendente general, el gran Maestro de Ceremonias y el Camarero mayor.

El Mayordomo mayor, el Mayor general, el Montero mayor.

El REY NUESTRO SEÑOR.

El Capitán general de las Guardias de servicio.

El Caballerizo mayor.

El Capitán general de las Guardias que no está de servicio.

El Edecán de servicio, el Caballerizo de servicio, el Gentilhombre de servicio.

Los Ministros.

Los Grandes de España que no sean Gentilshombres.

Todas las personas indicadas deben acompañar á S. M. á caballo y de gala.

Un esquadron de Caballería de la Guardia.

En coche.

Los Consejeros de Estado.

El Consejo de Guerra.

El de Marina.

El de Indias.

El de las Órdenes.

El de Hacienda.

Y el Ministro decano de la Sala con otro Alcalde representando el Tribunal.

Un esquadron de la Caballería de la guarnición cerrará la marcha.

Puerta de Atocha.

El Gobernador de la plaza con su Estado Mayor, y el Corregidor con el Ayuntamiento se hallarán en la puerta de Atocha para presentar á S. M. las llaves de la villa.

Hecha esta ceremonia, el Gobernador se pondrá á la cabeza de la Caballería de la guarnición, y el Ayuntamiento detrás del esquadron de la Guardia de S. M. y antes del servicio de honor de S. M.

La entrada de S. M. en Madrid se anunciará con otra salva de cien cañonazos y repique general de campanas, que se repetirá diferentes veces en el día.

Entrará S. M. por la puerta de Atocha, atravesará el Prado y seguirá por la calle de Alcalá, Puerta del Sol, calle de las Carretas, plazuela del Angel, calle de Atocha, baxada de la Cárcel de Corte y calle de Toledo hasta la iglesia de San Isidro.

En la iglesia.

El Obispo auxiliar, vestido y asistido de pontifical, los Canónigos, Curas y Beneficiados, los Generales y Prelados de las Religiones y la Villa recibirán á S. M. á la puerta, y seis canónigos más antiguos le conducirán baxo del palio hasta el Trono, siguiendo la comitiva por el orden que ha traído.

Sentado S. M. sobre el Trono, se colocará la comitiva en la forma siguiente:

Á la derecha del Rey y detrás sobre el tercer escalón del Trono estará de pie el Capitán General de Guardias de servicio.

Á la derecha del Rey el Camarero mayor, y detrás de éste los Gentiles hombres.

Á la derecha del Camarero mayor los Ministros, y á la derecha de éstos y formando ángulo hacia fuera los Consejeros de Estado.

Á la izquierda del Trono el Mayordomo mayor y el Caballerizo mayor, y á la izquierda de éste el Capitán General de Guardias que no esté de servicio, el Mayor general y á su izquierda el Superintendente general.

Detrás del Capitán General de la Guardia que no esté de servicio, los Edecanes de S. M.

Detrás del Mayordomo mayor, los Mayordomos.

Detrás del Caballerizo mayor, los Caballerizos.

Delante y á la izquierda del último escalón del Trono se colocará el Gran Maestro de Ceremonias.

Asistirán los Capellanes de honor y toda la Real Capilla, y en la misa se ejecutarán todas las ceremonias acostumbradas.

En el cuerpo de la iglesia habrá dos órdenes de bancos, y en los del lado derecho se colocarán los demás Consejos y Sala de Corte, por el orden de su precedencia, y en los del lado izquierdo la Villa, Títulos y demás personas de distinción.

El Gobernador de Madrid, los Oficiales generales y superiores del Estado Mayor del Ejército y de la plaza en actual ejercicio se colocarán enfrente del Trono, y también los Oficiales generales que no están retirados.

Los demás Oficiales se colocarán después de la Villa con los Títulos y personas distinguidas.

Después de la misa se cantará un solemne TE DEUM, y acabado, los mismos seis Canónigos llevarán á S. M. baxo del palio hasta la puerta.

El Cabildo y el Clero se colocarán como antes, y la comitiva acompañará á S. M., subiendo por la calle de Toledo, plaza Mayor, calle de la Almudena y Arco de Palacio, y llegará hasta el Salón de Embaxadores, en donde se recibirá la Corte.

Otra salva de cien cañonazos anunciará la entrada del Rey en Palacio.

Se hará entapizar ó colgar toda la carrera.

Habrà tres días de iluminación y gala.

El Rey entrará á las doce del día en San Isidro.

Madrid 20 de Enero de 1809.—El Gran Maestro de Ceremonias, *Marqués de San Adrián*.—Con rúbrica.»

No merece comentarios ni críticas este ceremonial, pues no era más que testimonio y reflejo de lo que en ocasiones análogas sucediera con otros monarcas.

Con aquella misma fecha se pasaban avisos á todos los Sres. Regidores, Diputados del común, Procuradores general y Personero, para reunirse en el Ayuntamiento y conocer en él la orden que dió el Ministro de Policía, como también el ceremonial que hemos copiado, y acordó nombrar á uno de sus individuos para que corriera con la iluminación de las Casas Consistoriales, y que respecto de las llaves de esta villa que se hubieran de presentar á S. M., «el Sr. Secretario más antiguo corra con su ejecución del modo que lleva entendido.»

Se nombraron las personas que habrían de conducir las varas del palio en San Isidro y que el Regidor decano y el Corregidor llevaran una borla.

En esta repartición de cometidos tocó á otras personas del Concejo el salir á caballo á recibir al Rey á la puerta de Atocha, comisionando á uno de sus individuos para tratar con el Excmo. Sr. General Belliard sobre el acopio de veinticuatro caballos que se necesitaban para la comitiva del Cuerpo de Ayuntamiento.

Siete señores del Consistorio madrileño excusaron su asistencia á la Real entrada.

El Corregidor de esta villa y su partido, D. Pedro de Mora y Lomas, el mismo día 20, dió un edicto en el que decía, entre otras cosas que ya conocemos, como las referentes á adornar los balcones, rejas, antepechos, ventanas y huecos de las tapias, iluminaciones... que quedaba prohibido á los vecinos que vivieran en la carrera la salida de muchachos ni otras personas á los tejados, teniendo, para evitarlo, cerradas las guardillas y pasos de comunicación que hubiera, siendo responsables los inquilinos de los cuartos, guardillas ó escaleras que saliesen á los tejados; que no se arrojara cosa alguna por las ventanas y balcones, quitando las celosías, tablas, tiestos y demás muebles que pudieran servir de embarazo ó caer sobre la gente.

También dice el edicto, en otro de sus artículos, que los padres de familia cuidarían de que no anduviesen por las calles de la carrera niños de corta edad, ni las madres ó amas con los de pecho, no dudando que, por su propio interés, cuidasen los vecinos de arreglarse á tal prevención.

Á los concurrentes y curiosos de la carrera se les hacía una observación peregrina; la de que no llevaran palos ni bastones, «porque además de no ser necesarios, sólo podrán servir de estorbo é incomodidad», no haciendo más advertencias y prevenciones «sobre el buen orden y tranquilidad que debe observarse, ni se determinan penas para los contraventores por el buen modo de comportarse que este vecindario tiene acreditado en los regocijos celebrados otras veces.»

En otro papel que se fijó en los muros de las casas de la villa se anunciaba otra prevención al público: que sería gratuita la entrada en los tres coliseos y que los asientos se darían á los concurrentes por el orden de su presentación.

* * *

Dentro del Cabildo de San Isidro el Real también se tomaban acuerdos relacionados con la entrada del Rey.

Así, en el extraordinario de 20 de Enero del año de referencia de 1809, se leía el oficio que con la misma fecha dirigiera el Excmo. Sr. D. Manuel Romero, Ministro del Interior, al Ilmo. Sr. Obispo auxiliar, y que como estaba enfermo fué pasado al Cabildo. Es un documento histórico de curiosidad; en él dice el Ministro que, «condescendiendo el Rey nuestro Señor con las reiteradas súplicas que le ha hecho la villa de Madrid y con los deseos que todo su vecindario ha manifestado por ver á su Real Persona en la Corte, ha resuelto S. M. trasladarse á su Real Palacio el Domingo 22 del corriente, haciendo su entrada pública en Madrid entre diez y once de la mañana» y deseando, entre otras ceremonias que solemnizaran aquel acto, oír misa en la iglesia de San Isidro.

Podrá dudarse si es ó no cierto lo que acabamos de referir respecto de las reiteradas súplicas que Madrid hizo cerca de la corte para que ésta viniera y fijase aquí sus reales, pero los hechos son claros, y á esa claridad y con ella exponemos nosotros rigurosamente un suceso de la historia.

Había, pues, que hacer todos los preparativos precisos para

celebrar función tan solemne «procurando evitar todo motivo de etiqueta y altercaciones entre la Capilla y el Cabildo.»

Éste se enteró de la orden, y se nombraron dos comisarios de uno y otro cuerpo para que tratasen lo que tuvieran por más conveniente á la buena armonía que ambos deseaban, sin perjudicar los derechos del Real Cabildo, que consistían en que tanto la presidencia del coro como el oficiar en el altar fuera privativo de él, á no ser que S. M. dispusiera expresamente otra cosa; y que por lo demás el mismo Cabildo llevaría á bien y admitiría con mucho gusto á los capellanes de honor, incorporándolos alternativamente en el coro y en los oficios de pontifical si S. I. se hallase en disposición de celebrar; de suerte que en el coro presidiría el canónigo más antiguo y después se colocarán un capellán y un canónigo, y en el pontifical se revistieran haciendo las dos comunidades un mismo cuerpo. Se convino en que así la presidencia de altar como la de coro las tuviera el Cabildo, como era justo, de modo que, si por indisposición del Sr. Obispo auxiliar, no se celebrara misa pontifical, la cantaría el canónigo que estuviese de turno; sin embargo, los capellanes de honor se incorporarían y mezclarían con los capitulares en el coro, y en el acto de recibir á S. M. concurrirían como unos convidados, con manteo y bonete, de la misma manera que se practicaba con los canónigos de las catedrales que asistían á la Real Iglesia de San Isidro. Los demás individuos de la Capilla se colocarían en el mismo lugar que ocupaba la música que asistía á las fiestas del Santo Patrono de Madrid y de San Dámaso, y cuyo lugar era entre los dos machones del lado de la Epístola.

Los diputados de los capellanes de honor exigieron la prerrogativa de alcanzar á S. M. el aspersionario á la ceremonia del *Asperges*, si lo había, y darle la paz, porque decían que en defecto del Patriarca pertenecía este acto en la misma Real Capilla al Preceptor.

* * *

El día de la llegada se echaba encima y no se podía perder un solo momento, así que este día 21 no pudieron celebrarse vísperas en la iglesia de San Isidro y el 22 hubo que

suspender el coro y la misa conventual, para así concluir de arreglar el trono, las ornamentaciones de la iglesia, etc., etc., y por la tropa que desde las ocho de la mañana se apoderó de la capilla.

El presbiterio se ensanchó, según costumbre en las grandes funciones; el altar mayor se adornó con seis candelabros grandes y cruz de plata, y el séptimo de ceremonias en pontifical, como en las mayores solemnidades, colocando velas en las credencias, y á los Santos Patronos se les pusieron doce. Al lado de la Epístola se colocó la silla de uso de S. I. para vestirse de pontifical, sin reclinatorio, y con un tapete de terciopelo encarnado, según ceremonia, por estar el Rey presente; para los capitulares que le asistieran se pusieron unos bancos de madera, los mismos que servían en el Viernes Santo. Al lado del Evangelio, en el paraje en que solía colocarse el retrato de S. M., se levantó un majestuoso trono que cubría preciado y bonito dosel sobre una grade-
ría espaciosa que habrían de ocupar los Sres. Ministros y servidumbre del Rey, y en el plano de la iglesia estaría la Villa de Madrid y á su lado izquierdo el reclinatorio con almohadones, según el ceremonial impreso. Frente á este reclinatorio, y bajo la misma media naranja, se puso otro sobre el pavimento con almohadones de terciopelo carmesí y paño de lo mismo; allí debía S. M. arrodillarse para adorar al Santísimo Sacramento antes de pasar al Trono.

En la puerta de entrada á la iglesia se dispuso un altar con seis candeleros de plata y luces y la cruz correspondiente que el Rey adoraría luego que llegase, arrodillándose ante ella sobre una almohada que al pie del altar se le preparó. La Villa colocó en este lugar su rico y vistoso palio, bajo el cual S. M. iba á ser llevado hasta el Solio, pues tal regalía es de la pertenencia de la villa de Madrid.

Todo el presbiterio y pavimento de la nave mayor cubrióse de hermosas alfombras y, en el cerco que corría en el lado de la Epístola desde el presbiterio hasta la capilla de San Estanislao y en el Evangelio desde el Trono hasta la de San Antonio, se pusieron dos órdenes de bancos sin respaldo y cubiertos al estilo de los de la capilla de Palacio, de donde se

trajo este ornato, como también el gran dosel y el Trono. Fuera de los bancos, en uno y otro lado se colocarían los individuos de la tropa, el cuerpo de Alabarderos y algunos soldados harían la guardia de las puertas de entrada á la iglesia, sacristía y tribunas.

*
* *

Llegó el día 22 del mes de Enero de 1809 y entró en Madrid el señor Rey D. Josef I.

Veamos cómo fué recibido.

Á las diez de la mañana salieron á caballo, desde las Casas Consistoriales, para dirigirse á la puerta de Atocha, los individuos del Ayuntamiento nombrados por éste para tal objeto. Les precedían los veinticuatro alguaciles del Juzgado de golilla, dirigidos por el alguacil mayor, todos á caballo Seguían seis maceros con las clúas, escudos y mazas y, después, el Ayuntamiento con vestido negro y media igual y con el acompañamiento de caballos y palafrenes respectivos. Apeados fuera de la puerta de Atocha, se incorporó á ellos el Sr. Corregidor, que había salido antes á recibir á S. M. al camino del Pardo y juntos estuvieron esperando hasta poco más de las once en que llegó el Rey y su comitiva. El Corregidor presentóle entonces una bandeja de plata con las llaves de la villa, pertenecientes á aquella puerta, las cuales hubo que hacer de intento para esta solemnidad que venía siendo tan castizamente española. Eran las llaves de hierro, una dorada y la otra plateada con cordón y borla de oro fino pendientes. El Rey las admitió y devolviéndoselas al Corregidor hizole expresión de la felicidad que deseaba para este noble pueblo.

Formóse de nuevo la comitiva, según prevenía el ceremonial, llegando á la Real iglesia de San Isidro. En el pórtico de ella esperaba el Ayuntamiento con el *palio grande y rico de Madrid* para conducir, como lo hizo, bajo de él á S. M., hasta llegar al Trono que se le tenía preparado.

Llevaron las ocho varas del palio dos señores canónigos de dicha Real Iglesia, dos Capellanes de honor y cuatro ca-

balleros capitulares de Madrid y, las cuatro borlas que de él pendían, el Sr. Corregidor, el Regidor decano y dos señores canónigos.

Al llegar el Rey al atrio de la Real Capilla hizo un breve razonamiento, exponiendo los motivos religiosos que le movían á presentarse la primera vez en esta iglesia, cuando llegaba á sentarse en el Trono de la España...

Contestóle S. I. con un discurso breve, oportuno y elocuente, al que de nuevo respondió S. M.; dióle Su Ilustrísima el agua bendita, y colocado bajo el palio, entró con la comitiva en la iglesia, guardando el orden indicado de antemano.

Concluída la misa y cantado el *Te Deum*, se volvió á salir de esta iglesia en la misma forma.

Montó el Rey á caballo y marchó á Palacio, y en él recibió á la Corte y á Madrid, y regresando el Ayuntamiento á su Casa Consistorial, se dió por terminado aquel acto.

El día 25 cumplimentó al Rey el Concejo.

Se había citado á este fin con anterioridad á todos los señores Corregidores, Regidores, Diputados del Común, Procuradores General y Personero, Alcaldes de la Santa Hermandad y Mesta y Alguacil mayor de la cárcel por el Estado Noble, Regidores honorarios y Abogados consistoriales. Deberían asistir con traje de etiqueta y los Abogados con la toga de su profesión.

De tantos señores como se citaron asistieron sólo diez, no obstante haber asistido veinte individuos á la sesión del día anterior á aquella en que fué tomado el acuerdo de visitar á S. M.

Después, lo de siempre; el tan asendereado Ayuntamiento de esta villa y corte pagaba 98.169 reales de vellón por los gastos ocasionados en la entrada del Señor Rey D. Josef Napoleón I.

II

Siempre fué de etiqueta—según decían los Sres. Ministros de la Guerra y del Interior al Corregidor de Madrid—hacer funciones Reales á la entrada de los Soberanos en la corte,

y ya que la estación del tiempo no permitía se hiciesen fiestas de toros, que eran de las más principales en tales ocasiones, querían dar con la mayor pompa y ostentación una función de teatro «que toda fuese nacional, suplicando á »Su Majestad se sirviese concurrir á ella», y convidando además á Madrid, á los Sres. Ministros, alta servidumbre de Palacio, Generales é individuos franceses, lo mismo que á las más distinguidas clases de la población para brillantez y lucimiento del espectáculo.

Las cosas se habían combinado de manera para adelantar tiempo, que era preciso que el «Señor Don Julián de Fuentes »estubiese con la Rita Luna para que hiciese de primera actriz »en la función que se determinase, que tal vez podría ser *El »desdén con el desdén ó La moza de cántaro.*»

Al apoderado de teatros, D. José Barbieri, se le llamó para preguntarle si tenía «de ambos sexos bailarines de bolero, »fandango, guaracha y otros bailes nacionales», contestando dicho apoderado que sí.

Dióse cuenta de estos preparativos por el Corregidor al Ayuntamiento, que acordaba en el extraordinario de 29 de Enero de 1809 aprobar unánimemente lo actuado por SS.^{as} y que siguiera disponiendo «cuanto contemplase conducente en obsequio de S. M. con aquel decoro y opulencia »correspondiente.»

La función se iba á celebrar en el teatro de los Caños del Peral, y bueno será decir dónde estaba este teatro.

Cuenta Mesonero Romanos en *El Antiquo Madrid* que los Caños del Peral, llamados también las Fuentes del Arrabal, eran unos lavaderos públicos propios de la villa, y tenían contiguo un *corral* cercado, que en el año de 1704 cayó en gracia á una compañía ambulante de comediantes y operistas italianos para dar representaciones al aire libre mediante unos cuantos tabloncillos que formaban el escenario y unos cuantos toldos que defendían del sol á los espectadores.

Después se construyó un pequeño teatro, que más tarde era tasado en ¡30.000 reales! En 1737 se derribó y se construyó otro que se inauguraba al año siguiente.

Este último es del que tratamos en este artículo, el cuál fué demolido en 1818, sentándose sobre su solar los cimientos del teatro Real, que se terminó en 1850.

Pero volvamos á la función Real que se iba á dar en aquel teatro al Sr. Rey D. José Napoleón Bonaparte.

Calculáronse en cuatro los palcos para S. M., los cuales deberían tener entrada distinta. Todo eran preparativos: el Ayuntamiento nombraba en la sesión de 2 de Febrero el personal para la función que por la noche de aquel día se había de celebrar y que vigilaría en el piso principal, en el bajo, en el segundo, en las lunetas principales y galerías, tertulia de mujeres; cazuelas, patio, asientos bajos y tertulia de hombres.

A las órdenes del mencionado personal estarían los cobradores y acomodadores, «cuidando se observe el orden »devido, y que en caso de querer algún otro francés ó de »la tropa entrar en la cazuela ó tertulia de mujeres bus- »quen á los oficiales de la guardia para que eviten y man- »den salga inmediatamente, celando igualmente que los »acomodadores no permitan la entrada sin el voletín corres- »pondiente.» El Ayuntamiento estaría «á la hora de las seis »en el coliseo de los Caños para recibir á S. M., con vestido »y media negra.» Ocho porteros alumbrarían con hachas al Rey hasta la entrada de su palco, operación que se repetiría á su salida.

El programa de la función era éste:

«La comedia de Calderón titulada:

Mañanas de Abril y Mayo.

Concluída la comedia

Se baylará el Bolero,

Se cantará después una tonadilla.

Á ésta seguirá

El Zapateado,

Y se concluirá con el saynete titulado: *La casa de Tóca-*

me, Roque, en que se baylará Seguidillas Manchegas y Fandango.»

Los billetes de palco decían: «*La Villa de Madrid*. Teniendo el honor de que el Rey N. S. (que Dios guarde) asista al Coliseo de los Caños del Peral la noche del Jueves 2 de este mes á la representación Española que S. M. se ha dignado admitir, ruega á V..... se sirva concurrir al Palco n..... piso..... que se ha destinado á V.....» Seguía á esta invitación el programa que dejamos copiado, y luego: «*La Villa* ruega á V..... se sirva presentar este Villette, en vista del qual se abrirá el referido Palco, que le está destinado. Madrid primero de Febrero de 1.809», con una rúbrica y el sello de la M. N. M. L. I. y Coronada Villa de Madrid. Todos los demás billetes no decían más que «*Villa de Madrid. Caños del Peral. Jueves 2 de Febrero de 1.809*»; seguía la localidad que representaba y la hora, y al pie esta advertencia: «Se previene que el que no pueda asistir se sirva devolver con tiempo este villete á la casa de Ayuntamiento.»

En esta función se debieron leer los versos que dedicaba al Rey, su Señor, la Villa de Madrid, que decían:

Quando, Señor, la Corte de tu imperio,
te ve asistir al templo de las Musas,
¡oh! ¡qué esperanza tan feliz concibe!
¡oh! ¡quánto acierto á tu gobierno anuncia!

Tú, su delicia, su defensa y padre
serás, y en ti todos sus bienes funda:
que donde late corazón sensible,
allí virtud, allí piedad se juntan.

Te vió postrado en zelo reverente,
ante las aras del Señor augustas,
paz y justicia prometer al mundo,
y en la dicha común cifrar la tuya.

Te vió dexar de tu palacio excelso
los áureos techos, que el pincel abulta,
y al lecho humilde aproximarte, donde
la humanidad te llama y tú la escuchas.

Te vió que, vencedor y poderoso
y armado, olvidas la reciente injuria:
triunfas, perdonas y el error que pudo
darte enemigos, se confunde y turba.

Hoy que á las artes favorable quieres
dar el honor, que en tu presencia buscan,
admite el zelo: y si el acierto falta,
en sola tu bondad hallen disculpa.

Reyna, y verás que de tu solio en torno
gratas florecen, y la patria ilustran,
y el nombre tuyo venerado y grande,
á las edades llevarán futuras.

Este romance aparece impreso y sin firma.

Al siguiente día de celebrada la función tomaba el acuerdo la Villa de pasar por una Comisión á cumplimentar á S. M. el Rey y darle gracias por su asistencia y proponerle admitiese otra de ópera italiana en el mismo teatro, y un baile ejecutado por la compañía de Lefebre, con más algunos intermedios hechos por los autores españoles.

Los gastos principales que ocasionó la función, ó á consecuencia de ella, fueron:

	<u>Reales.</u>
Las dos compañías cómicas de la Cruz y Príncipe, cuyo partido diario ascendía á.....	2.776
La orquesta.....	996
Dependientes y cobradores.....	357
Alumbrado.. ..	1.492,08
Iluminación exterior.....	856
Alquiler de coches.....	278
Copia de la música de la tonadilla que se cantó.....	65
Gastos del guardarropa.....	249,18
Pintor.....	2.550
Tramoyista.....	1.358
Propinas á los guardias que asistieron... ..	320
	<u>11.297,26</u>

De los boleros que se bailaron no se sabe el importe.

Nuestro Concejo aprobó á 10 de Marzo dichos gastos y mostrándose espléndido aumentó á 6.000 reales los 2.776 de las compañías; y á los músicos deseaba se los aumentara

una tercera parte más de lo que expresaba la lista, dándole á D. Melchor Ronci, profesor de música, trescientos veinte reales, y á la actriz Antonia Prade dos mil reales de gratificación. Los gastos de impresión de los billetes, de los versos y algunos otros importaban 1.312 reales 17 maravedís vellón.

La *nube* de cuentas que se cernía sobre el Ayuntamiento era entonces grande; todo el que había trabajado reclamaba sus haberes, ¡y menos mal que nuestro Concejo *estaba en fondos* y podía responder... pagando tantas reclamaciones!

JOSÉ RINCÓN Y LAZCANO.

Madrid Enero 1904.

LA SUPERSTICIÓN ANARQUISTA ⁽¹⁾

La exposición que hace la ilustre escritora D.^a Concepción Arenal de la importancia social del dolor acaba de ilustrar lo que digo: «El dolor no es para las sociedades ni para los individuos un estado transitorio, una consecuencia pasajera de circunstancias especiales ó deplorables errores, sino una necesidad de nuestra naturaleza, un elemento indispensable de nuestra perfección moral. Por eso no debemos mirarle como un enemigo, sino como un amigo triste que ha de acompañarnos en el camino de la vida... Imaginemos, si es posible, una sociedad sin dolores, y creyendo encontrar una mansión de delicias, hallaremos un pueblo de monstruos repugnantes. El que no recibe más que impresiones gratas se degrada física y moralmente, se envilece sin remedio. Sin lucha, sin contrariedad, sin abnegación, sin prueba, sin dolor, en fin, no es posible moralidad ni virtud.. ¿Quién cambia los groseros instintos en elevados afectos? El dolor, la amistad que no existe sin los amargos días de prueba; el amor, que se purifica orando junto á un lecho de muerte ó sobre una tumba querida; el afecto maternal, tan sublime en sus temores y en sus penas; el heroísmo que, bajo cualquier forma que se le considere, se riega con lágrimas ó con sangre; el arrepentimiento, que no existe sin la amargura de la falta; el perdón, que ha saboreado el desconsuelo de la injusticia; todo cuanto hay en el hombre de grande, puro, santo, ¿dónde tiene su origen? En el dolor. Examinemos bien todo lo que nos interesa, nos conmueve, nos admira, nos entusiasma, y hallamos en el fondo algún gran dolor como raíz necesaria». *El que obra debe sufrir*, dijeron hace siglos los griegos. El que sufre y trabaja tiene de-

(1) Véase la página 133 de este tomo.

recho á poseer, y acaso es el sufrimiento lo único que tal derecho le da. El anarquista que habla de expropiación y de comunidad es como el conquistador que tiene al saqueo por un modo legítimo de adquisición y un medio de enriquecerse. Se figura ganar en riqueza arrasando el territorio extranjero. Pero siempre en toda expropiación y apropiación hallará que aquella devastación de los vencidos que le parecía tan enriquecedora empobrece en realidad á los vencedores, pues corta de raíz la producción y suprime las ocasiones de cambio, primero por la guerra y después por la esterilidad territorial que forzosamente reobra.

Resumiendo: el anarquismo, mirado con criterio *eudemonológico* (1), es una protesta horrorosa contra el optimismo de nuestros socialistas, una prueba de la miseria de cuantas teorías prohíben al trabajador poseer nada y un testimonio de la seriedad de la concepción cristiana de la vida, siquiera con sus máximas no pueda el anarquista dar consuelo ni auxilio á los desgraciados (2). Tolstoï lo ha dicho, del modo, por cierto, sumamente grosero y rústico que suele (3): «El socialismo es una hipótesis tan poco verosímil como la presentada por los teólogos de un paraíso en que los obreros serían indemnizados después de su muerte con toda especie de goces de la penosa existencia que arrastran en este mundo. Sin embargo, los hombres inteligentes é instruídos de nuestros días creen en las promesas de la superstición socialista, como los de otras épocas creían en el cielo del teólogo». Al desaliento difundido por esa secta, más lírica que práctica, hay que referir el parecer de los que glorifican la emancipación para recordar con Tolstoï que toda la sociedad es una servidumbre de interés. Dice Nietzsche en el mismo sentido: «El cristiano y el anarquista son dos decadentes. Como el cristiano condena, difama y calumnia al *mundo*, el anarquista condena, difama y calumnia á la *sociedad*. El juicio final queda como un dulce consuelo de la venganza: ésta es la revolución tal como la

(1) *Eudemonia* es palabra tomada del griego y significa *felicidad*.

(2) Hettinger, *Apologie der christenthum*, II, 485.

(3) *L'esclavage moderne*, V.

aguarda el obrero socialista, pero concebida en tiempos bastante apartados... En la otra parte, lo mismo. ¿De qué servirá eso allí, si éste no ha de salir de aquí, de la tierra?» (1). Y después de confesar esto, como Nietzsche tan brillantemente lo confiesa, ¿quién no da la razón á los que sólo ven en el anarquismo una palabra mágica que, como el paraíso de las antiguas edades, sintetiza nuestros ensueños y esperanzas?

Me interesa hacer constar que lo que contribuye mucho á los progresos del anarquismo es que invade poco á poco las capas de jóvenes valientes, los círculos de literatos y estudiantes. El anarquismo promete la felicidad, y la felicidad, fantasma femenino para el hombre eterno, sólo seduce á los que empieza á recorrer el camino de la vida. «La vejez, dice Stevenson (2), pide con timidez que se le economice el intolerable dolor; la juventud, cogiendo al paso la fortuna, reclama la dicha como un derecho.» Quizá hago mal, por atención á los sentimientos de algunas personas y á los míos propios, en desconfiar de esa aspiración general y de esa tendencia generosa, que sólo parece poder asustar á los tímidos, á los egoístas y á los ignorantes. ¡Ah! es que en ella no encuentro el raciocinio tranquilo con sus esperanzas seguras, sino el anhelo animal, pobre ciego privado por añadidura del oído, y rigiéndose únicamente por presentimientos, por adivinaciones, por sacudidas nerviosas de enfermo.

Fourier anunció que «á cada uno según sus obras»; ó en otros términos, que cada individuo merece la remuneración á que es acreedor por su trabajo. Esta frase se traduce así entre los anarquistas: «á cada uno según sus necesidades». Pero en el fondo la teoría es la misma; se entiende por felicidad las

(1) *El crepúsculo de los ídolos*, III. Estoy persuadido de que Nietzsche, si conociera mejor de lo que conoció el cristianismo, hubiera hallado, hablando de él, aun del limitado que describe y es blanco de sus importunas críticas, alguna otra expresión para no rebajarlo tanto en su equivocado concepto. La observación que hace á propósito del pesimismo de los anarquistas es buena y como tal la he citado; pero no olvide el lector que sobre la horripilante ignorancia de Nietzsche en punto al sentido de las doctrinas cristianas podría escribirse un grueso tomo.

(2) *El dinamitero*, I, 2.

pasiones utilizadas, ennoblecidas y convertidas en energías necesarias y creadoras y se cree que las atracciones que merced á ellas experimenta el hombre «son proporcionadas á sus destinos». Y sin embargo, la experiencia demuestra lo contrario; «demuestra, dice Emerson (1), que la desproporción de las facultades es la llaga de la fogosa juventud. Acusa á la divina Providencia de obrar con cierta parsimonia. Nos pone delante el cielo y la tierra y nos colma de deseos hacia el Todo; de deseos sabrosos, infinitos; un hombre como el espacio; un grito de angustia como el de los demonios cuando llaman á las almas. Y luego, por toda satisfacción, da á cada hombre una sola gotita de poder vital, y esto por muy poco tiempo: una copa tan grande como el espacio y una gota de vida en ella. Se levanta el hombre de madrugada con un apetito capaz de engullirse el sistema planetario como un confite; un espíritu iluminado para la acción y la pasión; desearía luchar con la gravitación, con las afinidades químicas; pero, al primer ensayo de sus fuerzas, manos, pies, sentidos, todo desaparece y nada le sirve. Es un emperador abandonado por sus Estados, jugando á la brisca solo ó con otra multitud de emperadores, mientras la sirena canta: *Las atracciones son proporcionadas á los destinos*. En toda casa, en el corazón de todo joven, en el alma de todo santo, existe este abismo entre la promesa de imaginario poder y la mezquina experiencia.» Por eso la felicidad, imposible al que siente conciencia muy viva de necesidades económicas y placeres materiales, tampoco existe siquiera en la pobreza absoluta y en el ascetismo voluntario llevado con resignación. Diógenes desde su tonel pudo llegar á decir á Alejandro que se apartase para no quitarle el sol, pero de seguro ese mismo Diógenes se enojaba en su tonel cuando el sol no le alumbraba.

Atrevámonos á decirlo y repetirlo: el odio y la envidia, que ocasionaron, según la leyenda, la caída de los ángeles, nunca podrán desaparecer de una sociedad de hombres, por perfecta que se la suponga. Los socialistas y los anarquistas podrán llegar á suprimir las injusticias de las instituciones huma-

(1) *Representative men*, IV.

nas, pero no las pasiones del individuo, siempre en lucha con la realidad que le circunda y le rodea. El resultado de la uniformidad á que tienden socialistas y anarquistas sería la inacción, muerte del progreso social. Un pequeño Aristófanes anarquista ha cantado hace muy poco las tristezas de esa Arcadia: «A mí me quitaréis el hambre, me quitaréis el salvajismo; me habréis educado; me habréis hecho todo lo humanamente bueno y transigente; conseguiréis que á nadie mande ni nadie mande en mí; pero ¿me arrancaréis por completo sangre que hierva, músculos que impulsen, nervios, rebeldes nervios, corazón, rebelde corazón, que, á pesar de todo cuanto yo les refrene, me *lleven* y me *traigan*, conforme ellos quieran, en la vida?»

La anarquía pudiera definirse cínicamente como la guerra de los que no tienen un maravadí, ni una idea, ni una virtud, contra cualquiera que tenga algo de eso. La inmoralidad práctica y los instintos criminales de los anarquistas de acción son de ello una prueba clara. Y aun de dentro del anarquismo teórico, las terribles consecuencias prácticas de ese principio ó manía común á la grey anárquica de ver en todo sufrimiento la maldad de alguno, llevan á la negación más absoluta de todas las leyes morales. He aquí cómo terminan su justificación (1): «Frente á frente de la moral pura, no son inocentes más que los seres y las cosas cuya existencia no daña en nada al desenvolvimiento armónico de una raza ó de una especie». Y aun con todo esto, el anarquista, idiota moral que se estima omnisuficiente para regenerarse y regenerar á los otros, se opone en el terreno de los hechos á los bienhechores de la humanidad, como el idiota intelectual se opone á los grandes genios.

No quisiera, sin embargo, que se infriese de las últimas palabras que, personalmente hablando, todo el anarquismo es perverso, porque sus secuaces de la plebe no son en general perversos, son ignorantes, y están, además, dominados por el ambiente de la ruda necesidad y de la miseria en que viven. Aun tratándose de centros más elevados, seguramente

(1) Randou, *Revue Anarchiste*, del 15 de Noviembre de 1893.

que los anarquistas cultos, valen más que el anarquismo, como personas y como seres morales. Y, en todo caso, los primeros son hasta cierto punto disculpables, pues mediante una paz pedida con el puñal y la dinamita creen hacer una obra buena y una obra justa; creen vengar á los suyos, los menesterosos, los desheredados.

La moral del anarquismo intelectual, tal como la ha desenvuelto y perfeccionado Nietzsche, constituye un problema para la crítica, porque son grandes sus méritos y grandes sus defectos. Según Nietzsche, la moral antinatural, es decir, toda la moral que hasta el período presente ha sido enseñada, predicada y venerada, redúcese á una idiosincrasia de degenerados. ¿Por qué? Porque desconoce el valor de los instintos vitales escondidos en la organización humana, instintos dominadores ó guerreros, no sujetos ni á la protección ni á la benevolencia. Teniendo en cuenta esta última indicación compréndese fácilmente que Nietzsche mire á la compasión como un sentimiento inferior, una debilidad indigna de los fuertes. No se crea que es mi intento oponerme en absoluto á la idea que implica esta nueva concepción de la moralidad. En la boca de Nietzsche tiene, por desgracia, un resabio negativista que no nos permite aplaudirla sin mezcla de sentimiento; pero harto se me alcanza que la moral para merecer este nombre ha de ser activa y no ceñida, pura y simplemente, á la práctica de las virtudes necesarias. Hemos crecido demasiado para profesar una moralidad instintiva, una conciencia benigna, compuesta á la vez de ignorancia y de hábito. Somos libres y no queremos una probidad infantil, cándida, molesta, sin poesía; somos mayores de edad y no tenemos ya necesidad de deberes impuestos; hemos dejado de ser víctimas de rigorismo y del temor á sanciones problemáticas; la moral de la pura bondad ó de la pura resignación es una moral buena para esclavos, para niños, para seminaristas, para mujerzuelas.

Voltaire dijo hace tiempo que es desgracia de los buenos ser cobardes; mentirosa fórmula que ningún bueno se aplicará á sí mismo. No hay error más peligroso que la confusión de la bondad con la cobardía; yo le llamo la perversión de la moral, y no creo que se apoye en el Evangelio, como falsa-

mente propalan Nietzsche y sus secuaces. «El reino de los cielos padece violencia, y los valientes lo arrebatan», leemos en San Mateo, XI, 12. «*Violenti rapiunt illud.*» La moral es fruto, no del acatamiento, sino de la acción; su base es la voluntad y no el sentimiento; existe cuando se lucha y deja de existir cuando se deja de luchar por ella, y jamás las leyes y las religiones hubiesen podido afianzarla sin el papel que han desempeñado, representando al derecho ó á Dios en el rudo batallar de la vida del hombre.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

ARAGÓN

En las márgenes del Ebro
noble ciudad se levanta
que al mundo entero asombró
con su virtud y pujanza.
Es Zaragoza la invicta,
honra y prez de toda España,
la que derramó su sangre
á torrentes por la patria.
Con caracteres de fuego
está escrito en sus murallas,
donde aún se ven los desgarrros
que les hicieron las balas,
cuando á pecho descubierto
recibieron la metralla
los bravos aragoneses
de los *cañones* de Francia.
Y era tanta su bravura
que el enemigo temblaba
y asombrado se decía:
¡Esas son fieras humanas!
¡Prefieren morir cien veces
antes que *volver* la espalda!
¡Cuántas veces á mi abuelo
(que Dios en su gloria haya)
le oí contar por las noches
las terribles arrogancias
que en aquellos tristes días
hicieron con ruda saña
los hijos de Zaragoza
defendiendo sus moradas!

Y no creas que ellos solos
eran bravos, exclamaba;
también las mujeres fueron
leonas de pura raza.
Unas en los hospitales,
otras en las ambulancias,
no pocas en las trincheras,
en las calles ó en las plazas,
aquéllas cuidando heridos
y éstas blandiendo las armas,
realizaron más hechos
dignos de eterna semblanza,
que caben en las historias
de nuestra querida España.
¡Es mucha tierra Aragón!
Valor, tesón, arrogancia,
nobleza, sinceridad,
las virtudes más hidalgas
se encuentran en esa tierra
que es de la Nación el alma.
Amantes de la verdad
el disimulo rechazan,
y aunque perjuicio les pare
prefieren la verdad llana;
«al pan pan y al vino vino»,
como es allí antigua usanza,
con la circunstancia honrosa,
cuando de los hombres hablan,
de alabarlos en ausencia
y acusarlos cara á cara.
¿Y llanos y generosos?
Es curioso lo que pasa.
Su llaneza es proverbial;
á las dos veces que tratan
á cualquiera, es lo corriente
mostrarle su confianza
hablándole tú por tú;
y es que su nobleza innata

no quiere ver en los hombres
señales que los rebajan
y los dividen en rangos
semejantes á las castas
donde con frecuencia el alto
tiene más podrida el alma.
Esta es justa consecuencia
de aquella forma gallarda
que usaban los ricos-homes
cuando á sus reyes juraban.
«Tanto como vos valemos
cualquiera de nuestra casta
y más que vos todos juntos;
y por la cruz de esta espada
juramos obedeceros
y teneros por monarca,
si hacéis bien, y si no, no,
como las leyes lo mandan »
¿Y su generosidad?
Con su llaneza se hermana:
gozan al partir su pan
con el que á su lado se halla,
y siempre tienen dispuesta
la despensa de su casa,
para ofrecerla á su huésped
en prueba de amistad franca.
Son prontos en obsequiar
cuando en ello tienen gana;
pero si es por quedar bien,
nunca ofrecen ni aun el agua.
Cuando quieren (y esto es siempre)
ayudar al que demanda
auxilio en algún apuro
lo prestan con toda el alma,
y llegan al heroísmo
que jamás nadie intentara.
Aunque la peste los diezme (1),

(1) Esto sucedió en Zaragoza durante el cólera de 1885.

ni huyen ni se acobardan,
y si es necesario darle
al enfermo que se acaba
calor para que no muera,
su propio calor regalan,
y en el lecho del doior
con el enfermo se abrazan,
sin pensar en el contagio
que horrible les amenaza;
y así se pasan las horas
animando al que desmaya
para hacer que reaccionen
sus carnes ya medio heladas.
¡Así tiene el corazón
la tierra zaragozana!
¿Y quién infundió en su pecho
cualidades tan bizarras?
El aire de libertad
que en un tiempo respiraran
cuando el reino aragonés
á otros reinos asombraba
con sus fueros y sus leyes,
sus poderosos monarcas,
sus altivos infanzones,
y aquella sabia balanza
para dirimir querellas
entre el pueblo y el que manda,
con lo cual el Gran Justicia
alto ejemplo á todos daba.
Y del amor sacrosanto
que á su Virgen consagraban
haciendo de aquel *pilar*
la estrella de su esperanza:
ideal grande y sublime,
que, si ennoblece las almas,
no hay para qué discutirlo.
Fantasía ó verdad santa,
bien haya, si con su influjo

domeña la bestia humana.
Este es Aragón. Si todos
como él sintieran y obraran,
aún deslumbraría al mundo
la estrella de nuestra fama...
¿Pero es que ya no hay remedio?
¿Nadie puede ya inflamarla?
¡Qué! ¿La sangre de Aragón
se ha acabado ya en España?
¡Arriba los corazones!
que nuestros hermanos llaman,
y oír su voz es oír
la augusta voz de la Patria.
¡Fuera, pues, el egoísmo,
ese monstruo sin entrañas
que seca los corazones
y se ríe de las lágrimas!
Declarad guerra sin tregua
á la mezquina ignorancia,
engendradora de vicios,
de desdichas y fantasmas:
luz, mucha luz en la mente,
que tanta sombra nos mata.
Justicia igual para todos,
fe sentida y adorada.
.....
Consolemos al que sufre,
trabajemos con constancia,
luchemos con valentía,
digamos la verdad llana.
A la débil voluntad
pongámosle por coraza
el tesón de aquella tierra
que no hay huracán que abata,
y acabemos de una vez
con la complacencia sandia
de asegurar que es muy turbio
cuando es más claro que el agua,

sólo porque así lo quiere
¡desdichados! el que manda.
Y sobre este pedestal
de diamantes y esmeraldas
levantemos la columna
de la Libertad amada,
que es el eterno acicate
de las potencias humanas,
la que redime á los hombres
y los libra de ser parias;
la que les dice ¡adelante!
que el quietismo es la mortaja;
la que con su empuje hercúleo
le ayuda á arrojar la carga
de los falsos ideales
que á su desdicha le arrastran,
ó de aquellos que cumplieron
con su misión; que hace falta
que las ideas modernas
que en la conciencia batallan
se encarnen y nos eleven
á la perfección soñada.

JULIÁN JIMENO Y SEVILLA.

Guadalajara 1.º de Febrero de 1904.

LA NIÑA GUAPA⁽¹⁾

LEYENDA VALLISOLETANA

Siguieron de á uno y bien callados. El callejón marchaba cuesta arriba pronunciadamente; á veces se presentaban escalones que era preciso subir; otras se estrechaba el paso, teniendo que cruzar por agujeros; otras el suelo se hacía resbaladizo, añadiéndose á estas dificultades la escasez de luz. Lo único que en el penoso trayecto aparecían de tiempo en tiempo eran las huellas humanas notadas desde el principio. Á decir verdad, el que más y el que menos de aquellos bravos iba un poco sobrecogido al recorrer por tan ignorado sitio las entrañas de la tierra. Fontecha en un alto les dijo:

—Puesto que los otros han seguido sigamos nosotros, y llegaremos á donde hayan llegado.

Después de cruzar una estrechura dijo el de delante:

—Me da un poco de aire en la cara.

—Eso debe ser que nos acercamos á la salida. Adelante.

Continuó la marcha cada vez con más pendiente hacia arriba, empezó á notarse en las paredes más tierra que piedra; había sitios donde los desmoronamientos de aquélla dificultaban el paso; sintieron caer trocitos de techo, como amenazando hundimiento, cosa que les hizo poquísima gracia, y hallaron piso húmedo y resbaladizo. Al fin el de delante volvió á decir:

—Veo algo.

—Siga, siga, no se nos venga esto encima.

Una tortuosidad, y al terminarla otra vez el primero:

(1) Véase la página 239 de este tomo.

—Ya hay luz, allá, entra por un agujero.

Efectivamente, á medida que fueron adelantando todos vieron ante sí el agujero luminoso.

—Siempre irá á parar esto—dijo uno—al pozo que hay en lo alto del monte.

Adelantaron ya con menos recelo y llegaron al sitio por donde entraba la luz. Era un boquete bastante ancho, por el que pasó en seguida el que iba á la cabeza. Oyéronle decir.

—Cierto, un pozo es, bastante estrecho y está cegado hasta este sitio. Se puede salir porque en las paredes hay hoyos donde poner los pies y las manos

—¿Queda mucho hasta arriba?

—Unas ocho varas.

Todos alentaron fuerte; era gran satisfacción saber que se podía salir de las lobregueces pasadas sin desandar lo andado. Azcona pasó por el boquete.

—Sí, se sale sin dificultad, y por aquí han salido esos bribones. En los agujeros de la pared se notan descascarillados recientes.

—Pues suba y deje sitio para que los demás vayamos pasando y subiendo.

El primero que subió fué el que había hecho de guía. Sirviéronles los agujeros de las paredes que estaban abiertos de distancia en distancia convenientemente para bajar y subir. Siguiéronle Azcona, á éste Fontecha, y á Fontecha los demás. Habían concluído la correría sin menoscabo de las personas, que no era poco. El que más y el que menos sintió grandísima satisfacción al notar el aire libre, al ver la luz, el suelo verde, la maleza próxima, los pájaros volando, y algo más lejos las tapias, los sembrados, los árboles, los caseríos y la ciudad de Valladolid, ¡Qué alegría! ¡Qué hondo les parecía el pozo! Y en medio de todo estaban satisfechos de su aventura.

—Pues señor—dijo D. Álvaro,—lo hemos hecho regularmente, pero los pájaros volaron.

—Son pájaros de mucha cuenta—contestó Azcona.—Esto sucede todos los días.

—Pero vamos abajo, aquí ya nada hay que hacer; sabe Dios dónde estarán ya los bribones.

Emprendieron cuesta abajo, y aquí cayendo y allí levantando llegaron á las ruinas, donde encontraron al corregidor, los presos y demás.

—¿De dónde bueno, D. Alvaro?

—De dónde malo, dirá su señoría. De un callejón del purgatorio. Ahora se lo contaré; pero antes tenga á bien mandar uno allá abajo para que avise á los que he dejado en el pasadizo del agua, que ya la cosa está acabada y pueden subir.

Mandóse el recado y mientras se evacuaba contó D. Alvaro pintorescamente su aventurera correría. En tanto salían de los subterráneos los que quedaban. Uno de ellos dijo:

—Señor corregidor, hemos encontrado una mujer casi muerta. Estaba tendida y sola en un camaranchón.

—Será la Juana—contestó Chupalámparas.

—¿Quién es esa Juana?

—Una desdichada, una pobre vieja enferma.

—¿Bruja?

—No sé, creo que no.

En aquel momento aparecieron los últimos trayendo con mucho trabajo á la infortunada Juana. En cuanto la sacaron la tendieron en el suelo. ¡Qué lástima! Extenuada, casi sin aliento, vestida de andrajos, los pies desnudos, el pelo blanco y enmarañado, los ojos hundidos, caídos los brazos, caída también la cabeza, la boca semiabierta y oliendo mal: era aquella infeliz mujer la representación de la más absoluta miseria. Yacía en el suelo inmóvil, pero aún con vida; el aire libre pareció vivificarla un poco; movió una mano, volvió la cabeza, fijó la mirada y con voz dolorida y débil dijo:

—Galita.

Inclinóse D. Melchor compasivamente, acercó la boca al oído y le contestó con lentitud:

—Galita es la Sra D.^a Gabriela Sarmiento y ya está en casa de su tía.

—¿Libre?

—Sí.

—¡Gracias á Dios!

Cayó aquella pobre cabeza, se cerraron los ojos y se acabó

la respiración. Tan tristísima muerte dejó á todos suspensos y conmovidos. Pasó un minuto y saltó D. Álvaro:

—¡Voto á tal que ha heho bien en morirse! Para vivir así, más vale no vivir. ¡Qué vida habrá tenido esta desdichada! Pero no ha de decirse que yo encuentro en mi camino una tal desventura y que vuelvo la cara por no verla. Yo te costearé, pobre mujer, un entierro y unos funerales decorosos.

—Muy en su punto está esa caridad—añadió D. Melchor;— por ello os felicito, y asistiré á ese entierro y funerales; pero volvamos á Valladolid que aquí nada queda que hacer.

CAPÍTULO XII.

En el que el autor termina el presente relato, muy á su gusto, y probablemente también al tuyo. desocupado lector.

La herida del corregidor, á pesar de ser el atravesamiento de un brazo, resultó tan leve que con un lienzo atado sobre ella y otro para sostener la extremidad lesionada, quedó el hombre apto para cuanto fuera necesario.

Con anticipación se habían pedido á los caseríos inmediatos algunas caballerías para transportar muertos y heridos; colocáronse unos y otros, cubrióse el cadáver de Juana con una manta y organizada la marcha se emprendió é hizo sin accidente alguno. Lo único que hay que contar de ella es una conversación habida entre Chupalámparas y el cabo de los cuadrilleros, Antón de Perea. Era éste, á más de buen soldado, travieso y socarrón en grado notable. Iba aquél suelto, por mandato de D. Melchor, y en atención á los servicios hechos. Caminaban juntos, Perea suelto y alegre, y cabizbajo y cariacontecido Chupalámparas, el cual, después de rumiar largamente lo que quería decir, empezó así:

—Yo, Sr. Perea, os conozco hace tiempo, y sé que vuesa merced es hombre bien nacido, temeroso de Dios, honrado, prudente y capaz de dar un buen consejo.

Volvió Perea la cara y miró al que hablaba como diciendo «qué me querrá este pillo». Pero no fué esto lo que dijo, sino que con voz entre afable y burlona contestó:

—Si me conocéis, buen provecho; honrado y temeroso de Dios procuro serlo; por bien nacido paso, y en lo de prudente y buen consejero, exponed vuestra cuita, que el consejo es cosa barata y os serviré en lo que pueda.

—Pues sabed que estoy en un grave apuro y no sé cómo salir de él.

—No será muy grave cuando el corregidor permite que vayáis suelto. Si pensara ahorcaros, no haría tal. Además es posible que así sigáis, puesto que va á pedir vuestro perdón y tiene valimiento para lograrle. Conque me parece que, en vez de poner esa cara, podáis empezar á entonar las coplas que sepáis.

—Pues esa libertad es lo que me apura.

—¡Caracoles! Los demás que van la quisieran.

—Es que no conocéis á Caperuzo.

—¡Ya! Teméis que os coja, os descuartice, os quemé, os cueza ó cosa parecida.

—No tanto, pero me cuelga de una encina.

—Pues buscadle vos y haced que le cuelguen á él.

—No le conocéis.

—¿No os va á dar buen dinero D.^a Aldonza? Tomadle y tomad después las de Villadiego.

—Me buscará, me hallará y me...

—Entiendo.

—Ya veis que es apuro.

—Lo es, ciertamente; pero ya que no podéis adelantaros á él haciéndole ahorcar, adelantaos de otro modo bien fácil.

—¿Cómo?

—Ahorcaos vos mismo; yo os daré cuerda.

—Eso es burlarse de un desdichado.

—¿Y qué queréis que os diga?

—Algo digno de la fama de entendido que tenéis.

—Pues creed que mi entendimiento no da chispas.

—¿Podría hacerme cuadrillero?

—¡Vade retro! ¡Cuadrillero! ¡Un salteador de caminos! No sé cómo aguanto que digáis tal cosa... ¿Sabéis lo que es la Santa Hermandad?

—Perdonad, tengo trastornada la razón.

—Pero ya doy en ello, ya caigo. Gran idea. Hacedos fraile; en los Cartujos ó en los Capuchinos estaréis perfectamente. Puede que lleguéis á abad ó prior; lograréis el perdón de vuestros pecados, que no deben ser pocos, y edificaréis al pueblo con vuestra conversión. Seréis un nuevo Dimas. ¿Qué os parece?

—No tengo vocación.

—Vestíos de mujer, y á ver si os admiten en las Arrepentidas.

—Ved si podéis decirme algo de más provecho, porque de esas chanzas no sacaré nada. Acudo á vos de buena fe; he hecho algún servicio, y me encuentro dudoso y apurado.

Púsose serio Perea, anduvo silencioso algunos pasos, miró á Chupalámparas con aire de compasión y contestó:

—Lo único que me ocurre es que pidáis al corregidor que, en vez de dejaros libre, os meta en la cárcel.

—¿En la cárcel?

—Sí, en la cárcel. Os mete, la Marquesa os da el dinero, os entendéis con el alcaide, os da un cuarto de pago, coméis por vuestra cuenta y vivís libre de asechanzas y peligros. Resultará que no sois un preso, sino un hombre que vive allí. Y prolongáis la cautividad hasta que cojamos á Caperuzo.

—Casi creo que es lo mejor.

—Quitad el casi y creedlo de todo punto. No hay sitio más seguro; pero á condición de que no os tratéis con los presos, porque los hay que irían á la horca contentos después de haberos jugado una mala pasada.

Quedóse Chupalámparas pensando en ello, y andando andando, llegaron todos á la puerta de Tudela. Allí se pararon, y mandó el corregidor:

—Azcona, llevad los presos á la cárcel ó al hospital, según estén; vos, Perea, habéis concluido vuestro servicio; tú quedas libre por ahora, pero vete todos los días á presentarte en el corregimiento, y vos, D. Álvaro, si os parece bien, acompañadme á casa de la Marquesa, que allí estarán las cautivas libertadas, y tendré gusto en verlas.

—Perdone su señoría—suplicó el afligido Chupalámparas,—pero yo quisiera pedirle una gracia.

—Si está en mi mano...

—Sí lo está.

—Decid.

—Yo quisiera mejor estar preso que libre. Vamos... preso... no del todo... pero sí en la cárcel, pagando lo que sea.

—¡Hombre!

—Sí, señor; Dios me entiende y me entiendo yo.

—Está bien; llevadle, Ancona, y sea como él quiere.

—Lo agradezco, señor corregidor. Y á vos D. Álvaro os ruego que digáis á D.^a Gabriela que la ruego encarecidamente se acuerde de lo que hablamos antes de salir de los sótanos.

—Se lo diré.

—Y que caigan sobre ella é Isabel todas las bendiciones del cielo.

—Así sea. El diablo, harto de carne, se metió á fraile.

Con esto, unos tiraron por un lado y otros por otro.

*
* *

«Toda júbilo es hoy la gran Toledo», que dijo, si no recuerdo mal, García de la Huerta en su famosísima *Raquel*.

Así estaba la casa de D.^a Aldonza de Sanabria cuando decidieron ir á ella D. Melchor y D. Álvaro. La tía y la hermana, después de recibir, abrazar, besar y estrechar á Gabriela; después de mirarla, remirla y condolerse de sus desventuras, de darle de almorzar, de charlar en forma, de lavarla, peinarla y enseñarle su cuarto, andaban grandemente atareadas en disponerle un trajecillo, siquiera fuera provisional, para que dejase los míseros andrajos que constituían su vestido. Revolvían para ello cuantos trapos había en la casa, que no eran pocos. En otro aposento estaban Sancho, Isabel y Juan; Sancho acostado y pálido, pero contento con el mayor contentamiento imaginable, y mirando enajenado á su hija que veía salvada, después de haberla llorado perdida. Isabel, más guapa que nunca, contenta de sí misma, contenta de Juan y contenta porque sabía que su padre curaría, aunque tardando algo. Y Juan, ancho y esponjado, porque había sabido á fuerza de valor y abnegaciones conquistar una novia como

no la había igual en toda Castilla. Porque es de advertir que después de los lloros, besos y abrazos de los primeros momentos, Sancho había dicho á Isabel:

—Creo, hija, que no podrás tener mejor marido que el que tanto ha hecho por ti.

Á lo que contestó ella rotundamente:

—Le quiero, le querré siempre y no querré nunca más que á él.

A Juan se le hizo la boca agua, se le figuró que estaba en el paraíso, que los serafines le daban la enhorabuena y que el propio Padre Eterno echaba la bendición á su matrimonio.

Así las cosas, llegaron á la casa D. Álvaro y D. Melchor. Coláronse dentro sin anuncio preliminar y tropezaron con las mujeres y la revolución de trapos.

—¡Bravo!—exclamó el alférez.—Vencemos en toda la línea.

—En toda, amigo Fontecha—contestó la Marquesa,—y nunca agradeceremos bastante á vos, al Sr. D. Melchor y á todos los que os han acompañado el bien que nos han hecho. Ved mi sobrina, ya parece otra.

—Sí que lo parece.

—Pero ¿qué es eso, señor corregidor? ¿Acaso una herida?

—Sí, herida es, aunque leve. No se pescan truchas á bragas enjutas. Y os puedo asegurar que las de hoy eran de buen tamaño. Pero esto vale muy poco. ¿Y la libertada, qué nos dice?

—Yo, señor, como si hubiera salido del infierno y subido á la gloria.

—Y yo—saltó Beatriz—como si me hubiera encontrado un ángel.

Siguieron las mujeres con sus trapos, y á poco continuó D. Álvaro:

—Mi señora D.^a Gabriela, tengo para vos un encargo.

—¿De quién?

—De Chupalámparas.

D.^a Aldonza y Beatriz suspendieron la tarea, alzaron la cabeza y quedaron con la boca abierta.

—¿Quién es ese?

—Un individuo, no sé si llamarle próximo, de la honrada compañía de Caperuzo.

—¡Un ladrón!

—Sí, señora —añadió D. Melchor,—con título y preeminencias de tal, pero al que no ahorcaré porque ha tenido la habilidad de cambiar de bisiesto en ocasión oportuna.

—El que nos facilitó la salida de aquellas cuevas; pero yo no había dicho su nombre.

—¡Chupalámparas! —exclamó Beatriz riendo. — ¿Y qué quiere?

—Quiere que D.^a Gabriela se acuerde de lo que hablaron antes de subir la escalerilla.

—Á maravedises huele eso—interrumpió el corregidor.

—Cierto—concluyó Gabriela;—yo le prometí, y mi madre y mi tía cumplirán la promesa.

—Descuide Chupalámparas—añadió D.^a Aldonza—y cuente con dos mil ducados que yo le daré, y con otros tantos lo menos de mi hermana D.^a Mencía. ¿Y cómo ese hombre no ha venido á casa?

—Está en la cárcel.

—¿En la cárcel, Sr. D. Melchor? ¿Después de haber hecho tan gran servicio á la ciudad, á vos y á nosotros?...

—Está allí por su gusto, él lo ha pedido.

—¡Vaya un gusto!

—Cierto, hay gustos que merecen pálos, pero me lo pidió como gracia y se lo otorgué. Dijo que él se entendía y Dios le entendía.

—Pues que se entienda y le entienda. Yo le pago y asunto concluído.

—Debe ser—advirtió D. Álvaro— que tiene miedo de que tropiece con él Caperuzo y le juegue una mala pasada. ¿Y Sancho é Isabel?

—Están arriba con Juan. Sancho sigue mejor.

—Les dejaremos por hoy; ¿á qué interrumpir conversaciones de padres é hijos?

—Y de novios, porque me parece...

—También me lo parece á mí—añadió D. Alonso,—y en verdad que...

—Callaos—interrumpió su madre—y no volváis á decir necedades.

—Cállome.

Callóse en efecto, y en aquel instante anunció un criado que estaba esperando la más renombrada modista de la ciudad, llamada para hacer á D.^a Gabriela los trajes que su clase requería y por ello se despidieron D. Melchor y D. Álvaro.

*
* *

Chupalámparas recibió nada menos que cinco mil ducados, dos de D.^a Aldonza y tres de D.^a Mencía, con cuyo dinero vivía en la cárcel como un príncipe, bien alojado, bien vestido y bien comido, pero igualmente bien temeroso de que un día le entrecogieran Caperuzo ó Rosillo y le hicieran pagar la cuenta con los intereses. Salía alguna que otra vez, y presumiendo de atento, fué á dar las gracias á sus favorecedoras.

*
* *

Dos meses más tarde, curado ya Sancho de su herida, se dispuso el casamiento de Juan é Isabel, preparándose con gran rumbo y universales plácemes de toda la ciudad, que concedía á los novios el lauro de toda gentileza y los hallaba muy apropiados el uno al otro. El día antes de la ceremonia recibió D.^a Gabriela una carta de Chupalámparas as concebida:

«Muy magnífica señora: He sabido que mañana se casan Juan é Isabel, y aunque de mí se acuerden poco, porque achaque de novios es no pensar más que en sí mismos, yo, por agradecimiento y buena memoria en ellos pienso, pues ellos fueron instrumento de Dios para que yo dejase la mala vida que llevaba. Por esto, y por lo que vuestra señoría les protege, he pensado en concurrir á la iglesia, para lo cual ya tengo permiso del señor corregidor. Estaré entre la gente, mostrándome poco, que así conviene á un tal como yo, más

si se digna mirar al salir, tal vez me vea, y yo seguramente tendré la satisfacción de verla. Que Dios le dé felicidad y salud es lo que siempre pide éste su agradecido servidor,

ANDRÉS PUNTILLA. »

Celebróse la boda con toda ostentación, porque aunque los novios no eran ricos, lo eran por ellos los padrinos, que fueron D.^a Aldonza y D. Alonso. Asistieron á ella D. Melchor, D. Álvaro, D.^a Beatriz, D.^a Gabriela y otros muchos señores y damas, que de tal modo quisieron honrar á los novios. Asistió también gran multitud de gente popular, regocijada y contenta por el buen fin que tenían las aventuras contadas. Fué un día de gran fiesta, en el que cada cual lució sus mejores galas. Acabóse la ceremonia en la iglesia y salieron todos de ella entre vítores y aplausos de hombres y mujeres, chicos y grandes. Al salir miró D.^a Gabriela á todos lados, para ver si entre la multitud estaba el bribón que le había escrito, pero por más que atisbó, registró y escudriñó no logró verle.

—Algo le habrá pasado—dijo para sí.

Hecho el casamiento, fueron contrayentes y convidados á casa de la madrina, que tenía preparado un festín magnífico. Sentáronse, y ya iba bien adelantado cuando un criado entró llevando en una bandeja una carta para D.^a Gabriela. Era de Chupalámparas, y leída en voz alta se halló que decía:

«Muy ilustre señora: Ataviado estaba para ir á la boda, cuando al cruzar por un pasillo echáronseme encima cuatro, no sé si hombres ó demonios, tapáronme la boca, empujáronme á un calabozo que estaba abierto, y allí me dieron tal tunda que vale por diez; creo que los palos andaban por el aire como las golondrinas. Me dejaron tal de molido y maltrecho que no me moví hasta que entró un alma caritativa, que con otros tres y en volandas me llevaron á mi cuarto. No me atrevo á quejarme por miedo á otra, que en lo ocurrido veo la mano de Caperuzo ó la de Rosillo. Con dolor que me durará mucho tiempo escribo estas líneas para explicarle el por qué

no he ido á la iglesia. Beso las manos de V. S. siempre agradecido y bien dolorido.

ANDRÉS PUNTILLA.»

Comentóse la carta entre risa y lástima, porque todos sabían cómo y por qué había tomado su autor parte en la libertad de Isabel y Gabriela, pero el corregidor puso fin á los comentarios diciendo:

—No creí que ese tunante salieratan bien libardo; él temía, y con razón; entiendo que los que ahora le han desvencijado seguirán en su tarea hasta desvencijarle del todo, ahorrando con ello trabajo á la justicia del Rey nuestro señor, porque el mozo es muy mediano, y el que malas mañas ha...

—¿Pero la justicia ha tenido parte en esto?—insinuó uno de los concurrentes.

—Yo no he mandado que le casquen, aunque bien lo merecía por su insolencia, que insolencia es, y grande, querer mezclarse un bribón de tomo y lomo con tantas gentes honradas como han acudido hoy á la iglesia.

* * *

Á los pocos días del matrimonio la Marquesa dijo á Sancho y á Juan que, si querían dejar sus profesiones de talabartero y herrero, ella les proporcionaría ocupaciones más descansadas nombrándoles administradores de bienes, ya suyos, ya de sus parientes ó amigos. Tomáronse ambos tiempo para pensarlo, y pasado éste, Sancho preguntó á Juan:

—¿Qué te parece?

—Yo, padre, lo único que sé es machacar hierro, lo hago tal cual, con ello me gano honradamente la vida; no quiero oficio que no conozco; y en el que de seguro no lo haré bien. No me gusta meterme en lo que no entiendo, guardemos la protección de esa buena señora para casos de apuro, que hartos tendremos en la vida.

—Dices bien, y opino lo que tú; también seguiré cortando y cosiendo correas.

Fueron á ver á su protectora, agradeciéronla encarecida-

mente el buen deseo, le dijeron su resolución y las razones en que la fundaban, y tras larga y juiciosa conversación convino D.^a Aldonza en que hacían bien.

* * *

Pasaron largos años, La Niña Guapa llegó á los sesenta, y las gentes, al verla, decían: «Ya no es niña, pero sigue guapa».

L. MARISCAL.

REVISTA DE REVISTAS

Se encuentra el embrión del Retorno eterno, dice Batault (*Revue Philosophique*, 1.º de Febrero), en las teorías de los antiguos, si bien de una manera confusa é imprecisa. La idea del Retorno eterno pertenece por completo al siglo XIX. Tres pensadores la concibieron casi al mismo tiempo; dos franceses, Le Bon y Blanqui, y un alemán, el original Federico Nietzsche. Blanqui enunció su teoría en *L'Eternité par les astres*, libro que compuso en 1871 durante su cautiverio en el fuerte de Taureau; Le Bon la expuso en el II tomo de *L'Homme et les sociétés*. El que positivamente la ha desenvuelto mejor es Nietzsche. Nietzsche soñara un tiempo con consagrar diez años de su vida á dar á la tal hipótesis una base científica, «mas no tardó en renunciar á su proyecto por diferentes razones, de las que la principal era que un examen superficial del problema desde el punto de vista científico le reveló inmediatamente la imposibilidad de demostrar su doctrina» (1). Lo que Nietzsche no hizo, fué lo que Batault pretende hacer, esto es, demostrar que la hipótesis del Retorno eterno es lógica y perfectamente compatible con la ciencia moderna ó, para hablar más netamente, con las recientes hipótesis de la ciencia moderna.

Nietzsche tuvo la primera idea del Retorno en el mes de Agosto de 1881, en Sils-María. Se la encuentra formulada por la primera vez en una de sus obras, la *Gaya ciencia*. Mas esta exposición es brevísima é incompleta: donde la gran idea se encuentra explicada es, sobre todo, en *Zarathoustra* y en la cuarta parte de la *Voluntad de poder*. Dice Nietzsche en la *Voluntad de poder*: «Si el mundo tuviese un fin, sería

(1) Lichtenberger, *Philosophie de Nietzsche*, p. 163.

preciso que se alcanzase este fin; si existiese para él una *condición final*, sería preciso que esta condición final fuese alcanzada también» y en apoyo de esta tesis, Nietzsche dice, muy justamente, según nuestro modo de ver, que no puede impedirse al pensamiento volver lo más posible hacia el pasado, que la lógica misma obliga á confesar que no hay límite en este «regressus in infinitum» y que no hay finalidad en el pasado ni en el porvenir y que, por lo tanto, el mundo que existe no es más que una cosa que deviene (1), una cosa que pasa. Más exactamente: él deviene y pasa, pero jamás ha cesado de devenir, de pasar. Nietzsche admite, pues, la eternidad de la materia; la concepción, hasta aquí, no tiene nada de original.

Mas llegase al gran concepto del Retorno eterno: «El mundo es un monstruo de fuerza, sin comienzo ni fin; una cantidad de fuerza de bronce que no deviene ni más grande ni más pequeño, que no consume sino que utiliza solamente inmutable en su conjunto; una casa sin gastos ni pérdidas, pero también sin rentas ni caudales, rodeada de la nada como de una frontera. Este mundo no es una cosa vaga que se despilfarra, nada infinitamente extenso, sino una fuerza determinada inserta en el espacio que está vacío en alguna parte. Fuerza por todos lados, es el mundo juguete de las fuerzas y ondas de las fuerzas; á la vez uno y múltiple acumulándose aquí, en tanto que se reduce allá abajo; un mar de fuerzas agitadas donde él es la propia tempestad, transformándose eternamente en un eterno vaivén con enormes años de retorno, con un flotar perpetuo de sus formas, de la más sencilla á la más complicada, yendo de lo más tranquilo á lo más turbulento, de lo más frío á lo más ardiente, de lo más salvaje á lo más contradictorio, para volver después de la multiplicidad á lo más sencillo del juego de contradicciones, á las alegrías de la armonía, afirmándose él mismo en esta uniformidad que perdura idéntica en el curso de los años bendiciéndose él mismo porque ha de volver eternamente: en su «devenir» que

(1) Empleo este galicismo no porque autorice á ello la falta de significación exacta castellana, sino por ser de uso corriente y moliente.

no conoce la saciedad, ni el disgusto, ni la fatiga.» Tal es para Nietzsche la doctrina del Retorno.

Resumamos la doctrina del Retorno:

Las fuerzas que constituyen el Universo son eternas y constantes, infinitas, por consecuencia, en el tiempo. Supongamos un instante que esta fuerza decrece y tiende hacia cero; como el mundo existe desde un tiempo infinito en el pasado, la fuerza no existirá; no puede suponerse que esta fuerza aumente, puesto que no tendría de dónde sacar elementos de acrecentamiento.

Estas dos hipótesis son lógicas desde el punto de vista cosmológico, pero queda una hipótesis que, á primera vista, podría parecer peor establecida. Para suponer la infinita y siempre semejante combinación de materia, hace falta admitir que el equilibrio no se admitirá jamás, lo que puede parecer un tanto arbitrario. La idea del átomo es la base del Retorno universal del *κοσμος*. Las escuelas difieren sobre la concepción de los átomos. Hay, pues, diferentes categorías de atomistas.

Á Nietzsche podría clasificársele entre los dinamistas. El concepto de materia de los dinamistas admite como razón primera la fuerza. Kant dice: «La materia es lo que se mueve en el espacio.» (Una teoría clara sobre la materia fué indicada por Demócrito, el jefe de la escuela atomista, escuela contra la que en tiempo de Sócrates se reacciona. Bacon dice de la teoría atomista que aun excluyendo á Dios del sistema del mundo, penetra más en el fondo, en la esencia, que la filosofía platónico-aristotélica. Después de Bacon viene Leibnitz con su *Monadología*, los materialistas franceses del siglo XVIII, Kant con su teoría de la fuerza expansiva y repulsiva y Büchner, Moleschott y Feuerbach. Nietzsche no pertenece á ninguna de estas doctrinas; su metafísica es personal como toda su obra.)

En la tentativa de probar la lógica del Retorno universal, todas las conclusiones de Batault reposan en dos puntos esenciales: 1.º las teorías modernas de los infinitamente pequeños; 2.º, las combinaciones matemáticas. Lo infinitamente pequeño matemático es, desde el punto de vista de la hipó-

tesis de Batault, lo menos útil, bien que sirva para facilitar la comprensión de los demás infinitamente pequeños. Cuando una cantidad variable toma valores cada vez más pequeños, de manera que pueda devenir menor que cualquier cantidad dada, se dice que se ha convertido en infinitamente pequeña. Una cantidad infinitamente pequeña es esencialmente variable y tiene por límite cero. En matemáticas, pues, lo infinitamente pequeño es relativo y no absoluto.

Dalton puede ser considerado como el creador de la teoría atómica. En su *Dictionnaire de chimie*, Wurtz dice: «A esta noción antigua y vaga (de los griegos) Dalton da un sentido preciso admitiendo que la materia está formada de átomos, poseyendo cada uno una extensión real y un peso constante, que los cuerpos simples no contienen más que átomos de la misma especie y los cuerpos compuestos átomos de especies diferentes.» Entre los años de 1779 á 1840, Berzelius estableció definitivamente la teoría atómica. Llámase, pues, átomos á unas partículas invisibles que poseen pesos invariables, dotadas de movimiento y á quienes la afinidad mantiene reunidas.

La base infinitamente pequeña, en biología, es el protoplasma. Substancia indefinida compuesta de dos substancias, la una clara y transparente, la otra más refrigerante, más consistente; la una llámase spongioplasma, la otra hyaloplasma. En biología, se admiten los infinitamente pequeños, mas como masa superior á los átomos químicos. El protoplasma está dotado de movimientos y quien dice movimiento dice trabajo y quien dice trabajo dice energía, pues la física demuestra que no hay creación de materia en la naturaleza que no corresponda á la creación de energía; por lo tanto, debe existir una causa de movimiento en el protoplasma. Esta causa es puramente química, es la combinación del oxígeno del aire con algunas substancias que componen el protoplasma. Pero la energía que se desprende de esta oxidación no se revela solamente bajo forma de trabajo, sino también bajo forma de calor, de luz, de electricidad, de influjo nervioso. Como se ve, todos los fenómenos del protoplasma pueden explicarse químicamente. Pero el protoplasma se des-

truye continuamente y se transforma en materia inorgánica. Lo que sirve para demostrar de qué modo la vida y la ausencia de vida (muerte) están cerca y cuán pequeña es la diferencia que entre ambos estados existe.

Los átomos fueron introducidos en la física por Clausias. Sir William Crookes, una de las celebridades de la ciencia contemporánea, ha hecho una apología, una vasta síntesis de la materia desde el punto de vista físico. La materia era primeramente una niebla informe que ha sido bautizada con el nombre de protilo. Era este estado de la materia preatómico, potencial, y la idea de unidades, de átomos eléctricos, se agitaba en el cerebro de muchos sabios. Esta carga definida, infinitamente pequeña de electricidad, asociada con las ideas de la materia, fué bautizada por Faraday con el nombre de electron. Los electrones no son ondas etéreas ni formas de energía, son partículas substanciales dotadas de una inercia eléctrica. La masa de un electron es comparada al átomo de hidrógeno, el más pequeño de los átomos químicos, en la relación de 1 á 700. La teoría de los electrones responde admirablemente y explica la idea de Ampère, que suponía que el magnetismo era debido á una corriente eléctrica en rotación alrededor de cada átomo de hierro. Sir W. Crookes dice: «Nosotros vemos que nuestras investigaciones tan sólo tienen un valor provisorio. En cien años la ciencia insertará la revolución del universo material en su enjambre de electrones, precipitándose locamente. Esta propiedad de la disociación atómica parece ser fatalmente universal y operada cada vez que se roza un pedazo de vidrio con seda: ella obra en el rayo de sol y en la gota de agua, en la luz y en la llama, prevalece en la caída del agua, cascada ó catarata y en la tempestad.»

La doctrina del Retorno es inherente á la concepción moderna de la materia y, por decirlo así, inseparable, y forma con ella un todo completo. Acaso la unión de la física y de la metafísica en su perpetuo caminar hacia lo absoluto. Lo más especulativo, lo más trascendental de la filosofía, relaciónase, en último límite de investigación, con la física y la química.

La física moderna tiende á probar que los electrones, acoplándose de diferentes maneras, llegan á formar diferentes substancias que, disociándose, tienden á volver á la primitiva niebla informe, al vago protilo, en el que existe eternamente la misma suma de fuerzas. Aquí se detiene la física y comienza esa parte de la metafísica llamada cosmología racional: aquí comienza á desenvolverse en todo su esplendor la maravillosa idea del Retorno eterno de las cosas y de los hombres. El mundo está compuesto de un número ilimitado é incommensurable de átomos que en un número infinito de años deben producir las mismas combinaciones. Por otra parte, las mismas combinaciones parciales se reproducen muchas veces. Las combinaciones de un número dado de átomos son definidas; con dos objetos se hacen dos combinaciones, con tres se hacen seis. Sean los tres objetos designados *a, b, c*. Las combinaciones son:

abc, acb, cab, bac, bca, cba.

Si se añade un cuarto objeto, el número de combinaciones, ó por mejor decir, de permutaciones, será de 24 y así sucesivamente. De modo que para *m* objetos se tendrá la fórmula:

$$\frac{m (m-1) (m-2) (m-3) \dots (m-n+1)}{1 \cdot 2 \cdot 3 \cdot 4 \dots n}$$

que es la fórmula general. El número de átomos, no siendo infinito, puede ser igual á *m* y el número de combinaciones de *m* átomos agrupados *n* á *n* es igual á la fórmula, lo que nos indica que el número de combinaciones, aun siendo desconocido, existe matemáticamente. En el mundo, pues, las combinaciones deben seguirse y encadenarse hasta el momento en que llegan fatalmente á la primera combinación en un tiempo más ó menos largo. Es éste un punto en que podemos divergir de las ideas de Nietzsche. La materia cósmica puede volver muchas veces al estado de protilo, antes de recomenzar la primera combinación, puesto que en el protilo pueden producirse diferentes corrientes (de donde diferentes

cuerpos y diferentes resultados), mas es necesario y fatal que del protilo se desprenda el sistema A de combinaciones.

Admitiendo pues las más recientes hipótesis científicas un sólo sistema cosmológico es posible, el del Retorno universal, en el que estando dado que el tiempo es infinito y que el número de infinitamente pequeños de que se compone la materia están determinados, se deduce que los mismos sistemas de combinaciones deben fatalmente reproducirse.

Del mismo modo se ve que todo debe llegar de una materia determinada y que por consecuencia los hombres forzosamente existirán, felices ó desgraciados, un número infinito de veces idénticas. Pues, según Nietzsche, el objeto de la vida es la dicha y que, por lo tanto, hace falta vivir; pues toda alegría pide eternidad, profunda eternidad.

*
* *

L'Ermitage publica versos de Verhaeren, uno de los poetas más grandes de la actual generación. Nació Verhaeren en Saint-Amand, cerca de Anvers, y toda su infancia transcurre en plena campiña flamenca, en la ribera del Escaut, en un paisaje de prados y marisma, de campos de avena, de lino, de centeno y hasta el horizonte,

La verte inmensité des plaines et des plaines.

Su primer libro, *Les Flamandes* (1), está impregnado de las sensaciones que recibió de esta naturaleza abundante y libre, donde la vida se desenvuelve con plenitud y sana belleza. Es la de estas poesías una Flandes feliz, la Flandes de los buenos pastos y de las *Kermesses*. Establos cálidos don-

(1) Emilio Verhaeren ha publicado, además: *Les Moines* (1886), *Les Soirs* (1887), *Les Débâcles* (1888), *Les Flambeaux noirs* (1890), *Au bord de la route* (1891), *Les Apparus dans mes chemins* (1891), *Les Campagnes hallucinées* (1893), *Les Villages illusoirs* (1895), *Les Villages tentaculaires* (1895), *Les Heures claires* (1896), *Les Aubes* (1898), *Les Visages de la vie* (1899), *Le Cloître* (1900). Por la *Société du Mer, eure de France* han sido publicados varios *Poèmes* y la tragedia *Felipe II*.

de zumban los moscas en torno á las vacas alineadas; dornajos donde gruñen los cerdos rollizos; lecherías frescas donde brillan los jarros de metal; cocinas en cuyo hogar crepita la leña de los montes; tabernas donde á lo largo de las mesas de pino se instalan los bebedores, y muchachas blancas de pelo rojo que cantan y bailan bajo los árboles en las tardes del verano. Todas estas descripciones recuerdan los cuadros del arte flamenco llenos de exactitud, de verdad, de vida: Rubens y Teniers. Verhaeren no busca las notas sutiles, los detalles curiosos, sino que copia todas las cosas en lo que tienen de esencial y de característico. En *Les Moines* resucita á la Flandes trágicamente mística de los claustros y de las disciplinas feroces. Monjes dulces, amantes ingenuos de la Virgen que pasan las tardes calmosas entonando místicas alabanzas; monjes sencillos de vida obscura y solitaria, contemplativos y devotos; monjes épicos cuyas manos rudas lo mismo empuñan la cruz que la espada; monjes salvajes, penitentes negros que se alucinan con el espanto de los Cristos vindicativos; monjes feudales con su claustro por guarida y que parecen bajo sus hábitos caballeros de rígida armadura. Helos aquí en la monotonía rigurosa de su existencia, en procesión desde el alba hasta los oficios, reclusos en sus celdas, maravillados por esas tardes luminosas en que los ángeles pasan por los silenciosos horizontes.

Estos poemas de vigorosa simplicidad no revelan del todo las singulares cualidades que exornan á Emilio Verhaeren (1). En ellos se muestra descriptivo, en los sucesivos cuadros se manifestará como prodigioso evocador. *Les Soirs*, *Les Débâcles*, *Les Flambeaux noirs* forman, dice Beaunier, un admirable trilogía de sueño ardiente y de inquietante fantasmagoría... *Les Soirs* son los fantásticos decorados donde surgen y se mueven las enloquecedoras visiones. Los *Débâcles* son pesadillas de la imaginación presa de vértigo. *Les Flambeaux noirs* iluminan siniestramente la magia de un sueño enfermo que se resuelve en apariciones y en fantasmas.

(1) Véase el estudio que á Verhaeren dedicó Ramón Pérez de Ayala (*La Lectura*).

A través de las vidrieras cerradas el Doloroso ve la ciudad extinguirse y la sombra envolver los pórticos, y el silencio hacerse en los alrededores; por su frente pasa la visión de las dichas muertas:

Vides, les îles d'or, là-bas, dans l'or des brumes,
où les rêves assis sous leur manteau vermeil,
avec de longs doigts d'or effeuillaient aux écumes
les ors silencieux qui pleuvaient du soleil.

Cassés, les mâts d'orgueil; flasques, les grandes voiles!
Laissez la barque aller et s'éteindre les ports;
les phares ne tendront plus vers les grandes étoiles
leurs bras immensément en feu; les feux sont morts!

Fuera las gentes van y vienen y cantan. Sus lamentaciones son tristes; las campanas tañen, las puertas se quejan, los bramidos, los ruidos de los establos se oyen en la noche, evocadores de todo «el dolor de las campiñas». El paisaje es extraño, el crepúsculo parece sufriente, las nubes están cansadas de viajar por el espacio, y las aspas del viejo molino no quieren voltear más en el aire.

La línea indefinida de los árboles sobre el horizonte lívido parece una procesión de peregrinos gigantes, un extraño desfile de sombras. Brilla la ribera y la tarde al morir arroja:

l'éclair de son épée et l'or de son armure,
qui vont flottant au flot, flottants et vains,
à peine encor frôlés par la splendeur diurne
mais lentement baisés par la lèvre nocturne
de la lune, pieuse et douce, aux mains d'argent...

Después las noches, los días, los días idénticos en la misma sombría soledad. El aire se desgarrá con gritos desesperados de pájaros; en los esquilonos sonoros de las torres los badajos suenan las horas. El Doloroso se exaspera al percibir más intensamente todo dolor, no solamente el suyo, sino todo el dolor real, todo el dolor posible. Consumido por viejas quimeras, por antiguas veleidades orgullosas «de tailler en drapeaux l'étoffe de sa vie», saborea ardentemente la excesiva tortura de abandonarse á su demen-

cia. Suenan las vísperas; es una vieja que farfulla oremus. El cielo ensangrentado; asesinar, hacer gemir á las bocas, jadear á la carne, zozobrar á los ojos moribundos... Tales son los últimos horrores. Sucédense febriles, insensatas, extrañamente coloreadas, las fantásticas alucinaciones. Bailan los números su danza loca, pasan los dioses con sus ojos de lobo, ó bien el amor y su cortejo de leones encadenados, ó bien blancos y meláncolicos los funerales de la luna. El alma sufriente se refugia en la demencia como en la paz suprema para no sentirse incesantemente abrasada

par les talons de fer de chaque idée...

Les Apparus en mes chemins son de una incomparable belleza trágica. Continúan las alucinaciones. Hay llanuras siniestras donde el viejo pastor de las tinieblas llama, tocando un cuerno, á los rebaños de la Muerte, que súbito aparecen bajo un cielo mágico: «Celui de l'horizon», el descuartizador de sus deseos, que se espanta de sí mismo y busca á través de las montañas y á través de las sabanas el camino de otras existencias y de otras torturas; «Celui de la fatigue», vestido de siglos muertos, abuelo de los que piensan, de los que sufren y que lanza á la eternidad su grito feroz de miseria y de maldición; «Celui du savoir», los ojos agudos de tanto escrutar la ciencia inquietante de las tardes; «Celui du rien», rey de la podredumbre, ironista formidable cuya risa estalla ante la universal tumba... De pronto todo esto cesa bruscamente, se hace el silencio, ilumínase el horizonte,

et saint Georges, fermenttant d'ors,
avec des plumes et des écumes
au poitrail blanc de son cheval sans mors,
descend...

Il vient en bel ambassadeur
du pays blanc, illuminé de marbres,
où, dans les parcs, au bord des mers, sur l'arbre
de la Bonté, suavement croît la douceur...

San Jorge ha terminado con los malos sueños y el paisaje es ahora muy otro. Cantan los ruiseñores y el alma oye

la buena canción, la canción de las *Horas claras*, de las horas serenas, de las horas de amor.

Voici la maison douce et son pignon léger,
 et le jardin, et le verger.
 Voici le banc sous les pommiers
 d'ou s'effeuille le printemps blanc,
 à pétales frôlants et lents.
 Voici des vols de lumineux ramiers
 planant, ainsi que des présages,
 dans le ciel clair du paysage...

Verhaeren, sin embargo, no es, como dice Beaumier, el poeta de lo inefable y la aparición luminosa de San Jorge en su cielo poético es efímera. En los *Villages illusoires* su poder de alucinación se transforma en prodigioso don de evocación simbólica, puéblase su horizonte de ideas como antes se poblara de fantasmas. En un austero paisaje de lluvia, de nieve, de viento, de silencio profundo, extrañas siluetas se dibujan.

Le passeur d'eau, les bras tombants,
 s'affaissa morne sur son banc,
 les reins rompus de vains efforts.
 Un choc heurta sa barque à la dérive.
 Il regarda derrière lui la rive:
 il n'avait pas quitté le bord.
 Les fenêtrés et les cadrans,
 avec des yeux béats et grands,
 constaterent sa ruine d'ardeur.
 Mais le tenace et vieux passeur
 garda tout de même, pour Dieu sait quand,
 le roseau vert entre les dents.

En el cementerio, entre los tejos y los sauces, el enterrador ha cavado la tierra y ha arrojado á ella los cadáveres de su miseria. Los ataúdes blancos desfilan á través de los paseos y vienen hacia él para que los sepulte—los ataúdes blancos de sus dolores, los ataúdes negros de sus recuerdos,—su heroísmo de otros días, su valor menguado, todos sus más puros pensamientos y sus amores, y los ataúdes rojos de sus crímenes...

He aquí ahora el herrero, que desde hace años martillea pacientemente. Arrojó en su fragua duelos, violencias, toda la turba de males que pueblan la tierra; el herrero les devolverá el brillo y la dureza del hierro. He aquí ahora los cordeleros que sobre las estacas plantadas á lo largo del camino tienden desmelenamientos del cáñamo por donde se deslizan reflejos de luz dorada. En la ribera del río donde la luna flota, los pescadores velan. Han arrojado al agua profunda sus bramantes negros sobre el hormiguero de las *malas suertes* y cada uno pesca para sí, aislándose en el fondo de las brumas.

Puesta al servicio de las ideas graves y profundas, vivificada por fecundas meditaciones sobre los imperiosos problemas humanos la espléndida imaginación de Verhaeren, debía producir obras admirables. Bajo las angustiosas preocupaciones sociales escribió las *Campagnes hallucinées* (1), las *Villes tentaculaires* y las *Aubes*. Las cuestiones sociales le habían inquietado siempre. En 1892 contribuye no poco á la fundación de la Casa del Pueblo de Bruselas, donde crea una sección de arte, donde se ocupa ardientemente de la educación popular. En su trilogía ataca Verhaeren una de las más inquietantes miserias de este tiempo, la deserción de la campiña y su lenta absorción por las ciudades tentaculares. ¿Qué es una ciudad? Un conglomerado de calles y de plazas y de estatuas inmóviles en su convencional postura; el monje, el soldado, el burgués, el apóstol con sus gestos edificantes. Mas en torno de estos zócalos, aquí y allá, en las calles, la vida febril y maldita se exalta en rumores incesantes. El alma confusa de la ciudad convulsa y formidable se desvanece en el infinito de las locuras y de los alborotos. Aquí el puerto con sus arboladuras y sus másti-

(1) «La palabra característica de Verhaeren es *hallucinées*. Á cada página surge este vocablo: un libro entero *Les Campagnes hallucinées*, no le ha libertado de esta obsesión: el exorcismo no era posible porque entra en la naturaleza y en la esencia de Verhaeren ser el poeta alucinado. Las sensaciones, dice Taine, son alucinaciones verdaderas. Pero ¿dónde comienza la verdad y dónde acaba? ¿Quién osará circunscribirla?»—R. de Gourmont, *Le livre des masques*.

les: «tote la mer va vers la ville»; las olas que viajan con los vientos,

pour que la ville en feu l'absorbe et le respire,
lui apportent le monde en des navires...

Aquí la Bolsa, el monumento de oro, cuadrangular, inmenso, donde se atropellan todos los frenesíes, todas las rapacidades, toda la voracidad del vil deseo. La muchedumbre se mezcla con estos tráfigos, la alegría en los ojos, la locura en el corazón. Aquí los teatros, la luz, el ruido, el esplendor, el amor y la lujuria. Aquí las catedrales gigantescas donde se refugian los pánicos y las melancolías. Y más vastas, más ruidosas las fábricas y los talleres donde la máquina ronca día y noche:

Des mâchoires d'acier mordent et fument;
de grands marteaux monumentaux
croient des blocs d'or sur des euclumes,
et dants un coin, s'illuminent des fontes
en brasiers tors et effrénés qu'on dompte.

La ciudad devorará á las campiñas serenas. Y la labor pacífica de las llanuras, de los trigos evangélicos, de los centenos maduros, de las avenas rojas, terminará. ¿Cómo resolver el conflicto de las ciudades voraces y de las campiñas abandonadas? Este inquietador problema se desenvuelve en la tercera parte de la gran epopeya social *Les Aubes*. Una salvaje destrucción precederá á los días nuevos en que la tierra purificada se desenvolverá armoniosamente á través de los siglos.

*
* *

En la *Revue Bleue* y bajo el título de *La foi nouvelle du poète et sa doctrine* insértase un artículo amplio y bien escrito en el que se defiende la evolución profunda que en Francia sufre actualmente la poesía. Los iniciadores de este movimiento (Adolfo Lacuzon, Cubelier de Beynac, Adolfo Bos-

chot, Sebastián C. Leconte y León Vannoz) son los encargados de exponer la nueva doctrina.

Considerando en conjunto el movimiento poético de los últimos veinticinco años, asombra el número prodigioso de discusiones que se han suscitado por cuestión de pura forma y hasta, en la mayoría de los casos, exclusivamente por cuestión de prosodia. Estas discusiones, realmente raras—guardando todo el respeto debido á los espíritus serios que tomaron parte en ellas—fueron causa de la indiferencia que siente hoy el público por la poesía. ¿Cómo, se pregunta el lector, estos poetas, que llevan sobre su frente el destello divino, conductores de pueblos, legisladores del mundo, no se ocupan más que en reñir, en hostigarse por una *e* muda ó por un hiato? El fondo de este debate, agregan los articulistas, ocupará brevemente nuestra atención y será para precisar lo que pensamos sobre él. Inmediatamente después, entraremos en la exposición de nuestra doctrina.

Á continuación hacen breves considerandos sobre el verso libre (que no condenan sistemáticamente, pero cuya utilidad discuten con varias é ingeniosas razones, entre las cuales es ésta curiosísima: *Aunque no creemos que la poesía sea patrimonio exclusivo de la literatura, ni siquiera del verso, siendo éste la forma del lenguaje que tiende á la más elevada expresión del ritmo, y siendo el ritmo la condición esencial de toda poesía, dedúcese que la dicha forma es la más apta para realizar ésta*), sobre la complexión especial del alejandrino y sobre la numeración de las sílabas en francés. Luego pasan á disertar sobre el ritmo y aquí nos creemos obligados á seguirlos por tener todas sus reflexiones exacta aplicación á nuestra poesía.

«Cuando, hace ya algún tiempo, escribíamos: *En la obra del poeta, el ritmo es el gesto del alma*, y la imagen de que nos servíamos indicaba por sí sola que estábamos muy lejos de dar á la palabra ritmo el sentido estricto que vulgarmente se le da. El ritmo no está constituido por las cesuras ó el corte de las estrofas. Hace apenas cincuenta años no hubiéramos podido demostrarlo como hoy. Pero la teoría de los harmónicos de Helmholtz, la más reciente de las ondas de Hertz,

de los rayos Roentgen y de otras del dominio biológico nos han aclarado este asunto. Y se ha confirmado en nosotros la opinión, cada vez más admitida, de que todo en el universo es vibración, combinaciones de vibraciones, formas de movimiento, número y series, asociaciones de ritmos; de que el mundo entero no es más que una vasta orquestación de ritmos, de que nosotros mismos somos un ritmo en el ritmo integral ó realización universal y de que el ritmo inherente al verbo humano, el ritmo, en la obra del poeta, *es el movimiento mismo de la inspiración*. Es preexistente al pensamiento mismo. Primero oscuro, éste se ordena y se despliega y pasa por él el estremecimiento del mundo. Integrar el pensamiento en el ritmo es en cierto modo conferirle la eternidad de éste. ¡Factor emotivo, ley de los unísonos, de las correspondencias y de las formas, principio y fin de toda armonía, sabrá identificarlo con la vida psíquica, es decir, con las creencias y las aspiraciones de los hombres!»

Aunque se acomodan perfectamente al verso tradicional, estos geniales innovadores se atreven á hacerle una objeción, una objeción tan sólo: la de que, por influjo de la costumbre, toda prosodia exclusiva y formalista permite á cualquiera, dotado de cierto estilo y perseverancia, componer muy buenos versos, versos excelentes á millares por año. «La costumbre forma parte de nuestro sentimiento estético (lo comprendemos muy bien), pero no debe absorberlo hasta el punto de conducirnos á la rutina. De uno de nuestros maestros, Sully Prudhomme—que por cierto no puede ser tachado de revolucionario en prosodia,—tomamos nuestro último argumento. Se encuentra en su linda composición: *L'Habitude*:

L'habitude est une étrangère
qui supplante en nous la raison,
c'est une vieille ménagère
qui s'installe dans la maison...

.....
Cette vieille au pas monotone
endort la jeune liberté.

Convengamos, pues, en que el poeta, si es poeta de verdad, tiene derecho á imponerse á sí mismo su regla. Esto tiene siempre sus riesgos y peligros. Si la forma convenida es demasiado estrecha para su pensamiento, éste la rompe vigorosamente y entonces se ve dónde se ejercitaba el rigorismo de los métodos. . Por encima de todas las definiciones posibles no hay más que una sola categoría de verso: *el verso eurítmico.* »

Con resolución, inscriben su primer principio: «I. *La poesía realizada es la forma transcendental del saber.*—Tal fué en su origen y tal se ha revelado siempre en los grandes poetas. . La poesía se presenta como la primera educadora espiritual de los hombres. Ha fundado las religiones y las filosofías. Ha presidido á todas las manifestaciones de la belleza. Su hegemonía ha resplandecido en todos los siglos hasta épocas recientes, en que, habiéndola ahogado los progresos de la ciencia y de la civilización, se ha convertido, bajo su aspecto más decente, en un talento mezquino de sociedad, en una diversión de *five o'clock*, en un pasatiempo de señoritas y, bajo su aspecto grotesco, en una hazaña pomposa de *minus habens*. Protestamos de eso. *El oficio de la poesía ha sido siempre engrandecer la conciencia humana, elevándola sobre las verdades demostradas;* por lo tanto, no nos es permitido ignorar lo que sucede á nuestro alrededor. Hay que conocer esto para llegar á aquello. Está perfectamente bien cantar la vida y la humanidad; pero hay que saber lo que son y lo que las constituye hoy día. ¿Basta sentarse en un banco de musgo, al borde de un arroyuelo, y poner la mano sobre el corazón, mirando á la luna ó á cualquier estrella favorita, evocar la casa blanca y el palomar verde, para decirse el anunciador de las fraternidades y de las felicidades futuras? No lo creemos. En los tiempos presentes hay que saber muchas cosas para enseñar algo á los hombres, para poner alguna esencia en nuestros escritos. Pero no hay en esto desprecio alguno. El poema didáctico es, á nuestro juicio, un contrasentido. La poesía sigue siendo para nosotros el evangelio de lo inefable que se reviste de su omnipotencia emocional. Tiende hacia todas las posibilidades de la afirma-

ción, es decir, hacia lo absoluto, pero produce su encanto por trascendencia y por los caminos del sentimiento. Y henos aquí en nuestra segunda proposición, que es una consecuencia de la primera.—II. *La poesía, fenómeno subjetivo, es la voluptuosidad del conocimiento.*—Y por conocimiento entendemos éste bajo todas sus formas: noción ó prenoción, aspiración, imaginación ó intuición. ¿Y qué es, en la voluntad y el esfuerzo de los hombres, sino la comprensión, la penetración, la posesión de todas las cosas por el alma y los sentidos? ¿Y no establece así la norma misma del sueño, relación misteriosa entre *nosotros* y el *todo*, entre la vida individual y la vida universal?—III. *La poesía es infinitamente perfectible; es una creación perpetua.*—Es evidente que estando en correspondencia directa con nuestra sensibilidad intelectual, la cual se desarrolla de siglo en siglo, bajo la acción del saber cada vez más difundido, no puede permanecer estacionaria. Y, sin embargo, ¿no se acaba de repetir que el poeta debe volver continuamente á la inspiración primera, á la frescura del alma angélica, á la ingenuidad, á la sencillez conmovedora de las almas de oro, y que, ante todo, debe abrir mucho los ojos? ¿Qué quiere decir esto? ¿Hasta dónde hay que remontarse para encontrar esta frescura de alma y esta ingenuidad encantadoras? ¿Hasta los tiempos del hombre de las cavernas, del diluvio ó de las cruzadas? ¿O hay que regresar simplemente á la mentalidad de los iroqueses? ¡Oh! Ya oímos la chocarrería: *¡Hay que regresar hasta el infantilismo!*»

Para combatir estas ideas, los articulistas rechazan la cómoda y fácil opinión de que el poeta debe recrearse indefinidamente en la contemplación de dos ó tres fenómenos generales de la naturaleza, porque el alma humana no puede conservarse imperturbable á través de los siglos, sino que sufre las influencias variables de la herencia y del medio. «La poesía es creación, ó mejor, revelación perpetua.» Esta revelación asóciase, á la larga, con nuestro modo de ver. Presentan para demostrar esto un ejemplo muy discreto: «Imaginemos un poema maravilloso que un admirador entusiasta se hiciese recitar todos los días. Al cabo de cierto

tiempo, las impresiones producidas, repitiéndose siempre, se mecanizarán, por decirlo así, en el espíritu del oyente. Sus sentidos y su memoria las registrarán automáticamente, su inteligencia no se sentirá solicitada; no habrá curiosidad, y la poesía, fenómeno en sí, desaparecerá. El lector moderno es este personaje. Ha oído demasiadas veces las mismas cosas. La obra poética no por eso dejará de existir siempre, pero el personaje no puede situarla en la fecha conveniente para su admiración.»

Y entramos en el cuarto artículo de *el integralismo*, este nuevo credo literario: «IV. *La creación poética es una integración.* —No está permitido al poeta ignorarlo todo, decíamos. Pero la ciencia universal es irrealizable. El hombre ha establecido ciencias parciales: físicas, naturales, morales, sociales, etc., etc. Ahora bien, la verdad en lo absoluto es una. Es preciso, por consiguiente, que estas ciencias tengan entre sí relaciones, correspondencias difíciles de descubrir algunas veces y aún más de determinar. La poesía interviene en el seno mismo de todas estas correspondencias misteriosas que solicitan nuestra actividad intelectual, nuestra memoria, nuestras aspiraciones, nuestro *yo* entero y constituyen ese estado en que, al parecer, nos comunicamos con el infinito. Hay que decir *al parecer* porque desventuradamente la creación poética no consiste más que en determinar hasta las sutilidades del estremecimiento los límites extremos de una suma de cosas infinitamente pequeñas, de naturaleza muy compleja, que son nuestras apercepciones de todas clases...» Y como este conjunto de percepciones constituye el fondo mismo de nuestra personalidad, los autores concluyen que «*todo poema que se realiza tiende á resolver una parte del problema eterno de la individuación.* Esta cuestión corresponde en altas ciencias, á algunos otros problemas, muy conocidos de los sabios, pero que los poetas se vanaglorían generalmente de ignorar. Rigurosamente hablando, es una integración. Y cuando á la inscripción del templo de Delfos: *Conócete á tí mismo*, añadíamos la fórmula de Terencio: *Homo sum et nihil humani a me alienum puto*; cuando escribíamos que queríamos explicar la vida humana como función de

toda la humanidad y nuestra individualidad como función del universo, como algo incognoscible, profesábamos *el integralismo más puro.*»

Los jóvenes audaces sostienen la exactitud literal de esta denominación hasta en sus acepciones filosófica y matemática y confiesan que reclamarían de mejor gana el auxilio «de Newton ó de Leibnitz que de un cualquiera, enviado de las musas.» Pero aquí viene el gran argumento que oponen «los apóstoles incorruptibles de la fe del carbonero.» No es preciso, dicen, para gustar y hasta para crear la poesía, entrar en demostraciones tan rigurosas ni alardear de tanta sutileza científica. «Y responderemos incontinenti que, en este orden de ideas, tampoco es indispensable para vivir, comer, beber, dormir y, por ende, distraerse y viajar, en el siglo de Edisson, de Pasteur, de Tolstoi, de Nietzsche y de tantos otros genios, saber cómo se nace y cómo se muere, por qué se sufre y por qué se espera; pero que no nos molestemos en fijarnos cada día un poco más en este asunto y que acaso sea esto lo que constituye nuestra superioridad sobre el malgacho ó el hurón encontrado en nuestros bulevares, ó sobre el chimpancé cónsul—de costumbres muy civiles, según se dice.»

La creación poética no es, propiamente hablando, una síntesis. Mejor sería decir que es una síncrexis. «La síntesis es anterior á la creación poética, es un fenómeno oculto que se produce en la subconsciencia, es una resultante afectiva de toda clase de influencias de origen fisiológico ó intelectual y *constituye el estado de alma...* En el poeta es necesario que este estado de alma pase del carácter afectivo al estado activo, que se *dinamice* en cierto modo, y entonces toma, indudablemente, el nombre de inspiración. Para que haya creación poética, será preciso, por consiguiente, que el estado de alma se inscriba en un símbolo. *Y esta inscripción en un símbolo, es una integración* y, mejor aún, es una integración de funciones. Porque las palabras y las frases, representaciones de pensamientos, de sentimiento y de emoción, son valores y estos valores son funciones, supuesto que las variaciones de una producen las variaciones de otra. Si el ritmo interviene,

surge la obra.—V. *El símbolo poético integra el conocimiento en potencia: el ritmo, factor emotivo, lo identifica con la vida psíquica y crea la poesía.*—Este último principio es una conclusión. Conviene que nos pronunciemos sobre el símbolo. No iremos á buscar definiciones complicadas. Para nosotros el símbolo es una generalización del pensamiento por la imagen. En cuanto al ritmo, tiene con las reglas prosódicas relaciones de amo con su servidor. Es el movimiento mismo de la inspiración, materializado en cierto modo por el verso, y tiene su origen en las leyes profundas del organismo y del universo... Siempre lo hemos afirmado. *El don del poeta, como ya hemos escrito, es una condición psíquica superior, como el heroísmo.*»

Con verdadera lucidez declaran que, llevando su idea hasta los últimos resultados, el lenguaje del verso debe considerarse como una futilidad si no expresa más que cosas mil veces dichas. Cuesta trabajo imaginarse, en pleno siglo XX, á un hombre de mérito dedicándose á tratar en verso un asunto dado ó á contarnos sus cuitas con rimas. «¡Oh vanidad, querer ser poeta y proclamarse tal, juzgarse superior á todos esos pobres mortales á quienes el destino no ha dado la vocación de Benserade ó de Chaplain! ¡Pavonearse con algunos sufragios obtenidos por sorpresa y, soñando inmortalidad, olvidar que en la recepción en que los aplausos fueron tan numerosos, había también un violinista y una *chanteuse!*» En poética, dicen, no debe plantearse la vieja cuestión del fondo y de la forma. Si no hay más que adaptación prosódica, juzgaremos la obra vana, aunque la forma sea perfecta y el fondo admirable. «Debe haber identificación, es decir, el pensamiento y su forma deben confundirse de tal manera en el ritmo que sus oficios respectivos no puedan determinarse. Este es el único modo de justificar el poema de nuestros días. Si no, ahí está la prosa. Tiene todas las ventajas para contar, traducir, comentar y enseñar, y la gran poesía (fácil es convencerse) no siempre lo consigue. Si no es en realidad el iniciador y el vidente, tal como lo fué en los tiempos pasados, el poeta no tiene razón de ser en los tiempos modernos.»

Así conciben la poesía estos innovadores que razonan con

las armas de la ciencia y de la inspiración. No quieren decir con esto que se opongan á las escuelas existentes. No vienen á destruir lo fundado, sino á fundar algo nuevo. Y lo nuevo siempre da frutos, si el que innova no se encastilla en recio torreón de formulismos y dogmatismos. «Orientar sus miradas hacia nuevas cúspides no es enfeudarse.» El fin de nuestra doctrina, agregan, es «señalar á la poesía su misión profética—de que nos parece anda muy desviada.»

*
* *

Hablando del drama lírico *Mesalina*—letra de Morand y Silvestre y música de Isidoro Lara,—dice Pablo Flat: «No es el caso de comentar esta concepción deformada y fantástica, porque sabido es que no hay cosa ó personaje histórico ó mítico á quien los forjadores de óperas y fabricantes de libretos no ridiculicen. Es la suerte de todas las cosas bellas al ser tocadas por manos indignas. Originariamente esta gran figura de Mesalina pertenece á la historia, mas para nuestras imaginaciones de modernos ha revestido á través de las edades una significación simbólica muy semejante á la de los más bellos mitos de la antigüedad. Para quien desde este punto de vista la mire, aparece con la majestad implacable de una divinidad antigua. ¿No es ella, en efecto, el símbolo humano, vivo, eterno de una fuerza de la naturaleza, de la más poderosa entre todas, de la que perpetúa la vida? «En tanto que desfilaban ante mis ojos las imágenes groseras y comunes de una mascarada que excluye toda grandeza y banaliza toda poesía, yo veía interponerse entre las penosas realidades del teatro y mis propios ojos la extraordinaria figura en que un pintor, G. Moreau, que fué también poeta, tradujo su sueño en una forma plástica; esta figura de patricia desnuda, bella é implacable como una divinidad de otros tiempos, fría como un mármol y que no revela su desnudez por miedo á desesperar á sus amantes. Y los versos incomparablemente plásticos de Baudelaire me venían á la memoria, versos que debieran ser inscritos bajo la incomparable acuarela:

Je suis belle, ô mortels, comme un rêve de pierre,
 et mon sein où chacun s'est meurtri tour à tour,
 est fait pour inspirer au poète un amour
 éternel et muet ainsi que la matière!»

La voluptuosidad grave es un tema magnífico para los comentarios de un poeta ó un músico, mas á condición de no fingir la falsa sentimentalidad de los eróticos profesionales. Para cualquiera que haya penetrado en el sentido de la historia y sobre todo en la noción de lo trágico que como un reflejo empurpurado iluminó la sombría decadencia del Bajo Imperio romano, nada más irritante que esas naderías novelescas ó teatrales que desde el punto de vista literario y musical tienen la misma importancia que los cuadros de Alma Tadema desde el punto de vista pictórico. Recordemos lo que decía Flaubert en su admirable correspondencia: «Yo admiro á Nerón: es el hombre culminante del mundo antiguo. ¡Desgraciado del que no tiemble leyendo á Suetonio! Yo he leído últimamente la vida de Heliogábalo en Plutarco. Este hombre tiene una belleza diferente de la de Nerón. Es más asiático, más febril, más romántico, más entusiasta: es la tarde del día, un delirio entre llamas; Nerón es más calmoso, más bello, más antiguo, más arrogante, en suma, superior.» Como encarnación del género femenino en el Bajo Imperio, la gran figura de Mesalina se presenta ante nosotros con un relieve muy semejante. Todos los que la sienten así no pueden considerar á la *Mesalina* escénica más que como una caricatura, como una deformación de la belleza.

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO.

Marzo 1904.

POLÍTICA INTERIOR Y EXTERIOR

I

El estadista Talleyrand decía: «*Hay que dar un nombre á las cosas feas: las llaman diplomacia*». Esta definición, además de convenir generalmente á la política internacional, puede aplicarse, en muchos casos, á la política interior.

Efectivamente cuando la orientación de la política interior, en vez de seguir el rumbo de la prosperidad nacional, en todos los ramos, está á la merced de la casualidad, de lo imprevisto, de las asechanzas de los partidos de oposición cuyo fin es buscar obstáculos á los proyectos del Gobierno ó para hacer una oposición sistemática y fomentar la intranquilidad en el país, esas pequeñeces de los partidos no pueden tener otro calificativo sino el de *cosas feas*, olvido de los deberes del ciudadano para con la patria.

No tenemos más que leer las sesiones de Cortes desde hace un mes para advertir que la política interior española está en un período de decadencia, pues se olvidan los ideales patrióticos en luchas estériles que salpican con principios venenosos y subversivos el interés nacional, que debiera ser, en el corazón de todos, el toque de concordia que llamase á la labor común en el taller que se llama *Las Cortes españolas*.

¿Qué es el Congreso sino un taller donde la labor común es aprobar las leyes en conformidad con las necesidades del país?

Los obreros son los diputados (sin salario, es verdad), y si éstos en vez de discutir, aprobar ó presentar proyectos de leyes se entretienen en criticarlo todo sin otra norma que los intereses particulares, resulta que ninguna labor nueva se presenta para satisfacer las necesidades de los tiempos, lo mismo que si en una fábrica los obreros en vez de trabajar armase escándalos y pusieran obstáculos en el motor que paralizasen su marcha, imposibilitando la tarea diaria, hasta no producir genero para el mercado. En las Cortes los géneros son las leyes, el motor el Gobierno.

Por causas ajenas á la mayoría y por culpa del sistema obstruccionista de las oposiciones, en fin del año pasado, apenas si se tuvo tiempo de discutir los presupuestos, y á principio de este año, hasta la fecha, el proyecto de ley de administración local, etc.

El servicio militar obligatorio, reforma importante y necesaria, no llamó la atención de nadie y fué aprobado, dando así un gran paso hacia la regeneración nacional, si se cumple la ley.

Los asuntos ruidosos en las Cortes han sido los que realmente no afectan al interés material ni moral del país, y desde ese punto de vista miramos la cuestión al decir: *las pequeñeces de la política interior y exterior y su decadencia*. Si el sistema representativo es un modo justo y equitativo de gobierno, es preciso que esa representación nacional no sólo sea una verdad en las elecciones, sino en los trabajos legislativos, y que no se desacredite ella misma en discusiones bizantinas, ociosas é intempestivas, pues no se puede dar otro nombre á las interpelaciones acerca del nombramiento de tal ó cual empleado, ó tal cual obispo, ó tal ó cual manifestación callejera que se ha disuelto por los agentes de orden público con formas más ó menos corteses.

En cualquier capital de reino ó de república, en Londres como en París, no se aglomera repentinamente la gente en las vías de tránsito sin motivo conocido de antemano como revista, procesión, llegada de un personaje, etc.; y, en tal caso, la policía toma las medidas que cree convenientes. Pero el hacer una manifestación por sorpresa, sin previo aviso, es exponerse los manifestantes á represiones desordenadas que motivan después interpelaciones más ó menos premeditadas en las Cortes. En otros asuntos más sustanciales pudieran emplear su ciencia política algunos diputados.

Una cuestión grave ha venido, á fin de Febrero, á dividir la Cámara de los Diputados en dos campos: los partidarios de las economías á todo trance, con el fin de llegar á la nivelación del presupuesto, y los partidarios de hacer los gastos indispensables para tener ejército y marina, con el objeto de prepararse á las eventualidades del porvenir.

Sea cual fuere el motivo de la alarma, lo cierto es que el Ministro de la Guerra subió á la tribuna en la segunda quinceña de Febrero y pidió créditos extraordinarios de unos 21 millones de pesetas sobre el presupuesto de Guerra, que era ya de unos 154 millones de pesetas, ó sea para un total de 176 millones.

Puesto que se trataba de ampliar el presupuesto de gastos

en Guerra, los demás Ministros hubieran podido también pedir créditos extraordinarios; la circunstancia era favorable, sobre todo para el Ministro de Instrucción pública, porque siempre se ha dicho que el dinero es el nervio de la guerra, y también que el primer agente de la victoria es el maestro de escuela.

Si tomamos como tipo las dos potencias con quienes tendríamos que contar (como aliada ó como enemiga), llegado caso de un conflicto europeo, se advierte en el cuadro siguiente los gastos relativos á Guerra, Marina é Instrucción pública, comparados con el presupuesto general de gastos en cada país:

	España.	Parte alicuota.	Francia.	Parte alicuota.	Inglaterra	Parte alicuota.
Presupuesto total de gastos en millones de pesetas.	971		3.141		2.240	
Presupuesto de Guerra en millones de pesetas (con los créditos extraordinarios)	176	= 5,5	693	= 4,5	461	= 4,8
Presupuesto general de gastos en millones de pesetas.	971		3.141		2.240	
Presupuesto de Marina en millones de pesetas ..	36	= 26,9	265	= 11,8	393	= 5,7
Presupuesto total de gastos en millones de pesetas.	971		3.141		2.240	
Presupuesto de Instrucción pública en millones de pesetas.	43	= 22,5	255	= 12,3	256	= 8,7

En consecuencia, para dedicar tanto como Francia en el ramo de Instrucción pública, en relación á su presupuesto general, España debería gastar 78 millones en vez de 43, esto es, 35 millones más; y para llegar al nivel de Inglaterra (también con relación al presupuesto general de gastos), debería dedicar 111 millones en vez de 43, ó sea un aumento de 68 millones de pesetas.

Por consiguiente, pidiendo el Ministro de Instrucción pública un crédito extraordinario de unos 12 millones de pesetas para su departamento, todavía quedaba muy por debajo del tipo á que puede legítimamente aspirar la enseñanza patria.

El servicio obligatorio y personal que se acaba de aprobar (en las Cortes) trae consigo la necesidad de mejoras en los cuarteles y en el rancho del soldado, pues si todas las clases sociales acuden á las filas, hay que introducir en ellas un término medio de comodidad y bienestar en relación con la vida moderna.

También hay que averiguar si la relación numérica entre la oficialidad y la tropa (como lo ha demostrado hace algunos años D. Jenaro Alas) sigue siendo desproporcionada, y si no se podría reducir la oficialidad, originando así economías, con las cuales se mejorara la alimentación del soldado, etc.

Hemos advertido ya que á propósito de la votación de los créditos extraordinarios de Guerra, dos criterios, dos tendencias opuestas se han manifestado en el Congreso: un partido que quiere las economías en todos los ramos incluyendo en éstas Guerra y Marina; y otro partido que desea dotar el ejército de un modo suficiente para que España no quede neutral, sino que pueda entrar en alianza con alguna potencia, en caso de que la guerra ruso-japonesa fuese causa de un conflicto europeo. Desde ese punto de vista caben algunas consideraciones de política exterior.

II

La base de la política exterior es la política interior: cuando se teme por la integridad de la patria, se busca protección exterior. Si los recursos interiores no garantizan la independencia, si las relaciones comerciales internacionales no bastan para unir á los pueblos por los intereses mercantiles é industriales, se procura encontrar en los tratados de alianza seguridad para el porvenir. Las alianzas son el tema principal de la política europea: considérese la *Tríplice* por una parte y la *Dúptice* por otra; además, las circunstancias actuales ofrecen otras.

¿Quedaría neutral España en la contienda ó entraría en alianza con Inglaterra en contra de Francia, ó con Francia en contra de Inglaterra? En estas últimas semanas la prensa política hace comentarios acerca de los tres casos. Lo cierto es que las impresiones alarmistas son grandes por los créditos extraordinarios de Guerra y por el movimiento de tropas, como también por una nota diplomática inglesa comunicada á España y cuyo alcance se ignora. Sin embargo, las esperanzas pacíficas y á favor de la neutralidad de España, en caso de conflicto europeo, tienen del mismo modo un fundamento racional, y son

los dos convenios que acaba de firmar, uno con Francia y otro con Inglaterra, los cuales le ofrecen un recurso para desentenderse de entrar en alianza con una ó con otra de dichas potencias, que serían, probablemente, las beligerantes.

El texto de ambos convenios de arbitraje, que se estipulan por cinco años, limita mucho los casos en que Francia y España ó España é Inglaterra podrán acudir ante el tribunal de arbitraje constituido en La Haya (29 de Julio de 1899), pues á condición dice (uno de los tres artículos del convenio) *que no afecte á los intereses vitales, á la independendencia y al honor de los Estados y no sean contrarios á los intereses de una tercera potencia.*

Aunque España ni ninguna potencia puede sacar mucho provecho de un convenio de base tan estrecha, sin embargo, es probable que permita á nuestra nación vivir en la neutralidad ante el conflicto europeo que se aproxima.

Algunos escritores (léase en el *Diario Universal* del 19 de Febrero el artículo de fondo con el título *La paz es la muerte*) abogan por la guerra, haciendo casi el panegírico de ésta, es decir, no la consideran como una plaga de la humanidad, sino como un medio civilizador, teoría defendida por Proudhon, De Maistre y otros.

Sin embargo, en el siglo actual esta teoría no puede sostenerse, puesto que hay otros medios más propios y rápidos de civilización, pues bastan las corrientes de los intereses comerciales é industriales.

¿Está España en peligro, á pesar de estos dos convenios firmados con Francia y con Inglaterra, de verse atacada repentinamente y envuelta en la guerra europea? Es probable que tanto Francia como Inglaterra respetarían la neutralidad de España, siendo ésta absoluta; y sin duda con este fin (para garantizar esa neutralidad) dichas potencias firmaron el convenio. Ni á la una ni á la otra les convendría tener á España por enemiga.

Algunos pretenden que para evitar que el imperio de Marruecos cayese en poder de Inglaterra y Francia, debe España, desde luego, entrar en alianzas.

Lo más natural es creer que si llega (en una fecha más ó menos larga) el momento de ese reparto, tendría España de todos modos, con alianza ó sin ella, es decir, guardando la estricta neutralidad, una parte en dicho reparto. De todos modos, siempre se concedería á España una zona neutral para evitar el contacto inmediato en las fronteras entre dos potencias siempre rivales.

Si Francia fuera la única potencia que se apoderase de Ma-

rruecos, no por eso estaría excluída España de recoger algo de ese territorio, si en la fecha más ó menos lejana de aquel acontecimiento sabe encontrar apoyo en Inglaterra, sin entrar por eso en aventuras guerreras ni de conquistas. Al presente la prudencia aconseja dejar que los acontecimientos despejen la incógnita del porvenir.

Las relaciones internacionales no deben tener como medio la guerra y la fuerza, sino el comercio y la industria, los tratados mercantiles y los convenios de arbitraje.

Las alianzas belicosas no producen más que un equilibrio inestable, parecido al que tenía la cama de Don Quijote, cuando el arriero, celoso de Maritornes, hundió las tablas y los caballetes cojos en que aquél descansaba.

Hay que esperar que el Tribunal de La Haya, ampliando más y más los casos en que intervengan sus fallos, modifique el porvenir de los pueblos. Así como los *convencionales* franceses exclamaban: *¡Vivan los principios, aunque perezcan las colonias!* se podría decir también: *¡Viva la paz, aunque los pueblos ambiciosos y conquistadores, con el pretexto de civilizar hagan la apología de la guerra!*

LUIS MANUEL DE FERRER.

BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

Historia de la arquitectura cristiana, por D. VICENTE LAMPÉREZ Y ROMEA, *catedrático de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid.*—Un volumen en 8.º, *ilustrado con numerosos grabados, esmeradamente impreso y elegantemente encuadernado en cartón, cubierta en colores, 2,50 pesetas.*—Casa editorial de D. Juan Gili.

El autor presenta en un cuadro general, aunque suficientemente detallado, la historia de la arquitectura cristiana desde los modestos esbozos de las Catacumbas hasta las actuales reacciones medioevales. Dando de lado á las disquisiciones literarias y poéticas, no siempre pertinentes, con que no ha mucho se aderezaban los estudios arqueológicos, el Sr. Lampérez acomete el de su tema desde el doble punto de vista histórico y técnico. Sintetiza en el primero la influencia del medio en el desarrollo de los estilos; en el segundo abarca los elementos de conjunto y de detalle, la técnica arquitectónica y las formas artísticas, templando la aridez que pudiera tener un estudio puramente constructivo con pocas reflexiones sobre la estética cristiana en las distintas etapas del desarrollo artístico. Y puesto que la arquitectura es arte, como todas las plásticas, necesita el ejemplo gráfico, acompañan á las explicaciones planos, secciones y detalles de los monumentos capitales de cada estilo. Constituye, en suma, este manual un libro sintético, pero completo, que sirve lo mismo para la vulgarización de la historia de la arquitectura cristiana que para la consulta de datos, fechas y monumentos á los ya versados en ella, así como de suma utilidad para los alumnos de institutos, colegios y seminarios. Para facilitar la comprensión de los términos puramente técnicos empleados en la obra, se ha enriquecido ésta con un vocabulario completo en forma de apéndice.

*
**

Ingeniería sanitaria. La casa higiénica, por D. JUAN AVILÉS ARNAU, *comandante de Ingenieros.*—*Ilustrada con 376 grabados intercalados en el texto.*—Madrid, *Librería editorial de Bailly-Baillière é Hijos.*—En 4.º, 594 páginas.

Con sólo enumerar algunos de los capítulos de esta obra se comprenderá su grandísima importancia: Naturaleza del suelo, Influencias exteriores, Propiedades de los materiales de construcción, Influencia del aire, del agua y de la temperatura, Partes de que se

compone un edificio, La casa en relación con los edificios inmediatos, Bases en que descansa el problema de la ventilación, Agente productor de la ventilación natural, Movimientos del aire en el interior de una sala, Organización de la ventilación natural, Ventilación artificial, Aparatos y disposiciones que favorecen la ventilación, Bases en que se funda la calefacción, Métodos de calefacción local y de calefacción central, Potabilidad del agua, Purificación de las aguas, Distribución de las aguas, Colectores de las materias fecales, Organización de los retretes, Evacuación de otras inmundicias, Canalización, Alumbrado natural y alumbrado artificial.

Y todo esto tratado con suma competencia, plausible claridad y mucha riqueza de detalles. El sabio ingeniero militar Sr. Avilés ha prestado un servicio á nuestro país, tan necesitado de que se difunda esa clase de conocimientos.

* * *

Pierre Leroux. *Su vida, su obra y su doctrina. Contribución á la historia de las ideas en el siglo XIX*, por P. FÉLIX THOMAS, doctor en Letras, profesor de Filosofía en el Liceo de Versalles. — Paris, Félix Alcan, editor, 1904.—En 4.º, vi-340 páginas, 5 francos.

No es Pierre Leroux todo lo conocido que debería serlo; aun entre los historiadores de la Filosofía y de las ciencias sociales, pocos hay que sepan que Leroux escribió más de veinte tomos, en los que establece y discute los problemas que nos apasionan hoy día. Y no faltan las personas que los han leído y aprovechado, pero cuidando de no citar al autor. La indiferencia de los unos y el silencio de los otros achácalos fundadamente el Sr. Thomas á injusticia é ingratitud; por esto estudia la vida y la obra de aquel ilustre filósofo.

Como Pierre Leroux intervino en todos los acontecimientos importantes ocurridos en Francia desde 1816 á 1871, el Sr. Thomas no sólo ha consultado las obras que publicó y su correspondencia inédita, sino que ha interrogado á varios de los que vivieron en su intimidad y fueron sus confidentes.

Merece plácemes por su noble tarea el ilustrado profesor del Liceo de Versalles.

* * *

Travail et plaisir. *Nuestros estudios experimentales de psico-mecánica*, por el doctor C. FÉRÉ, médico de Bicêtre.—Paris, Félix Alcan, editor, 1904.—En 4.º, 476 páginas con 200 grabados en el texto, 12 francos.

Refiere el ilustre doctor Féré en su nueva obra multitud de experiencias ejecutadas principalmente con el ergografo de Mosso para estudiar metódicamente la aptitud al trabajo. Así ha podido descubrir la influencia de la manera de trabajar, de la naturaleza del trabajo, de las condiciones de los medios y de las condiciones individuales. En general, la manera de trabajar más agradable es

también la más productiva; en este particular es muy instructiva la influencia de los ritmos y de la economía del esfuerzo. Por otra parte, las excitaciones sensoriales agradables van acompañadas de un aumento de la capacidad para el trabajo, mientras que las excitaciones desagradables coinciden con una disminución.

El autor examina sucesivamente el efecto producido por el trabajo digestivo en la capacidad del trabajo manual y del intelectual, el de las condiciones atmosféricas, de los sonidos musicales y de las excitaciones auditivas, del olfato, del gusto, del tacto, de los venenos nerviosos, del alcohol, del te, del café, de las emociones, de la sugestión, etc.

El Sr. Féré ha comprobado que la laboriosidad sin excitaciones artificiales es más productiva porque puede durar más y que ocasiona una fatiga menos profunda y, por lo tanto, que se repara con mayor facilidad.

Los resultados de los experimentos están de acuerdo con los principios de la moral y de la ciencia social para probar la dignidad del trabajo y demostrar que en todas las condiciones en que resulta grato es más fácil y mejor.

* * *

**Carta pastoral del EXCMO. Y RVMO. SR. DR. D. VICTORIANO GUI-
SASOLA Y MENÉNDEZ, Obispo de Madrid-Alcalá, al clero y fieles de su
diócesis con motivo de la santa Cuaresma de 1904.**

El Magisterio de la Iglesia es el tema de la magnífica carta pastoral del Excmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá. Confirma esta Carta pastoral la justa fama de sabio escritor de que goza el insigne Prelado. El arduo problema de la educación de la juventud se halla resuelto admirablemente. «La enseñanza de la Iglesia, dice, vivió en las catacumbas, como vive hoy á pesar de todas las libertades en sus excesos dañosos: venció ayer bajo la oposición, y vencerá hoy en la lucha, y hoy como ayer, sin más armas que la propia doctrina y su sencilla pero *nunca infructuosa* predicación.»

* * *

**La politique orientale de Napoléon. Sebastiani et Gardane
(1806-1808), par ED. DRIAULT, professeur agrégé d'histoire au Lycée
de Versailles.—1 vol. in 8.º de la Bibliothèque d'Histoire contemporaine,
7 fr. (Félix Alcan, éditeur).**

Hállase escrita esta obra teniendo presente las Memorias de los contemporáneos á Napoleón I y los manuscritos de los archivos nacionales y extranjeros. Perfectamente estudia Mr. Driault los proyectos de Napoleón sobre el Oriente después de la batalla de Austerlitz, las instrucciones que dió al General Sebastiani, embajador en Constantinopla, la revolución de Mayo en 1807 en Constantinopla y el tratado de Tilsit. Nuevas é interesantes son las noticias acerca de Gardane en Persia. Con respecto á la guerra de Napoleón en España, refiriéndose á la batalla de Bailén,

dice: «Bailén no fué solamente un desastre militar; fué el primer golpe, y ya terrible, que se dió al edificio imperial.»

El ilustre profesor de historia en el Liceo de Versalles termina su hermoso libro afirmando que la política de Napoleón consistía en la realización de dos hechos importantes: 1.º Arrojar á los rusos del Mediterráneo y de Constantinopla. 2.º Establecer su propia supremacía lo mismo sobre el Oriente que sobre el Occidente, para ser verdaderamente *El Emperador*. Así como la misión de los emperadores romanos había sido contener las invasiones de los bárbaros del Norte, Napoleón se creía destinado por la Providencia á arrojar al Asia á los *bárbaros rusos*.

* * *

Hygiène de l'âme—*hygiène morale*—par E. DE FEUCHTERSLEBEN. *Introduction par le Dr. H. Huchard, de l'Académie de Médecine.*—1 vol. in 16 de 351 pages, 3 fr. 50.—Librairie J. B. Baillière et fils, 19, rue Hautefeuille, à Paris.

Higiene del alma, del ilustre E. de Feuchtersleben, es, como dice Adrien Deloudre, el fruto de una meditación lenta y de una preciosa experiencia. De pocos libros en tan poco tiempo se han hecho tantas ediciones en Alemania, en Francia y en Inglaterra. Distinguidos escritores se han ocupado de la higiene del cuerpo y apenas han hecho caso de la del alma; pero E. de Feuchtersleben estudia la influencia del alma sobre el cuerpo, pensando, como Pascal, que la felicidad se halla en el examen del mundo interior, en la contemplación de nuestra propia vida. Si tiene suma importancia el conocimiento del cuerpo, la tiene en grado sumo el examen del alma, pues no de otro modo llega á cumplirse la antigua máxima *Mens sana in corpore sano*.

Después de una introducción sobre las tendencias positivistas que dominan en nuestros tiempos, contiene este libro saludables enseñanzas y juicios de inestimable valor. Léanse, como ejemplo, los capítulos intitulados «De los efectos del espíritu en general», «La imaginación», «La voluntad», «La inteligencia», «Los temperamentos y las pasiones», «Las afecciones y la hipocondría». Termina el libro con Máximas y Pensamientos.

Recomendamos á nuestros supcritores la lectura de uno de los libros más prácticos, útiles y morales que se han publicado en Alemania.

* * *

Matices, por M. MAGALLANES MOURE. —Santiago de Chile, 1904.

Matices es un librito de versos muy sentidos y muy inspirados. Melancólico algunas veces y entusiasta otras, Magallanes es siempre el poeta de la naturaleza, y sus cantos se hallan impregnados de la realidad de la vida. Es un artista en toda la extensión de la palabra—pues rinde culto ferviente á la música y maneja con notable maestría los pinceles;—pero además (y esto no quiero pasar en silencio) se distingue por la pureza y corrección de su len-

guaje. Después de haber leído las diez composiciones, impresas en 55 páginas, he dejado caer tristemente el libro y he dicho lo que los labriegos de mi tierra: *El vino es bueno; pero ¡es tan poco!*

PEDRO ANSÚREZ.

*
* *

Paisajes, por ANTONIO DE ZAYAS.

El poeta que hilvanó los *Retratos antiguos* ha publicado un libro nuevo, un libro por entre cuyas páginas se atisban llanuras castellanas, cármenes granadinos, jardines silenciosos, oscuridades de iglesia y colores de crepúsculo; un libro en que con nobles rimas nos pinta la paz de las cosas, un libro en el que con amables versos nos muestra la poesía de los paisajes.

Zayas no es un innovador, no es un modernista—adjetivo del que protestó antes de que se le pudiera aplicar; — no es tampoco un forjador de versos á la manera del Sr. Sandoval—ese enorme poeta de que nos habla un crítico, que no dedica en su último libro más que una poesía a la Luna,— que abandone imaginación y fantasía para labrar á golpe de martillo sonoros y retumbantes endecasílabos; Zayas es un poeta á quien—á veces con razón—molestan ciertas reglas retóricas que á nada conducen y no pocas gramaticales que son de la misma utilidad que aquéllas. Por eso rompe Zayas las ligaduras que pudieran atarle á la vieja poética y se lanza sin freno por el misterioso camino de su imaginación.

Pero he aquí que también esto tiene sus inconvenientes, y entre ellos ha tropezado el autor de *Paisajes* con no pocos. Quiso salirse de Núñez de Arce, formarse una personalidad—la personalidad con que cándidamente soñamos todos,—y fué á caer de bruces en los jardines florecidos de otros poetas. En *Paisajes* hay versos de Zorrilla, de los Machado, algunos de Rueda y muchos, muchos de Rubén Darío; muy pocos ó ninguno de Antonio de Zayas. Esto, ni para el libro ni para el lector puede ser defecto porque son aquéllas muy estimables composiciones; pero sí lo es, y no pequeño, para el autor, que no aparece por entre las páginas vestido con aquella personalidad que buscaba con tanto afán y que estuvo á punto de conseguir en sus libros anteriores.

Esto aparte, como dije más arriba, son casi todas las poesías de este libro bellas poesías que, á más de cantar los paisajes, nos dicen su alma. Copio la que titula «Mancha»:

«Ni un monte ni una planta...
el suelo ceniciento...
al lejos se levanta
un molino de viento.
Ni un redil ni una aldea
en el largo camino...
Sopla el viento y voltea
las aspas del molino.
Al viento violento

las aspas van girando,
momento por momento
las líneas esfumando.

Y las aspas que giran
trazan borrosa esfera
y aproximarse miran
una vieja galera

que, á la luz del ocaso,
soñolienta, tranquila,
rueda al tardío paso
de tres mulas en fila.

Bajo el toldo de lona
va triste el carretero,
que adormilado entona
un cantar agorero,

un cantar que cantaba
su abuelo de muchacho,
cuando el pueblo diezmaba
las tropas del gabacho.

.....
.....

Sombra... silencio... nada...
una hora.. otra hora.
Indecisa, azulada,
se aboceta la aurora...

Su resplandor escaso
crece lento, muy lento.
Surge, como al ocaso
un molino de viento.

La tierra polvorienta
huellan dos caminantes
que vió en alguna venta
don Miguel de Cervantes.

Y bajo el cielo pálido,
sobre los campos muertos,
aparece el escuálido
Desfacedor de entuertos.»

Tiene esta poesía toda el alma de un paisaje de Castilla, todo el color gris azulado de un amanecer en la llanura manchega. Así todo el libro.

MIGUEL A. RÓDENAS.

*
* *

Ensayos críticos. *La literatura en Mallorca (1840-1903)*, por MIGUEL S. OLIVER.—Palma de Mallorca, Amengual y Muntaner, 1903.—Un vol. 4.º menor prolongado de 300 págs., 4 pesetas.

Afamado el Sr. Oliver, como historiador, por voto tan irrecusable como el de la Real Academia de la Historia, que le premió no ha mucho el rico volumen *Mallorca durante la primera revolución*;

reputadísimo como poeta y literato catalán y habilísimo periodista, parece que en este trabajo de que doy cuenta ha juntado todas sus dotes y cualidades: las de historiador, por la narración; las de literato, por la materia narrada, y las de periodista por tratarse de una época histórica que él ha vivido en gran parte. La cualidad de periodista es la que dió nacimiento á este volumen. Sus artículos dominicales acerca de la literatura mallorquina, publicados en *La Almudaina*, habían llamado mucho la atención, y perdidos estaban en las columnas de aquel diario sin que Oliver tratase de recogerlos, como había hecho con otras obras suyas. Ahora los ha publicado, poniéndoles un apéndice ó último artículo para recoger é historiar lo producido en la mayor de las Baleares hasta los mismos momentos de la aparición del volumen; y por si se creyera ficción la *advertencia* en que el autor manifiesta ceder al apremio de sus amigos, puedo afirmar que he sido yo uno de los más temosos en apremiarle. Tengo, pues, por esto y por lo de más allá, parte interesada en esta publicación, que no me esforzaré en *alaballa* porque ello por sí se alaba, y como la *Cena* de Baltasar de Alcázar, no puede ponersele más tacha que con la prisa se acaba.

No es este estudio de los documentados y anotados prolijamente. En síntesis precisas se dibuja la fisonomía de los autores y se da abreviada cuenta de su producción. Es un epítome artístico de la historia de la literatura en Mallorca en la última mitad del siglo XIX, que es indudablemente uno de los períodos más interesantes que las letras han tenido en aquella isla. Ojalá todas las regiones de España tuvieran compendios como el que Mallorca puede ofrecer, gracias al trabajo realizado por el director de *La Almudaina*.

E.

* * *

Poesías originales y traducciones poéticas, por ANTONIO JOSÉ RESTREPO. *Con un prólogo de Juan de D. Uribe y una carta-prefacio de Mr. Ed. Haraucourt. — Lausana.*

Tienen las rimas del Sr. Restrepo algo de Hugo y algo de Quevedo y de los clásicos—como un joyel antiguo engarzado en brillante alejandrino. Las estrofas son completamente lapidarias; á veces surge una chispa de ironía tan *ludicrous* como la de Sterne, como la de Quevedo, como la de Swift. Diríase que ha trasplantado el castellano del siglo XVI al verso zorrillesco. Espíritu moderno en viejos decires.

Esto del casticismo en el Sr. Restrepo es asunto que exigiría largos alientos para ser tratado. Su prosa, sobre todo, es tan maciza, tan sobria, tan de raza, que encarna en el alma de nuestros grandes prosistas. Y he aquí cómo este hijo del siglo, integérrimo y respetable liberal, personifica, con su noble dicción y acendrado estilo, allende los mares, el carácter de nuestro ibérico clasicismo tan sólido, tan vasto. He aquí como este gran progresista, educado en Condorcet y en Juan Jacobo, que ama la risa sana de Ra-

belais y la risa burlona de Voltaire y la sonrisa escéptica de Balzac, es, mas que nada, un gran adorador de nuestros clásicos, que frecuenta el *Romancero* y la *Celestina*, que hojea mucho á Cervantes y á Isla y á Larra, y que goza más con la fresca carcajada de Bretón de los Herreros que con la sátira fina de Beaumarchais, á quien, sin embargo, admira tanto y tanto penetra. Está guarnido de una abroquelada cultura integral y ha leído mucho á Schiller y á Barbier, á Michelet y á Renan, y á Paul-Luis Courier, poniendo siempre, sobre todos, á Hugo, al Hugo inmenso y esplendoroso.

Y así no es de extrañar que surjan de entre sus rimas, lapidadas á la manera de Leconte de Lisle, versos tan sonoros, tan alta y excelsamente sonoros como éstos que son, según diría el insigne prologuista Uribe, «ardientes y humeantes».

Dice así Maimón *el sabio*, á quien consagra Restrepo un hermoso poema amasado en vigor y en escarnio, en sangre y en altivez, en ceno y en arrogancia, dice así:

Quiero ser vil; si acaso alguno escupa,
que escupa en mi cabeza, se lo ruego.

.....

Yo ansío el oro más encanallado,
el más sucio, el más bajo y más odioso;
el que venga con lágrimas mojado
y me cuenten con pulso tembloroso.

.....

No intento—cual payaso en la palestra—
hacer ostentación de mi cinismo;
quiero no sepa nunca mi siniestra
cuantos mi diestra despeñó al abismo.

Verdaderamente, estas estancias impecables están elaboradas en la fragua de Hugo y en la fragua de Gautier ó en la fragua de Dierx.

Y ved cómo, en la muerte de un eximio vate colombiano, entona otra vez las cuerdas más vibrantes de su arpa clásica, y exalta hasta la sublimidad sus cantos:

La gloria llega demasiado tarde,
y cuando llega... se convierte en nada.

En el admirable himno al dios Pan hay algo que recuerda la manera del Renacimiento y de los parnasianos modernos, como José María de Heredia:

¡Pan, el gran dios, el inmortal, ha muerto.

Hay en toda la obra un sincero paganismo, como el de un neo clásico de los pasados siglos, como el de D'Annuncio en nuestros días:

¡Oh Pan! ¡Oh dios! ¡Oh gran palingenesia
de la belleza antigua voluptuosa!
Tus estatuas murieron con la Grecia

y pereció contigo el Arte diosa.
 ¡Oh Pan! ¡Oh Pan! Devuélvenos á Homero,
 á Píndaro y á Horacio con sus odas:
 suene de César el clarín gerrero,
 y no haya más raquíuticos rapsodas.

Es una profesión de fe tan vigorosa y tan perfecta en su clasicismo como la de Ernesto Renan sobre los muros de la que fué Atenas la grande. De esta bella composición se podría decir lo que el gran Uribe ha dicho de otro esplendente poema. «Unas estrofas viven aisladas en su belleza de estatua sobre el zócalo; se juntan y aprietan otras á formar una muralla; yérguense aquellas como torres fortísimas que desafían los vientos, y son éstas troneras de defensa, por donde se arroja la metralla que lleva con la muerte la victoria sobre los enemigos.»

Se ha dicho que para traducir á un poeta es preciso ser tan poeta como él. Esto es, indudablemente, condición indispensable de todo buen traductor, á menos que quiera emular los esperpentos perpetrados por el Sr. Jurado de la Parra, sujeto de toda mi consideración, pero que tuvo la desgracia de traducir á Olindo Guerrini al son de bombo y platillos, glosando malamente al gran Zorrilla, ó imitando con servilidad al insigne Espronceda. Esto es lo que ha sabido evitar, y bien sabiamente, el Sr. Restrepo, conocedor profundo y discreto admirador de las literaturas extranjeras, cuyo espíritu ha sabido penetrar, infundiéndole el carácter caballeresco y pujante de su castellana rima. En su colección de *Traducciones poéticas*, que componen la segunda parte del libro, ha sabido reproducir fielmente algunos hermosos fragmentos de egregios poetas. Léase, por ejemplo, ese vigoroso y valiente *¡Te Deum laudamus!* del sublime Víctor Hugo, y se verá que el poeta ha reflejado toda la fuerza solemne de esas estrofas unguadas con el óleo de la exaltación...

Son bellas y están hermosamente reproducidas las composiciones del mismo Hugo: *Lema, Ad majorem Dei gloriam*, las *Palabras de un conservador*, el magnífico *Canto del odio*, de Stechetti; *Los dioses*, de Lucrecio; *Tropical de Leconte de Lisle*, *La lámpara de Hero*, de madame Ackermann; *La caravana*, de Gautier; *Amistad*, de Bodenstedt; *El maggiar*, de Coppée; la *Canción*, de A. de Musset, etc.

La musa que inspira á Restrepo es ardiente meridional, robusta y fresca. En sus mejillas florecen las rosas de la alegría y saltan sus labios las dalias de lo burlesco. Es como una Salammbó de los tiempos modernos, aderezada juglarescamente por Quevedo y Rabelais, rica de salud y de vida, retozona como los cascabeles de las farándulas alegres, con cierta melancolía en los ojos intensos y negros. «Es una aldeana que no ha perdido el vigor del campo en los refinamientos de las ciudades...»

P. GONZÁLEZ-BLANCO.

* * *

Otras publicaciones.

Estudios referentes á las corrientes eléctricas alternas, para uso de los estudiantes y de los ingenieros, por T. H. Blakesley. Traducción directa de la cuarta edición inglesa, por Eugenio Guallart, ingeniero de Montes. — Madrid, librería editorial de Bailly-Bailliére é Hijos. — En 8.º, 192 páginas, con 39 figuras en el texto. — Libro de mucho interés, fiel y correctamente vertido al castellano por nuestro compatriota, que es doctísimo matemático á la vez que lingüista.

Les maîtres de la pensée contemporaine (Stendhal, Taine, Renan, H. Spencer, Nietzsche, Tolstoï, Ruskin, Víctor Hugo), por J. Bourdeau. — París, Félix Alcan, editor, 1904. — En 8.º, 194 páginas, 2,50 francos. — El autor estudia á los grandes escritores que, como Taine, Renan y Spencer combatieron las leyendas y preocupaciones peligrosas de la democracia y las quimeras con que trastorna el socialismo al pueblo soberano, y á los escritores que, como Nietzsche, Tolstoï y Ruskin, incurren en las exageraciones opuestas; no son socialistas, sino *individualistas sociales*, porque enseñan que las sociedades no tienen más valor que el de los individuos que las componen ó que las dirigen.

Le bonheur et l'intelligence, por Ossip-Lourié. — París, Félix Alcan, editor, 1904. — En 8.º, 208 páginas, 2,50 francos. — ¿Qué es la felicidad? ¿Qué es la inteligencia? ¿Cuáles son las relaciones entre una y otra? Cuestiones importantísimas que el entendimiento humano trata de resolver. La obra del Sr. Lourié está escrita con ingenio y claridad; sus teorías, verdaderamente originales, serán muy discutidas por los psicólogos.

Régimen de las oficinas públicas en materia de instrucción, tramitación y resolución de expedientes de reclamaciones administrativas, así civiles como militares y eclesiásticas, por Enrique Mhartín y Guix. — Madrid, Librería editorial de Bailly-Bailliére é Hijos. — En 8.º, 374 páginas, 5 pesetas. — Bastan el título de la obra y la envidiable reputación de que goza el Sr. Mhartín para que se comprenda al punto que es de interés general. Particulares y funcionarios públicos la habrán de consultar con tanta frecuencia como provecho.